





LAS TARDES
DE LA GRANJA.

NUEVAMENTE TRADUCIDAS Y REFUNDIDAS

por

D. JOSÉ LOSAÑEZ.

Regente de segunda clase, profesor de lenguas vi-
vas y catedrático cesante del Instituto de Se-
govia.

TOMO II.

MADRID: 1855.

SE HALLARÁ EN EL IRIS DE LA ILUSTRACION,
plazuela del Anjel, núm. 12.

DE LA GRAMÁTICA

CON SUS PRINCIPALES AUTORES Y SUS TRADUCCIONES

por

BERNARDI BERTONI

ESTA NUEVA TRADUCCION ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

MADRID

MADRID: 1888

Imprenta de D. Ramon Campuzano,
Calle del Ave Maris, núm. 17.

LAS TARDES DE LA GRANJA.

TARDE XVIII.

LOS INTRIGANTES.

Es Proteo el intrigante
Que de formas mil varia;
Adular es su porfia
Solicito y anhelante;
Te ensalza si estás delante,
Detrás te desacredita,
La ambicion sola le escita
A gozar altos favores,
Y entre grandezas y honores
Con mayor frecuencia habita.

EL siguiente dia se pasó con mucha tristeza ; y Pa-
lemon para aumentar el temor de sus hijos, mandó
que Adela estuviese tres dias sin salir de su cuarto

en castigo de haber escitado la envidia de Benito en vez de reducirle con dulzura y cariño. Para distraer en cierto modo la melancolía que la ausencia de los dos hermanos causaba, Palemon resolvió que se leyese aquella tarde una historia del libro grande, en que trataba de dos criados embusteros, que á semejanza de Picard y la vieja su cómplice, se habian vestido de señores con intencion de engañar á otros, solo que estos lo que habian logrado era engañarse á sí propios. Antes de principiar la lectura dijo Palemon á Leon : tú que haces versos, y eres el poeta de la casa, podrás, si quieres, formar de este agradable cuento una comedia, ó cualquiera otra composicion que mejor te parezca. Los tres muchachos prestan la mayor atencion á su padre, el cual comienza así:

LOS EMBUSTEROS DE MILAN.

Un intrigante, para conseguir el fin que se propone, emplea cautelosamente todos los medios que le sugiere su imaginacion, por ilegítimos y estraviados que sean, sin reparar en inquietudes ni fatigas; y tal vez se hallarán hombres para los cuales sea este crimen una pasion favorita, de que no desistirian aun

cuando se les presentasen mil caminos rectos para lograr lo que desean. Estas consideraciones me recuerdan un suceso bastante extraordinario que acaeció no ha mucho en Milan: mas para que el lector se instruya de todas las particularidades, explicaré antes el origen y educacion de mis héroes.

Lázaro, era hijo de unas gentes muy pobres; pero manifestó anticipadamente la inclinacion que le arrastraba á ser intrigante. Desde muy pequeño se escapó de su casa robando á su anciano padre una corta cantidad de dinero, fruto de sus penosas tareas. Era gallardo y de agradable rostro: tenía ingenio y cierta facilidad en hablar, con la cual suplía la falta de educacion. Tenía diez y seis años cuando huyó de su casa, y se fué á Roma, donde á la puerta de una fonda muy concurrida se ofrecía á servir á cuantos viajeros entraban ó salían. Su juventud, su aire fino y desembarazado agradó mucho á un jóven francés, que viajaba por solo distraerse. Belmont (que así se llamaba el viajero) examinó á Lázaro, y halló en él las disposiciones y luces que un amo libertino busca en sus criados. Acomodóse, pues, Lázaro con Belmont; viajó con él, y le sirvió con la mayor destreza en todos sus negocios de amores y juego. El amo embelesado de haber hallado tan buen criado, le re-

compensó con liberalidad, y aun le interesó en todas las utilidades que resultaban del juego ó de la intriga. Hallándose en Venecia, oyó Belmont hablar de la hija de un rico particular, que debía llevar de dote cuatrocientas mil libras, y se enamoró de ella, ó por mejor decir de su dote. Confió á Lázaro el proyecto que tenía de introducirse en casa de la señora, y añadió: Tú sabes discurrir é inventar; si logras que yo me case con esta jóven, te daré cincuenta mil libras, y te irás á gastarlas adonde quieras.

Esta promesa despertó la ambicion de Lázaro, quien prometió á su amo hacerle esposo de la jóven veneciana. Al momento fingió ejecutorias de nobleza, cartas de familia, y derechos irrevocables á sucesiones cuantiosas; de modo, que representó á Belmont como un caballero muy rico que viajaba para instruirse; estendiendo la ficcion hasta suponer que el padre de Belmont aprobaba con toda su voluntad el casamiento, para lo cual le enviaba una letra de cambio de una gran cantidad, librada contra el comerciante mas opulento de Venecia, y cobrable al instante que se firmasen las capitulaciones: en fin, todo se dispuso tan bien, que padre é hija cayeron en el lazo que se les tendió. Belmont se casó con la jóven que apetecía, cobró el dote, entregó al pícaro

criado la cantidad prometida , y huyó con el dinero restante, abandonando á su muger, que tarde ó temprano debía descubrir la traicion de que había sido víctima por su necia credulidad y la de su padre. Como Belmont y Lázaro temían ser presos si huían juntos, convinieron en separarse para reunirse á cierto tiempo en Paris. Dejemos al malvado Belmont, y sigamos á nuestro Lázaro, que nos ofrecerá escenas muy cómicas.

El bribon , apenas se vió poseedor de cincuenta mil libras, cuando principió á formar mil proyectos. Bien hubiera podido emplear este dinero , y vivir sosiegadamente, si es que un malvado puede disfrutar sosiego ; pero resolvió arriesgar su tesoro para aumentarlo ; en una palabra, no se hallaba sin intrigar. Habiendo yo conseguido, decía, que el pobreton de mi amo, que nada tenía, se haya casado con una muger poderosa ; poseyendo yo cincuenta mil libras, ¿no he de hallar un partido igual? Vamos Lázaro; ahora es preciso desplegar todos los resortes de tu genio ; esta es la ocasion de emplear todo tu discurso. Volemos á la fortuna, que no protege sino á los audaces.

Hechas estas reflexiones, al momento concibió en su imaginacion el proyecto mas vasto que cupo

en cabeza de intrigante, y para ponerlo en práctica salió aquel mismo día de Venecia. Después de haber caminado de noche, y por sendas extraviadas, llegó á Milan, en donde mudó enteramente de tono, de vestidos y de language. Ya no es Lázaro, sino el joven duque de Eperville, señor francés; y tomó una magnífica casa, criados, en fin, todo el tren de un hombre de la mas alta distincion: recibió artistas, literatos, y algunos periodistas que al día siguiente insertaron en sus periódicos el artículo siguiente:

«Ha llegado á esta ciudad un gran señor francés, que parece hallarse sumergido en la mas profunda melancolía. Dicese que abandonado de una muger que amaba, busca fuera de su patria una dama de calidad, sensible y dulce, que pueda reparar con los vínculos del himeneo los males que le ha causado el amor.» A esto se seguian las señas del *señor francés*, con algunas que parecian reflexiones de los periodistas.

Lázaro leyó en los diarios este artículo; le halló á medida de su deseo, y desde entonces se aplicó con todo esmero á sostener el carácter que pertenecía á su papel. En su fisonomía se veía pintada la tristeza: sus ojos de tiempo en tiempo vertían algunas lágrimas, y muellemente reclinado en su sofá,

vestido como con desden, aunque elegantemente, esperaba que alguno, ó conmovido ó interesado, viniese á proponerle alguna muger; pero que fuese muy rica, porque si no, no tenía prisa para casarse.

En semejante estado le encontró la condesa Hortensi, que fué á visitarle. Levantóse Lázaro al ver que se le presentaba una dama elegantemente ataviada, jóven, y de una figura bastante agradable. Señor duque, le dijo haciéndole siete ú ocho reverencias, tal vez graduareis de atrevido mi proceder, y os pido mil veces perdon de haberos incomodado. He visto en el diario un artículo en que se trata de vos; parece que habéis experimentado los rigores del amor, y yo.... ¡ay de mí!.. yo tambien puedo contar hazañas de tan travieso niño. A vuestra vista está la muger mas desventurada, mis lágrimas os dicen lo bastante: perdonad; pero me es imposible el contenerlas.—Sosegaos, madama, y no queráis con vuestros sentimientos renovar mis heridas, que todavía no están cicatrizadas; y si vos...—¡Nécia de mí! venía á consolaros, y soy quien os aflige; ¿qué vais á pensar de mí?—Que es mucha vuestra sensibilidad, y que nuestros corazones son muy propios para confiarse recíprocamente sus penas.—Las mias,

señor duque, son crueles, y sin duda capaces de igualarse con las vuestras. Suponed, desde luego, que mis parientes me sacrificaron en mis mas floridos años entregándome al conde Hortensi, hombre poderosísimo; pero á quien yo no amaba, porque, Laurencio solo era el objeto de todas las ánsias de mi corazon; pero... murió... murió el infeliz, y dos dias antes habia experimentado la misma suerte mi marido en un desafio, promovido por muy leve causa; de modo, que en solos cuatro dias perdí mi amante y mi esposo. Si Laurencio hubiera vivido, yo le hubiera hecho dueño de mi mano, y juntamente de toda mi fortuna; entonces habria sido feliz; pero ahora me es preciso derramar eternamente lágrimas de amargura.—Madama, os compadezco; son grandes vuestras desgracias, pero no debeis desesperar de hallar alivio; en vuestra edad, con tantas gracias, y un corazon tan tierno, las cenizas de Laurencio pueden reanimarse; la suerte puede ofreceros otro sugeto, que aunque tal vez no sea tan amable, no le ceda en prendas apreciables, ni en finura amorosa.—¡Esposo cruel! tirano, que arrebataste mi mano de unos parientes codiciosos, ¿de qué me sirven las cien mil libras de renta que me has dejado? ¿para qué quiero tus castillos, posesiones y vanos titulos? á

todo hubiera preferido el logro de mi amor...—Pero señora, tranquilizaos..... volved á tomar asiento.... sosegaos.—¿Qué es lo que hago? ¡Cielos! perdonad estos impulsos del sentimiento que procuraré moderar, é interesándome en vuestros sucesos, vendré otro dia á consolaros, porque ahora ya veo que no hago sino hablar de mí propia, rayando en descortés.—¡No os podeis figurar, señora condesa, cuánto me interesais! Vuestra afliccion me conmueve en extremo: y aun me parece que si os dignais admitirme en vuestra sociedad, tal vez llegaremos á consolarnos mútuamente; entre tanto espero mereceros que honreis mi mesa.—No señor, no; he abusado infinitamente, y así me retiro... no os canseis...dejad que me retire, quería enjugar vuestras lágrimas, y no derramar otras á vuestra vista.—Pero madama...

La condesa no accedió, y bajó acompañada de Lázaro hasta su coche; el cochero recibió orden de dirigirse á casa, y Lázaro la hizo seguir por uno de sus criados, quien no tardó en traerle las señas de la habitacion de la hermosa y afligida señora.

Ahora que ha partido la condesa, dejemos á Lázaro entregarse á las ideas lisonjeras que se presentan á su imaginacion, y participemos al lector quién

es esta condesa, aunque tal vez ya lo habrá adivinado.

Cervina, hija de unos pobres, después de haber servido á varias mugeres de mala vida, entró á ser camarera de una actriz famosa. En esta situación, que supo aprovechar, no se olvidó de hacerse pagar muy bien de veinte ó treinta amantes, por hacerles el favor de entregar á su ama billetes amorosos. Ya Cervina había hecho algun dinerillo en esta casa, cuando la actriz se casó y despidió á la criada, después de haberla hecho un buen regalo. No quiso Cervina volver á servir, y tomando supuestos nombres, corrió mil aventuras. Asociada después á una tropa de tahures, contribuyó á despojar mil inocentes, hasta que un jóven llamado Laurencio perdió todo cuanto tenia en las cavernas de disolucion que habitaba Cervina. Parsuadido de que lo habian robado, fué á dar parte á la justicia, que acudió á la casa, y Cervina y sus cómplices se vieron rodeados de esbirros, sin mas arbitrio para librarse que el de saltar por una ventana: sus compañeros auxiliaron á Cervina, y se escapó toda la cuadrilla. Corrió Cervina de ciudad en ciudad, y al cabo se fijó en Milan, donde hizo la juiciosa resolucion de contraer un buen matrimonio. Para lo-

grarlo, tomó una buena casa, recibió gentes, arrastró coches, se fingió viuda del conde Hortensi; en una palabra, concibió el mismo proyecto que Lázaro. Entre tanto, los fondos de la condesa iban disminuyendo de día en día. Todos sus artificios é intrigas no la habian proporcionado amante alguno; y comenzaba á desesperar de su empresa, cuando el artículo del diario que hablaba de Lázaro, reanimó todas sus esperanzas. Creyó ser mas feliz con un extranjero; y despues de haberse adornado con todo cuanto la coquetería de una muger cree que puede hacer brillar sus gracias, se presentó á nuestro héroe, persuadida de que era cierto lo que de él se decía. Vamos á ver el resultado de la entrevista de dos intrigantes, empeñados en engañarse recíprocamente.

Un hombre bien educado se hubiera persuadido por el solo paso que la señora condesa acaba de dar, de que esta muger, por lo menos, era una loca; pero nuestro Lázaro solo vió en la dama modales distinguidos, palabras elocuentes: no dudó de que pertenecía á la mas alta clase, y que, como ella lo habia dicho, tenía mas de cien mil libras de renta. Pasó lo restante del día y toda la noche saboreándose con las mas dulces quimeras; á la mañana

siguiente se vistió con magnificencia, y fué á visitar á la fingida condesa, cuya casa le pareció de las mas bien amuebladas.

Esperábale Cervina, porque habiendo presumido que algun oriado seguiría su coche, mandó de propósito que la llevasen muy despacio. Cervina, pues, en el traje mas descuidado, pero mas atractivo, esperaba á su víctima, y se lisonjeaba de que aquella vez no podría menos de quedar sometido al imperio de sus gracias. Por su parte Lázaro se proponia echar el resto de su artificio, para terminar cuanto antes un asunto que le proporcionaba tan conocidas ventajas; de esta manera entrambos se esforzaban á engañarse. Esta visita, aun más original que la primera, dejó á los dos satisfechos; y su escelencia, el señor duque, convidó á su escelencia, madama la condesa, á comer para el dia siguiente. Aceptó Cervina, y asistió á una delicadísima mesa, que nuestro Lázaro habia preparado con la mayor profusion; en los postres se sirvieron licores fuertes; y ambos intrigantes bebieron tanto, que faltó muy poco para que se descubriesen por quienes eran. En fin, Cervina dijo que se sentia indispuesta, y Lázaro, que apenas podía tenerse, la hizo subir en su coche, la acompañó á su casa, volvió y se acostó. Al dia si-

guiente los dos se vieron en casa de Cervina, y no se acordaron de nada de cuanto habian hablado en la mesa, sino de la declaracion amorosa que se habian hecho en medio de los vasos y botellas. Lázaro se postró á los pies de la hermosa viuda, la cual le hizo levantar, acabando de embelesarle con sus miradas halagüeñas. Por último, se habló de matrimonio, que era lo que ambos deseaban; pero con mucho disimulo y como de paso, se preguntaron mutuamente acerca de los grandes bienes, de que cada cual se suponía dueño: castillos, casas, heredades, alhajas, títulos, todo en fin fué especificado y afianzado con escrituras falsas: y se fijó el dia de la boda. Sin embargo, todo estuvo á pique de desbaratarse cuando se trató del lugar en que habian de vivir los tiernos esposos despues de su union. Quería Cervina que este sitio fuese alguno de los estados de Lázaro, y este pretendia que fuese en alguno de los de aquella, y los dos tenian sobrado fundamento para este empeño; pero Lázaro cortó la diferencia diciendo: aunque mi hacienda de Cavata esté casi destruida por el mal gobierno de un pícaro administrador, este me parece el lugar mas á propósito para conducirnos por ahora, hasta que resolvamos otra cosa.

Sabia Lázaro que esta hacienda estaba de venta, y pensaba comprarla apenas Cervina le entregase las doscientas mil libras que le habia prometido entregar en dinero efectivo cuando se verificase el casamiento, y decía entre sí: Todavía permaneceremos algun tiempo en Milan; pretestaré un viage indispensable, y entre tanto compraré la hacienda. Todo estaba ya arreglado entre los dos pícaros, que creían engañarse uno á otro. Cada cual supuso por su parte algunos cercanos parientes, que buscaron entre bribones de su especie, y llegado el deseado dia, los vistieron magníficamente. Fueron, pues, á casarse á una legua de Milan, en una aldea estraviada, por evitar, segun decian, el tumulto enfadoso de la concurrencia. Llegaron con cinco ó seis de sus confidentes al lugar destinado, y formaron un lazo indisoluble en presencia del Eterno, á quien estaban ultrajando, el cual les preparaba un terrible castigo. Despues de celebrado el matrimonio, se detuvieron á desayunarse en la aldea, antes de volver á Milan, donde la casada debia entregar el dote á su amable marido.

Pero en esta fatal aldea es donde los dos van á horrorizarse uno de otro, y á ser entregados á la venganza de las leyes ultrajadas. Dos viajeros, el uno

jóven y otro anciano, llegaron casualmente al mismo sitio, é informados de la novedad, por efecto natural de curiosidad desearon ver á la recién casada. Los dos viajeros no se conocían, pero se hablaron y ambos se dirigieron á la casa en que estaban los novios. Acercándose á la sala principal, uno de los viajeros, viendo á Lázaro se arrojó á él, y cogiéndole del cuello de la casaca, exclamó: ¡Estás aquí, infame! ¡por fin se han logrado mis anhelos! ¡miserable! ¿dónde está tu cómplice? ¿dónde el dote de mi hija?

En tanto que esto pasaba con Lázaro, el otro viajero se apoderó de Cervina, diciéndola: ¡Malvada! ¿cómo te has escapado de la justicia? ¿dónde está el dinero que me has robado en tu infame casa?

Considérese cuál sería el espanto de los tiernos esposos al reconocer el uno al padre de la veneciana casada con Belmont, y el otro al jóven Laurencio, á quien habia arruinado con una cuadrilla de tramposos; ambos perdieron el color, mas por no quedar descubiertos, toman el partido de fingir. Lázaro dice al que le tiene agarrado: Padre inhumano y bárbaro, ¿puedes tratar de esta manera á un amante desdichado, que amó á tu hija, y á quien ella abandonó despues con la mas inaudita crueldad? yo la ofrecía toda mi fortuna; queria elevarla á mi clase, y ambos

lo habeis resistido; ¿podrás pues resentirte de que forme nuevos lazos? Entre tanto Cervina dirige al otro estrangero estas razones: ¡Cómo, Laurencio! ¿qué, vives todavia? te vuelvo á encontrar tan fino y tan tierno como siempre? pero ¡ay, en qué fatal momento has llegado! — Todas las ocasiones son buenas para restituir el dinero. — ¿Qué hablas de dinero? si mi esposo te quedó debiendo alguna cosa, yo nunca lo he sabido. — ¡Qué novela!... — Pero no perderás nada; todo te se pagará, no lo dudes, yo te lo prometo; no descubras nada (esto se lo dijo al oido); me he casado con un hombre riquísimo, y mañana ú otro dia, cuando quieras, te volveré todo cuanto te falta.

Calló Laurencio porque le enmudeció la admiracion; pero Lázaro no pudo conseguir el mismo silencio del padre de la veneciana. Ladron, infame, le dijo el respetable anciano, ¿así pretendes encubrirte? ¿Piensas que me he olvidado del robo que me hiciste asociado con tu cómplice Belmont? ¿Sabes que mi hija ha espirado de dolor? — ¡Ha espirado! ¡cielos! ¡qué golpe! Sin embargo de su infidelidad, la lloraré eternamente. — ¿Pero qué significa? — (*Lázaro al oido del anciano*). No me perdais; acabo de casarme con una condesa de bienes cuantiosos; yo os pa-

garé todo lo de Belmont, nada perdereis; pero, por Dios, que no me perdais. — ¡Mónstruo! ¿me volverás mi hija y mi honor ultrajado? No; es necesario que pagues tus delitos; no hay remedio; y á vos (*dirigiéndose al dueño de la casa que se habia dado á conocer*) os hago responsable de este malvado, en tanto que acudó á la justicia; al instante vendrá; si le dejais escapar, sois perdido.

Sale el viejo de la casa despues de haber dado esta órden, y Laurencio, que al instante conoce la maula, toma el mismo partido, y dice al amo de la casa: Yo tambien os hago responsable de esta muger perversa. Dicho esto, se fué y quedaron nuestros recién casados sin atreverse á mirar, temblando de las consecuencias de este fatal accidente. Durante la escena que acabamos de referir, los convidados huyeron dejando solos á Lázaro y Cervina, á quienes el amo de la casa con algunos aldeanos no perdieron un punto de vista. Al cabo de algun rato llegó la justicia con los dos viajeros, y terminó sin remedio la ficcion de los dos novios, porque se vieron precisados á declarar separadamente su nombre, patria, y demás necesario. Concluida la declaracion, dijo Lázaro á Cervina: Bella condesa, ya no es tiempo de disimular... — Amado duque, le contestó, no me es posible en-

gañaros por mas tiempo. — Os habeis casado conmigo, y no soy sino... — ¡Un bribon! y yo.. — ¡Una embustera! (*Los dos á un tiempo.*) Vos me habeis engañado.

Iban á llenarse de dieterios; pero el magistrado atajó la disension, atándolos y haciéndolos conducir á la cárcel de Milan, donde fueron castigados como merecian; este ejemplar atemorizó á los intrigantes, tramposos y embusteros: por mucho tiempo no se habló en Milan de otra cosa, y la historia de tales malvados fué citada como ejemplo de los golpes casuales, y de la venganza divina, que nunca deja el delito sin castigo.

TARDE XIX.

LOS LITIGIOS.

Pérdidas irreparables,
 Odios, disputas, rencores,
 Pesares, iras, temores,
 Son males inseparables
 Del que litiga. Intratables
 Uno con otro adversario,
 Suele ser caso ordinario
 (Y no lo tomes á risa)
 Verse el uno sin camisa
 Y en cueros á su contrario.

Mucho divirtió á los tres muchachos la historia de los embusteros engañados: Leon se proponía que le sirviese de asunto para componer una comedia, y aun empezaba ya á trazar el plan, cuando viéndole Palemon le separó de su propósito diciéndole que ni el asunto era digno ni la moral de la mas á propósito, ni tenía la novedad suficiente para interesar en el

teatro. Al mismo tiempo le estimuló á que cultivase su entendimiento ilustrándole con la lectura de buenos modelos, principalmente de los autores griegos y latinos: díjole tambien que esperaba á un amigo de allí á muy pocas horas con el cual podría consultar sus últimas composiciones. Leon, aprovechando el buen humor de su padre se atrevió á pedirle gracia para Adela y Benito.—No me hables de eso si no quieres disgustarme, contestó el anciano; han delinquido y deben sufrir su castigo. En cuanto á Adela, pasado mañana podrá ya acompañarnos; con respecto á Benito va mas despacio. Trabaja y disponte á escuchar con mucha atencion á Mr. de Lonchamps, de quien te acabo de hablar, que es un hombre de mérito, y sin duda nos referirá algunas cosas de gusto.

Dejó el anciano á Leon, y este, dócil á los consejos de su padre, abandonó el plan de la comedia para entregarse á sus acostumbradas ocupaciones. Llegó la hora de comer: Armando y Julio, á quienes Leon había participado que tendrían un convidado, fueron con su hermano al cuarto de su padre, donde hallaron á Mr. Lonchamps, cuya fisonomía inspiraba respeto y estimacion. Abrazó este á los hijos de su antiguo amigo, y se sentaron á la mesa. Durante la

comida habló Lonchamps de sus viajes, sobre todo del placer que había experimentado recorriendo la Aubernia, y añadió: Será preciso, amigos míos, que os refiera una anécdota muy agradable que me contaron en Brioude, en este delicioso país donde se encuentran las bellezas naturales unidas con la honradez de sus habitantes. Un día pues...

Palemon interrumpe á su amigo, rogándole que deje para la tarde su narracion. No sabeis, le dijo, la diversion de nuestras tardes, y pues habeis de permanecer con nosotros algunos dias, quiero que participeis de este gusto. Feliz en medio de mis hijos, mi único placer es dirigirlos por el camino de la virtud, contándoles muchas veces algunas historias divertidas que alimentan su espíritu y conmueven su corazón; por eso me quieren tanto: ¿no es verdad, hijos míos, que amais mucho á vuestro anciano padre? La respuesta de los muchachos fué arrojarse atropelladamente á los brazos de Palemon: y Mr. de Lonchamps no pudo contener sus lágrimas al ver tan tierno cuadro. Despues de comer tuvieron los muchachos licencia para jugar en la huerta, en la que estuvieron paseando los dos amigos; y al declinar el día todos cinco se reunieron en el terrazo, donde tambien acudió con su labor la buena Mar-

cela, que tenía grande afición á oír historias. Cuando ya todos estuvieron sentados, Armando recordó á Mr. de Lonchamps que les había prometido referir una anécdota de Brioude: sonrióse este, reclamó la atención, y comenzó su relación en estos términos:

EL PUENTE DE LOS ENAMORADOS.

Cuando yo recorría las montañas de Brioude, tan fecundas en riquezas de historia natural, cuanto estériles en mieses, descendí por la parte occidental á los mas profundos subterráneos, y observé atentamente la naturaleza en estos ocultos retiros, la sorprendí por decirlo así, en sus operaciones, y ví cuanto podía desear. Sobre todo, me causó admiración el ver los altos y soberbios basaltos de Chiliae y S. Arcóns, dignos de competir con los de Irlanda: atravesé aquella admirable calzada de los Gigantes, que es un camino de veinte toesas de anchura, rodeado de altísimas columnas de basalto, y sobrepujado de prismas colocados horizontalmente, y que forman como una especie de chapitel sobre este magnífico órden de arquitectura natural. ¡Cuánto había trabajado mi imaginación en aquella gruta abierta bajo las masas mas enormes de peñascos! El

camino es arenoso, y la humedad ha cubierto esta arena de una especie de musgo verdoso, que por decirlo así, le sirve de alfombra. En el mayor calor se respira allí el aire mas fresco, y por eso se reunen en este sitio durante el estío, los pastores y pastoras. El río Allier corre al levante, y se oye desde allí el ruido de sus ondas, que chocan con las lavas que los volcanes han vomitado en sus riberas. Esta caverna, al mismo tiempo que inspira melancolía, eleva el alma; la vista se asusta al medir la masa de las rocas que la cubren; pero se sosiega luego que piensa en el grande arquitecto que ha construido esta bóveda. Considero imposible que sea artista el que haya recorrido las montañas de Aubernia: la mano del Ser supremo está allí grabada de un modo demasiado visible.

Me quedaba por ver la ciudad de Brioude, y el magnífico puente erigido, según se dice, por los romanos, no lejos de sus muros. Al recordar los romanos en este sitio, ¡cuántas ideas se despiertan! se atraviesan los siglos, y parece que se presentan las falanges guerreras de aquel pueblo tan amigo de las artes, y que se oye razonar á Catón, Scipion y otros héroes célebres de la antigüedad.

Iba, pues, á Brioude, y para llegar á esta ciu-

dad era preciso pasar el puente, que me habian ponderado sobremanera. Esta obra es mas admirable que hermosa; envejecida por un largo trascurso de siglos, se halla revestida de una cantidad considerable de láminas de hierro que contestan su antigüedad. Forma este puente un grande arco de ciento ochenta pies de anchura, sobre ciento de elevacion; nada tiene de dibujos; no es mas que un simple semicírculo que estriba sobre dos rocas, en una de las cuales se eleva la antigua Brioude. Por un efecto de su construccion, este puente es muy apreciado de los amantes, á los cuales ha favorecido repetidas veces, á pesar de los celosos; voy á referiros la anécdota que me han contado con relacion á este puente maravilloso.

Antonio, jóven pastor de Brioude, amaba á Luisa, hija de un labrador de la montaña situada enfrente de esta ciudad, y dividida solo por el puente. Destinados desde la infancia á ser esposos ambos jóvenes, conducian sus rebaños á unos mismos lugares, donde pasaban dias enteros hablando de sus amores, y de la esperanza que tenian de verse algun dia unidos para siempre. Pero de repente el interés, este tirano del amor y de la sociedad, vino á separarlos y á destruir enteramente sus esperanzas.

Un pleito indispuso á sus padres , que prohibieron á los jóvenes el verse , y aun el quejarse. Dóciles ambos , y en aquella feliz y florida edad en que solo una severa mirada de un padre es un castigo terrible, Antonio y Luisa se esforzaron en obedecer , y se resolvieron á morir , pues no podian verse ni hablarse. Temiendo que el amor ó la casualidad los reuniese , sus padres inflexibles les habian prohibido pasar el puente que separaba el monte de la ciudad , y solo estaban acordes en desesperar al amor , quitándole todos los medios de comunicarse ; pero esta vez , si al amor no ayudó el genio , la suerte , que tantas veces se le opone , se declaró á favor suyo , y se encargó de que los amantes se comunicasen , sin que se les pudiese acusar de haber quebrantado los preceptos paternas.

Cada dia la pobre Luisa conducía sus vacas á la orilla del rio , y el tierno Antonio llevaba su ganado á la parte opuesta. Allí se lamentaban , derraban abundantes lágrimas , hacian al cielo testigo de sus sentimientos , y le suplicaban que acabase sus pesares. Los dos , por una simpatía natural , iban todos los dias , y á la misma hora , á un mismo sitio ; no podian hablarse , pero se veian de lejos , y esto les servia de algun consuelo á sus tiernos corazones.

Un día, se cargó la atmósfera de espesas nubes; los truenos y relámpagos que se oían y veían de lejos, anunciaban una horrible tempestad; á breve rato se abrieron las cataratas del firmamento, y caían diluvios de agua y de granizo. Atónitos con el trastorno de la naturaleza, los dos amantes corrieron á refugiarse debajo del puente. Allí, al abrigo de su inmenso arco, no atreviéndose á mirarse, fijan en el arco sus lagrimosos ojos; abrazan las piedras, y como por instinto, las confían sus dolores y juramentos. Pero ¡oh sorpresa! en tanto que en voz baja renuevan las promesas de una tierna constancia, Antonio percibe la voz de Luisa, y esta la de Antonio: entonces, creyéndose reunidos por alguna fuerza mágica, se vuelven para mirarse y hablarse, y reparan que aun media entre los dos el rio; ven desaparecer sus esperanzas, y dirigiendo sus miradas á la piedra, la dicen; ¡cruelmente nos has engañado!... y perciben recíprocamente estas palabras: los pobres jóvenes creen que se burla de ellos algun espíritu maléfico, y aun se disponen á huir de este encantado sitio; pero se apacigua la tempestad; y con ella su primer terror. Entonces dijeron entre sí: si es un mal genio el que se complace en repetir nuestras palabras, obra segun nuestra voluntad;

¿pues por qué hemos de huir de lo que favorece al amor? Animados de esta reflexion, vuelven hácia la piedra para experimentar si sus palabras se oyen de nuevo: Yo te amo, Antonio, dijo Luisa en voz muy baja; y al momento percibe que la responden: Y yo te correspondo, amada Luisa.—¿Con que me oyes? —¿Y tú tambien? —¡Oh felicidad!

Mas asegurados, y palpitando de alegría sus corazones, agradecen á la casualidad favor tan inesperado: vuelven á colocarse junto á sus respectivas piedras, y convienen en confiarse por este medio sus penas y sus mas ocultos pensamientos. Como no resonaba la voz, nadie podia oirlos y así no temian ser sorprendidos. Todos los dias iban á hablarse de este modo, y desde entonces vivian muy consolados. Si Luisa tenía que hacer algun viaje, Antonio lo sabia, y no dejaba de presentarse en el camino; y en fin, habian hallado el medio mas seguro para fomentar la inocente llama que los abrasaba.

Así vivian, quando un pintor de Brioude, llamado Roberto, tomó por ocupacion el ir todos los dias á la ribera del rio á dibujar aquellas vistas: varias veces habia observado que los dos jóvenes, puestos bajo del puente, se volvian las espaldas, y se arriaban cada uno por su lado á las piedras del arco,

de lo que infirió lo que hacian, y penetró su secreto. Interesóse mucho en la suerte de estos desgraciados amantes, y un día tuvo el atrevimiento de acercarse con mucho disimulo adonde estaba Antonio, á ver si podia oirle alguna espresion, y en cualquier caso ofrecerle todos los ausilios que estuvieran en sus facultades. Nadie en aquel sitio solitario habia interrumpido á Antonio; por otra parte nada podia distraerle de tan dulce ocupacion como la de hablar á Luisa; por esto no vió á Roberto, que se acercó mas, y pudo oir el siguiente romance, que el pastorcillo á media voz castaba á su querida.

Piedra que amores proteges,

que favorable á mis ansias

mis dichas y mis pesares

llevas á mi prenda amada;

Tú, que sensible á mis ayes

eres fiel depositaria

y mis quejas y suspiros

trasmites á mi adorada.

Dile á mi Luisa que la amo

cual nadie pudiera amarla:

que su amor me desespera

y mi constancia me mata.

Dile á mi amable pastora
que mi corazon y mi alma
la rindo, pues prendas son
por ella muy apreciadas.

Que en mi pecho el vil engaño
jamás halló su morada,
que mi pasion verdadera
procuró siempre agradarla.

Puente que para consuelo
diestra mano te labrará
de tristes enamorados,
dile á mi Luisa adorada,

Que si ahora de su belleza
cruel destino me separa,
acaso un dia felice
se enlazarán nuestras almas.

¡Oh puente! De tu misterio
en alas imaginarias
lleva á mi amada pastora
mis amorosas palabras.

Son tristes, mas siendo mias,
amante sabrá apreciarlas,
que de amor acrisolado
las tristezas entusiasman.

Y Luisa sabe que la amo

cual nadie pudiera amarla,
que su amor me desespera
y mi constancia me mata.

Luego que Antonio concluyó de recitar su romance, se volvió hácia donde estaba Roberto; y al verle tan inmediato, empezó á temblar como si acabase de cometer algun delito.—Nada temais, desgraciado amigo, le dijo Roberto; adivino una gran parte de vuestras desventuras, y me ofrezco á repararlas.—¿ Vos? —Yo: confiadme vuestras penas, decidme, ¿qué inconvenientes son los que se oponen á vuestra felicidad?

Antonio se manifestó indeciso al principio; pero luego, cediendo á la confianza que siempre inspiran los buenos corazones, le dijo: Yo amo á Luisa, y ella me corresponde; los dos debíamos ser esposos algun dia; pero Mateo, mi padre, quería aumentar una posesion que tiene en el monte, comprando seis acres de tierra á Gerónimo, padre de Luisa, el cual consintió desde luego, conviniéndose en cierto precio; pero ahora se desdice, y pretende anular el contrato; mi padre reclama el convenio: de esto se ha originado un pleito y la enemistad de nuestros padres, siendo nosotros víctimas del interés: nos

han prohibido el vernos y comunicarnos, y solo el arco de este puente repite nuestros dolorosos acentos: á esto se reducen nuestras desdichas y el único alivio de nuestros pesares.

Roberto conocía á los dos ancianos, y se encargó de componer este asunto y reunir á los amantes. ¡Considérense los extremos de alegría que hizo Antonio! Participó á Luisa la nueva esperanza que le animaba y Roberto se despidió para poner en práctica su ofrecimiento. En efecto, buscó á Gerónimo, y le preguntó cuál era el precio en que estimaba sus tierras, este se lo dijo, y el pintor se lo entregó; pero para coronar su obra, convidó á los dos padres á una comida en el campo, y así que llegaron les dijo: Estas tierras que han dado motivo á vuestra desunion, tienen que ser la prenda de vuestra firme alianza: no las he comprado para mí; sino para que sirvan de dote á dos amantes que solo esperan vuestro permiso para celebrar su enlace.

Los padres consintieron, se celebró la boda, de que el mismo Roberto quiso ser padrino, y los novios quedaron en la duda de quién habia tenido mayor parte en su dicha; si Roberto, su bienhechor, á quien siempre dieron este título, ó si el *Puente de*

los *Enamorados*, que desde entonces se llama de este modo.

Antonio y Luisa enseñaron el secreto del puente á algunos jóvenes que padecían las mismas penas que ellos acababan de experimentar, y por su imprudencia se divulgó el secreto; por eso en el dia cuando los padres notan alguna pasión mal dirigida en sus hijos, les prohiben hasta el acercarse al puente.

Causó esta historia el mayor placer á los tres hijos de Palemon, y sirvió de materia á sus discursos todo el resto de la tarde; y como Mr. Lomchamps habia de pasar algunos dias en casa de los muchachos, se liosgearon estos de que les contaria otras historias de sus viajes; por lo cual se empeñaron á porfia en servirle y obsequiarle aun mucho mas de lo que esperaba Palemon.

TARDE X X.

LA CORRECCION.

Caprichosa insoportable
 Que el consejo paternal
 Desoyes, que irracional
 Eres cual fiera indomable,
 Y en vez de escuchar afable
 Una amorosa leccion,
 De aspereza y rebelion
 Suelas hacer vil alarde;
 ¡Ay de ti si llega tarde
 La debida correccion!

ADELA encerrada en su cuarto sin que se la permitiese salir ni aun para concurrir á la mesa, espia-
 ba la falta de haber disputado con su hermano, sin
 tener mas testigo de sus lágrimas y su arrepentimien-
 to que la buena Marcela, que la amaba ciegamente,
 y sentía tanto como Adela misma su prision; y para
 terminar las penas de su hija, que así la llamaba,

rogó á Mr. Lonchamps que obtuviese de Palemon la libertad de su querida: aceptó aquel con mucho gusto el encargo, y en presencia de los tres muchachos pidió á su antiguo amigo la libertad de la jóven prisionera: condescendió Palemon, y á breve rato se presentó Adela encarnada como una rosa, y se arrojó á los brazos de su padre derramando un torrente de lágrimas. Hija mia, la dijo este buen padre; no llores, olvida como yo tus faltas; las has espiado, y no debes pensar mas en ellas, evitando por todos los medios la necesidad de que las recuerde. Agradece á este caballero el perdon que has obtenido; colócate junto á tus hermanos, y vive segura de que nada has desmerecido en mi ternura y confianza, persuadido de que no volverás á abusar de ellas.

Adela quiso protestar de su arrepentimiento; pero los sollozos ahogaron su voz: su padre la abrazó: sus hermanos la rodearon y enjugaron sus lágrimas, y en breve la satisfaccion de verse reunida á la familia, restablece la general alegría.

Faltaba otra gracia que pedir, y era la de Benito; pero su padre se mantuvo inflexible, y aun estaba de acuerdo en esto con Mr. Lonchamps: en vano Adela y sus hermanos se empeñaron con este para que templase el enojo de su padre; porque

Mr. Lonchamps se resistió á sus ruegos diciéndoles, que lo que le habian contado del carácter indócil de Benito le determinaba á no mezclarse en semejante asunto. Fué, pues, necesario esperar del tiempo lo que no se podia alcanzar de la amistad ni de la ternura paternal. Consoláronse los niños, y por la tarde se reunieron los cuatro en el terrazo, donde suplicaron á Mr. Lonchamps que les contase alguna historia por el estilo de la del puente de Brioude. Ya se supone que los tres muchachos habian referido á su hermana todo lo ocurrido en su ausencia, de modo que tenia la misma curiosidad que sus hermanos; y se interesó juntamente con ellos para que aquel caballero les hiciese alguna agradable narracion de lo que habia oido y visto en sus viajes. El amable viajero no se hizo de rogar, y refirió lo que sigue:

Conocí en Languedoc á una muger anciana, á quien habian sucedido cosas muy particulares. Escuchad, amables niños, y convendreis conmigo en que la Providencia, que lo arregla todo, ha proporcionado consuelos á los desgraciados, aun en las circunstancias mas críticas de la vida, y que el hombre nunca experimenta mas males que los que puede sobrellevar.

BENITA Ó LA CASA SUBTERRÁNEA.

No muy distante de la ciudad de Aviñon , á la entrada de un sombrío y espeso bosque, había un castillo muy antiguo, cuya parte baja fué construida por los romanos , segun decian. Habitaba en él un anciano respetable con su muger, y una hija de quince años muy linda ; pero por desgracia, de un carácter altivo , duro é intratable, por lo cual Benita , que así se llamaba esta jóven , se hacia insufrible aun á sus mismos padres , que no tenian otro hijo , y fundaban en Benita las esperanzas de su ancianidad. ¡ Vanas ideas ! La niña, al paso que crecia en edad, crecía tambien en envidia, indocilidad y sobre todo en orgullo. Veinte veces al dia se encolerizaba con los criados y hacia que los reprendiesen , ó los reprendia ella misma con una aspereza insoportable. Por mucho que los padres la reconviniesen por su conducta, y aun castigasen , volvía á incurrir en los mismos defectos: en fin, no había fuerza para aguantarla ni se podía esperar que mudase de carácter.

Bien conoceréis, queridos, cuán desagradable será el tener siempre á la vista una hija semejante. Si el orgullo, la envidia y la indocilidad son cualida-

des odiosas en el hombre, lo son mucho mas en la muger que debe aparecer modelo de dulzura y de sensibilidad. Era pues Benita tan mala, que todos la detestaban, y por último sus padres tomaron el partido de separarla de su lado. Hija mia, la dijo su padre un dia, tu has despreciado todos nuestros saludables consejos, los castigos no han bastado á corregirte; por esta razon nos es imposible tenerte en nuestra compañía. Si los bienes que poseemos te han inspirado tanta altivez y soberbia, desde ahora no cuentes con ellos: ya no tendrás quien te sirva; aprenderás un oficio, y entrarás en la clase de las personas laboriosas que trabajan para vivir. Mañana, luego que amanezca, Campagne te llevará á casa de una costurera de Aviñon: allí aprenderás lo que gustes, en inteligencia de que con el trabajo de tus manos solo has de mantenerte: no cuentes ya con nosotros. Por nuestra parte, poco trabajo nos costará el olvidarnos de semejante hija, pues ella hace mucho tiempo que se ha olvidado de que tenia un padre y una madre demasiado buenos é indulgentes. Nosotros nos ausentamos ahora mismo, y nunca llegarás á saber el lugar de nuestra residencia: A Dios.

Benita, confusa y humillada, no pensó en arrojarse á los pies de sus padres para enternecerlos en

su favor; pero se puso pálida, se mordió los labios de rabia, y pronunció entre dientes algunas expresiones groseras, que no oyeron sus padres, porque ya habían bajado la escalera; Benita los vió subir á un coche cargado de maletas y varios efectos, y seguidos de todos los criados, á escepcion del conserge y Campagne, el terrible Campagne, encargado de unas órdenes secretas que la atemorizaban. ¿Qué hará? no puede seguir á sus padres, y se resuelve á examinar al conserge, del cual no recibe la mas mínima esplicacion, porque todo lo ignora. Campagne solo es el que todo lo sabe, pero precisamente es el criado á quien mas ha maltratado, y mil veces ha hecho todo lo posible para que fuese despedido; por lo cual debia presumir que no se dejaria vencer de sus lágrimas ni de sus ruegos.

He aquí, pues, á Benita sola, abandonada, sondeando el espantoso abismo que ve abrirse ante sus ojos: ¡ ella costurera!.... ¡ Ah! solo el nombre de un estado que la parece despreciable, la causa un disgusto insufrible; preferiría la muerte á semejante partido... pero esto de morir es demasiado duro: ¡ si pudiese huir de una casa con la que ya no tiene relacion alguna!... pero ¿ á dónde irá? ¿ quién la mantendrá? será forzoso trabajar continuamente, y para

ella la labor es un suplicio. En estas agitaciones pasa aquella noche, y la aurora la sorprende en tan tristes pensamientos. Todavía no ha visto á su conductor Campagne á quien antes detestaba, pero que ya no es el mismo á sus ojos, pues solo ve sus buenas cualidades; es un hombre de edad madura, bueno, humano, generoso, que la quería mucho cuando era muy niña, y la traía siempre entre sus brazos: aunque tanto le ha perseguido, no será inflexible; la dirá dónde han ido sus padres; correrá á verlos; se arrojará á sus pies; les prometerá ser en adelante mas amable, y volverán á admitirla, perdonándola cuantas faltas ha cometido: ¡ah, cómo las reconoce ahora! ¡cuánto se arrepiente! pero nada puede hacer; es preciso esperar á Campagne, y procurar conmoerlo. Tales son las ideas y proyectos de Benita que todavía conserva alguna esperanza.

Por fin se presenta Campagne y la dice: Señorita, vamos.—¿A dónde?—Ya lo sabreis.—¡Campagne!—¿Señorita?—Por favor... tú sabes adónde han ido mis padres; dímelo por Dios: dímelo.—No puede ser.—Mira, yo conozco que te he tratado mal muchas veces; olvida mis escesos, y vuélveme á la presencia de mis padres.—¡Hola! ¿conque ahora os arrepentís? ya es muy tarde; por mi parte no

puedo hacer nada , nada absolutamente : me es preciso cumplir con las órdenes de mis amos ; y así, debo llevaros á Aviñon , y dejaros allí para nunca volver á veros.— ¡ Campagne!..—No, señorita ; no entiendo sino de hacer lo que me han mandado : preparaos al viaje , que dentro de una hora nos pondremos en camino.

El criado se retiró, Benita quedó deshaciéndose en lágrimas: sin embargo, no tardó en dejarse arrebatar de su carácter altivo: enjugó su llanto, se levantó despechada, y se dispuso á la marcha diciendo: No importa; ya no tengo padre ni madre; todos son conmigo crueles: iré... veré... el cielo no me abandonará, y acaso me ofrecerá medios... ¿pero qué medios?... Volvía ya á su primera aficcion, cuando apareció Campagne con una maleta, un baston y todo el aparato de un caminante. Daremos una idea de Campagne, encargado de Benita. Este era un hombre de mas de cincuenta años, y no le faltaba talento y educacion: bueno, fiel y complaciente, llevaba treinta años de servicio en casa de Benita; la habia visto nacer; la habia amado... la amaba todavía: sentia mas que ella la terrible experiencia á que la condenaban sus padres, pero la aprobaba porque esperaba por este medio que se verificase un cambio

total en su señorita ; era juicioso , y tenía la suficiente firmeza de carácter ; sabía que el ministerio que se le había confiado exigía prudencia y aun rigor : Campagne era el único que podía contribuir al logro de los proyectos de su amo , que le apreciaba. ¡ Oh , cuánto estimaba este buen criado la confianza con que le distinguían ! ¡ Cómo se proponía corresponder á ella ! Tal era Campagne , tal era el hombre honrado que iba á servir de guía á nuestra heroína : sigámosles , amigos míos , y veamos qué es lo que sucedió.

Campagne intimó á Benita por última vez la orden de seguirle : Benita cogió un paquetito y obedeció temblando. Cuando llegó á la puerta del castillo estrañó no ver algun coche ú otro carruage , y dijo al criado : ¿ Por ventura hemos de ir á pie ?—Sí señora ; á pie por lo menos tres leguas que dista la primera casa de postas , en la que esperaremos el carro de la diligencia , que nos llevará á Aviñon. Benita se resolvió á todo , y siguió á su conductor , haciéndole mil preguntas , á las que aquel contestó con poca ó ninguna claridad.

El sol brillaba con todo su esplendor. Era el mes de agosto , y la hora de mediodia cuando Benita caminaba. Ya no podía sufrir tanto calor , y la

sed la acosaba. Campagne, dijo al criado, quisiera beber agua y descansar un rato, porque me hallo muy fatigada.—Bien, señorita, bien; pero si no hay por aquí ni fuente, ni arroyo, ni nada. Yo también voy sofocado. El solo partido que podemos tomar, es dirigirnos á los peñascos que veis á nuestra izquierda. Si subimos hasta aquella piedra blanca, podremos entrar en un subterráneo donde hay excelente agua; mitigaremos entonces la sed, y descansaremos á la sombra, disfrutando de la agradable frescura de aquel lugar.—¿Y habrá fieras en esa caverna, ó algunos otros animales que nos hagan daño?—Nada temais. Es precisamente un parage muy concurrido. Sirve de albergue en las tempestades á los pastores, y á muchos viajeros.—Siendo así, vamos.—Pues seguid mis pasos, señorita, porque el camino desde aquí está un poco enmarañado. Subid por este lado, señorita, que hay menos pendiente... Ya estamos cerca... ¡Gracias á Dios que hemos llegado!—Hermoso sitio para librarse de los ardores del sol en esta hora.—Sí, señorita; pero es forzoso detenernos un rato hasta que nos hayamos sosegado, porque el pasar repentinamente del calor al frío, espondría nuestra salud. Sentaos á la sombra de estas peñas.—Bien, Campagne, hagamos lo que te parezca. Despues que

se hubieron sosegado, pasaron delante. A pocos pasos vieron claridad, y esto les animó á continuar sin miedo. Dieron vueltas y revueltas por el subterráneo, que parecía estar iluminado á causa de las lumbres por donde penetraba el sol, y llegaron por fin á una fuentecilla: Campagne y Benita bebieron con mucho placer.—Señorita, dijo Campagne, pues estamos en tan hermoso sitio, si os parece podemos comer de la corta provision que traigo, y así descansaremos mas tiempo. Mucho se alegró Benita de tan buen acuerdo.

Despues que comieron, se dispuso salir del subterráneo para continuar el viaje: retrocedieron, dieron vueltas y revueltas; pero sin duda este lugar era un laberinto, pues no encontraban por donde salir de él. ¿Es posible, dice Campagne, que no hemos de hallar el sitio por donde entramos? ¡Bueno fuera que despues de tantos siglos como se ha conservado intacto, le hubiera dado gana de terraplenarse alguna parte dejándonos encerrados! Todo puede suceder. Se ven cosas que nadie las pensára. ¡Vaya! y esto debe de ser indudablemente, porque ya estamos cansados de andar, y ninguna abertura encontramos para salir. Por las claraboyas que le iluminan, no es facil; ¿cómo es posible que nos-

otros trepemos tan alto? ¡Dios mio, Dios mio! ¿nos veremos obligados á permanecer en este sitio, y morir en él de hambre? — ¡Ay! Campagne, ¿si será este lugar un abrigo de ladrones, y tal vez ellos nos hayan interceptado el paso? — Señorita, no sé que decir, aunque nunca he oido hablar de eso.

Benita lloraba, clamaba al cielo, y Campagne procuraba consolarla lo mejor que podia. Volvamos atrás, la dijo: registrémoslo todo; veamos si por otro lado encontramos salida. Mientras caminan, Campagne distrae á Benita diciéndola que aquel subterráneo es obra de los romanos, señores en otro tiempo del pais; que es maravilloso, que nada han ponderado las personas á quienes ha oido hablar de él, con otras mil cosas que juzgó convenientes. Llegaron otra vez á la fuente, la cual naciendo de un peñasco formaba un arroyuelo, que serpenteando entre menudas piedras, corria rápidamente por el declive del terreno: nuestros viajeros siguieron la dirección del arroyo, esperando que por alguna abertura saldrian sus aguas al campo; pero se equivocaron: las aguas del arroyo se perdian por imperceptibles conductos. En este parage advirtieron que la bóveda del subterráneo era mucho mas alta que por todo lo demas donde habian caminado. A favor de las lumbreras que

le daban claridad, les pareció ver una casa á no muy larga distancia: se aproximaron, y en efecto, lo era: constaba de dos pisos muy bajos: tenia puertas, ventanas, y hasta chimenea, cuyo respiradero penetraba todo el alto. Atónito admiró Campagne tan raro edificio, y agradeció á la Providencia el haberles proporcionado á lo menos un asilo seguro donde podian albergarse sin temor de sorpresas, y descansar el tiempo necesario para cobrar fuerzas y registrar de nuevo aquel sitio, buscando los medios de salir de él; pero aun no lo habian visto todo: salieron de la casa para examinarla detenidamente por fuera y se hallaron mucho mas sorprendidos al notar grabadas en una piedra las palabras siguientes.

Caminante estraviado, si la desgracia te conduce á este asilo, aprovéchate de lo restante de las provisiones de un infeliz que aquí ha vivido treinta años. Busca, trabaja y vivirás.

Esta inscripcion les dió mucho ánimo: les decia que buscasen y trabajasen. Al instante tomó Campagne de la mano á Benita; entraron otra vez en el edificio, y registraron los rincones mas secretos. Efectivamente, hallaron en la sala baja una considerable cantidad de harina, un horno para cocer pan, todo género de utensilios caseros, y porcion de leña.

Si nos vemos, dijo Campagne, precisados á vivir aquí por largo tiempo, á lo menos no nos moriremos de hambre. Benita, que un momento antes temblaba de espirar de necesidad en esta prision, cobró aliento. Apretó la mano á Campagne, y prometió ayudarle en cuanto sus fuerzas se lo permitieran. Bien, hija mia, bien, la dijo este fiel criado. Lo que mas nos interesa ahora, es preparar algun alimento, y despues registraremos los rodeos confusos de esta mansion, de la que mas ó menos tarde podremos salir: no hay que desesperar.

Dicho esto se puso á encender fuego, y pasó largo rato en calentar el horno: entre tanto Benita trae agua: ayuda á su amigo, que convierte la harina en pasta, y pone á cocer un pan grosero, pero muy necesario, porque ya el hambre los acosaba. Sola la vista del pan que van á comer reanima sus fuerzas abatidas; le miran con ánsia, y están dispuestos á devorarlo sin esperar á que se enfrie. Así pasaron una gran parte de la noche, sin mas luz que la del horno, bien cerrados en aquella habitacion, temblando de miedo al menor ruido que el aire hacía en la caverna.

Despues de cena tan frugal, se quedaron dormidos, y no despertaron hasta muy entrado el dia.

Campagne recorrió de nuevo la casa, y á cada instante hacía nuevos descubrimientos. Encontró sacos llenos de toda clase de legumbres; un tonel lleno de manteca y muchas viandas saladas; Benita, al ver tantas provisiones, saltaba de alegría. Hay mas; si el que ocupó este sitio, no se descuidó del alimento del cuerpo, tampoco se olvidó del pasto del alma, reuniendo muchos libros instructivos y morales para direccion del entendimiento y consuelo del espíritu. Libertad y un jardin era lo que únicamente faltaba en este lugar, porque las demás comodidades de la vida se encontraban en él con abundancia. Campagne, despues de haber examinado todas sus riquezas, tomó de la mano á Benita, y fueron otra vez á registrar las largas calles del subterráneo; pero temiendo perderse en ellas, ó no volver á hallar su querida casa, hacian señales en los ángulos de las que recorrían. Su exámen fué tan infructuoso como el anterior. Volvieron á su casa, y prepararon para alimentarse algunos manjares que comieron tristemente. Despues de comer hicieron nuevas investigaciones, y todas inútiles: entonces Campagne dirigió á Benita las razones siguientes:

Ya veis, hija mia, que nos es imposible salir por ahora de tan lóbrega morada; yo, aunque sin me-

recerlo, solo por haberos seguido, obedeciendo á vuestros padres, voy á sufrir tan cruel destino: paciencia: os debo todos mis cuidados, atendida la flaqueza de vuestra edad; pero vos tambien me debeis toda vuestra docilidad: permanezcamos aqui, pues el cielo lo ordena, hasta que él mismo nos proporcione la salida: entre tanto, hija mia, será preciso que os sirvais vos misma, y que me ayudeis á trabajar. Aquí no hay amo ni criado: la desgracia ha igualado nuestras condiciones: voy á servir de padre; bien conoceréis que no os sufriré lo que él os sufría: exijo de vos la mayor dulzura, y experimentaréis de mi parte la mayor condescendencia y el mas fino afecto. Ya veis á qué estado nos ha conducido vuestra indocilidad: nos ha separado de vuestros padres, y aun de todo el mundo. Quiera Dios que esta desgracia y sus consecuencias produzcan en vuestra alma un amargo y sincero arrepentimiento, y que se cambie enteramente vuestro carácter altivo y obstinado. No lloreis, Benita, y miradme en adelante como á un padre tierno y sensible, que quiere perfeccionar vuestra educacion, corrigiendo vuestros defectos, para haceros digna de la sociedad, si alguna vez podemos volver á ella.

Benita, penetrada de dolor, se arrojó á los bra-

zos de su amigo: le prometió la mayor sumision, y le pidió perdon de la desgracia que por su culpa experimentaba. Campagne se enterneció, la abrazó, y desde el mismo instante buscó los medios de arreglar la habitacion para pasar con menos trabajo todo el tiempo que se vieran precisados á vivir allí. Dispuso dos camas, que colocó en aposentos separados, para lo cual no le faltaban colchones ni sábanas: tambien halló alguna ropa blanca en un armario, y quedó á cargo de Benita el lavarla en el arroyo, componerla y guardarla; tambien debia atender á las menudencias de la cocina, cuyo manejo era preciso que aprendiese: á todo se prestó con la mayor complacencia; cuanto se la encargaba, tanto cumplía con una docilidad y aplicacion que alegraban el corazon del buen Campagne. En los ratos ociosos se aprovechaba de los libros; y por este medio se instruía y perfeccionaba en sus deberes: en una palabra, su carácter se mudó enteramente. Ya no era aquella señorita imperiosa, que despreciaba á todos, y los creía dichosos por dejarse servir de ellos: era una jóven dulce, aplicada, tierna y tan amable, que apetecía con ansia las ocasiones de servir á su compañero y ayudarle en todos sus trabajos. ¡Ah! ¡Cuán cierto es que no hay mejor escuela que la desgracia!

Veía Campagne con el mayor placer tan deseada mudanza; y así ponía todo su conato en divertir á su discípula en aquella melancólica soledad: la contaba mil historietas, inventaba juegos, y jugaba y corría con ella por las calles del subterráneo. Muchas veces hacían juntos investigaciones en aquel laberinto, porque nunca desesperaban de salir de él: jamás habian podido hallar la boca de la caverna por donde entraron, ni otra alguna: solo encontraban varias calles cerradas en sus extremos con escombros y fragmentos de peñascos amontonados. Benita habia aconsejado á su amigo que trabajase en quitar aquellos escombros, á fin de ver si hallaban salida para el campo; pero Campagne graduaba de impracticable este proyecto; con todo, le quedaba una esperanza sola, y era que al fin de una de las avenidas que conducian á la casa habia hallado una enorme puerta de hierro, que sin duda era salida para el campo; pero ni tenía llave, ni instrumentos proporcionados para abrirla ó romperla. Muchas veces se ponían junto á ella á escuchar por si oían gentes, y llamarlas para que los socorriesen; pero jamás percibían el menor ruido, por lo que presumían que esta puerta comunicaba á otros subterráneos. Acaso el solitario á quien reemplazaban tenía la llave: y tal

vez por allí iría á buscar sus provisiones; pero no había dejado escrito su secreto, y se veían reducidos á gemir y esperar....

¡Esperar! la perspectiva era terrible: si los víveres llegaban á faltarles, era preciso morir de hambre. Benita los economizaba, pero comunicaba varias veces sus temores á Campagne, quien se esforzaba en tranquilizarla: entre tanto ella estudiaba, trabajaba, y cada día se hacía mas perfecta. Sin embargo, la melancolía se descubría en su semblante: pensaba en sus padres, los llamaba, suspiraba por ellos, y no podía perdonarse sus defectos. Su amigo, en estos ratos de tristeza, enjugaba sus lágrimas, y la animaba á esperar que algun día se vería en el seno de su familia: la muchacha le abrazaba, y se consolaba leyendo ó jugando con él.

Ya habian pasado cerca de un año en esta triste soledad, y aunque Campagne siempre encontraba nuevas riquezas en la habitacion, las provisiones disminuían considerablemente. Entonces fué cuando los pesares de Benita se hicieron mas crueles: muchas veces iba á las orillas del arroyo, allí con sus limpias aguas mezclaba sus lágrimas, y se entregaba á todo el exceso de su dolor. Un día que había llorado amargamente sobre su suerte, volvió á la

habitacion , y se afligió en extremo por no encontrar allí á su amigo. Varias veces habia advertido que desaparecía, sin que ella supiera donde iba: y cuando le preguntaba á Campagne, este no hacía mas que reirse y decirle que no tuviese cuidado; pero esta vez se aseguró bien de que no estaba en la casa: ¿pues dónde estará? A su sorpresa se siguió el espanto: temblaba de quedar abandonada: llamó, gritó, y nadie la respondió; ¡pobre muchacha! ¿quedarás efectivamente entregada á los horrores de la soledad? Un amigo ingrato y aun bárbaro, ¿te habrá abandonado? ¡pobre muchacha! ¡cuánto me conmueven tus inquietudes!

Llora Benita , y esclama: ¡Oh amigo mio ! ¡oh tú que me servías de padre en la tierra ! ¿habrás abandonado á tu Benita ? ¿á tu hija adoptiva ? ¿Qué motivo te ha dado para que la aborrezcas y huyas de ella ? Su corazon está mudado ; tú has formado su carácter ; ella te ama ; ¡ y tu la abandonas ! ¿ qué digo ?... no , no es posible que hayas podido dejarla sola en este funesto albergue : sin duda algun accidente... ¿pero cuál puede haber sido ? Nadie ha comparecido en este sitio : en estas bóvedas solo han resonado hasta ahora nuestros gemidos... ¡ ah ! ¡ yo he perdido mi amigo , mi apoyo , mi consuelo ! amado

padre, dulce madre mia, ¿qué haceis? ¿en dónde estais? ¡que no podais venir á socorrer á vuestra hija abandonada por su amigo, así como vosotros la abandonásteis en otro tiempo! ¡Oh! ¡si pudiéseis conocer su arrepentimiento, y oir sus dolorosos acentos! ¡padre!... ¡madre!... ¡amigo!... ¡todo el mundo se ha alejado de mí! nadie puede consolarme. Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando vió moverse un armario arrimado á la pared, detrás del cual habia una puerta: ¡Oh Dios! ¡qué objetos se presentan en ella á los ojos de la feliz Benita! Su padre y su madre seguidos de algunos criados con faroles; Campagne los acompaña, y esclama: Vedla: ahí teneis á vuestra hija, muy digna ahora de serlo.

Sin saber cómo, se halló Benita entre los brazos de sus padres, que la llenaban de caricias, diciéndola: El tiempo que te hemos hecho padecer ha podido mudar tu carácter; quedarás bien recompensada de las penas que has sufrido, recobrando toda nuestra ternura.

Benita estaba como petrificada: no podia hablar; solo estrechaba fuertemente entre sus brazos á los autores de su vida, y esperaba que la esplicasen lo que estaba viendo. Dejemos este sitio, la dijo su

madre; te hallas á muy pocos pasos de tu casa; vuelve á entrar, pues que ya mereces vivir en ella para siempre. La tomó de la mano, la hizo subir por una escalera altísima, y luego se encontró en el jardín y habitaciones de sus padres. ¿Podré creerlo? esclama: ¡oh felicidad! Pero, madre mia, ¿qué es esto?—Voy á decírtelo, hija mia: Sabes que no pudiendo corregir por otros medios los muchos defectos que tenías, y que te hacían odiosa á todos, tu padre y yo determinamos encerrarte, privándote de toda sociedad, esceptuando la de una sola persona que te acompañase; y nos propusimos darte lecciones instructivas en el encierro, hasta que tu carácter se mudase enteramente. Participamos esta idea al honrado Campagne, que merecía toda nuestra confianza: este se obligó á buscar medios para conducirte al subterráneo, por el sitio que de antemano se había dispuesto, cuya entrada debían cerrar los trabajadores que al efecto estaban preparados así que ambos estuviéseis dentro, precisándoos de este modo á vivir en él, cuidando nosotros de que no os faltasen las provisiones, lo que nos era fácil, como has visto; y cualquiera que hubiese reflexionado mas que tú, tendría por imposible que un sitio tan sombrío é ignorado de las gentes, ofreciese todas las co-

modidades que habeis disfrutado por espacio de un año. Campagne tenía órden de acostumbrarte al trabajo y al estudio, y le habíamos trasmitido cuanta autoridad tenemos sobre tí: te ha sido muy provechosa la desgracia en que te considerabas sumergida; tu carácter se ha dulcificado; te has hecho prudente y laboriosa: varias veces al través del armario por donde nos has visto entrar, te hemos oído discurrir y razonar con el mayor juicio, lo que nos ha servido de infinita satisfaccion: en fin, hija mia, hemos abreviado tu destierro, abriéndote las puertas de la prision, y vé aquí el secreto de tu detencion en la casa subterránea, la cual fué mandada construir por un loco que hace muchos años poseía este castillo, á la que se retiró el pobre señor impulsado de sus manías. Tu padre la compró tambien, y todo el subterráneo, cuyo lugar nos pareció el mas adecuado para nuestro ensayo, por todas las razones que ahora sería inoportuno explicarte, y que verdaderamente me parece escusado, porque tú las puedes alcanzar.

Benita, despues de esta explicacion, abrazó de nuevo á sus padres, deshaciéndose en lágrimas, sin olvidarse de hacer lo mismo con el buen Campagne; y desde entonces continuó siendo un modelo de bondad, de dulzura y de virtudes sociales; yo he cono-

cido á la amable Benita; era ya anciana, y madre de una numerosa familia: ella misma me contó la historia de su juventud; y yo os la refiero para estimularos con este ejemplo á que seais siempre dulces, honrados y humanos con todos los que os rodean; pues si Benita lo hubiera sido desde los principios, no habría experimentado la terrible prueba de la casa subterránea.

Grande impresion hizo en los muchachos esta historia: Adela, sobre todos, que conocía se la podía aplicar, se puso encarnada como la grana, y se retiró confusa. Los demás solo hablaron de lo maravilloso del suceso.

TARDE XXI.

LA DESOBEDIENCIA.

De ley divina y humana
Firme base es la obediencia,
Sin la cual fuera demencia
La autoridad soberana.
En su fuerza sobrehumana
Se funda el orden social;
Y el mas deplorable mal
Que ocurrir puede á un estado,
Es cuando se ha relajado
Este vinculo legal.

Solo la ausencia de Benito era la que agriaba los placeres inocentes de los hijos de Palemon, que sobre este particular permanecía inflexible. Habiales ocurrido la idea de arrojarse á los pies del padre á implorar su perdon, pero no se habian atrevido. Tambien habian formado el proyecto de ir á visitar y consolar á su hermano si Palemon llegaba á hacer

algun viaje que les diese tiempo suficiente, y como el anciano ni aun sus ocultos pensamientos ignoraba, quiso ponerlos en ocasion de llevar á cabo su idea por ver si podia en ellos mas el amor fraternal que la obediencia.

Mr. de Lonchamps tenia que visitar á un amigo que vivia unas tres leguas distante de la Granja, y persuadió á Palemon que le acompañara: accedió con gusto, y dijo á los muchachos: Hijos míos, os dejo por un solo dia; durante mi ausencia os reunireis, como siempre, en el terrazo: Armando tiene el libro grande, en el que os leerá algunas historias para entreteneros: á mas de eso, para que sintais menos mi ausencia, os concedo libertad para que jugueis todo el dia; podeis hacerlo en el prado inmediato, á la puerta; pero cuidado con desviarse, porque hace algun tiempo que una cuadrilla de ladrones infesta estas cercanías: á Dios, hijos míos; no olvideis lo que os acabo de decir: mañana nos veremos, y proseguiremos nuestros ejercicios acostumbrados.

Los muchachos abrazan á su padre, que sale con su amigo. Apenas han partido, cuando Adela llama á Leon y Julio, y les dice: tenemos por nuestro todo el dia: hoy podemos verificar el proyecto de ir á ver á nuestro hermano Benito: ¡pobrecillo! ¡cuánto

debe padecer lejos de nosotros! ¡qué desconocido estará! Vaya, vamos, vamos. — ¿No hay mas que vamos? dijo Leon; ¿y Armando?—Armando, responde Adela, está demasiado ocupado en sus matemáticas; y además si supiese algo, no nos dejaría ir: escuchad: esperemos la hora de jugar en el prado, á fin de que Marcela no sospeche nada: Armando no concurrirá, porque no le gustan nuestros juegos; y así que los dos estén descuidados, nos pondremos en camino: no hay mucha distancia, y no haremos mas que ir y volver. — ¿Y los ladrones que padre nos ha dicho?— Siendo de dia no hay que temer, y para la noche ya habremos vuelto; á mas de eso, ¿no somos tres? — Eso es cierto; ¿qué miedo podemos tener? yo llevaré el sable de papá; Julio un buen garrote, y tú tambien, si te parece, te armarás: no hay cuidado.

Concluido así el proyecto, los tres saltan de alegría pensando en el gusto que van á disfrutar, y comen tranquilamente con su hermano Armando sin darle parte de su designio. Acabada la comida, Armando les señala la hora de reunirse en el terrazo, donde quiere leerles una historia: despues sube á su cuarto, y se encierra en él para trabajar; Marcela está ocupada en los oficios domésticos, y nuestros

tres amigos salen al prado. No bien se hallaron en él, se encaminan al bosque en donde está su hermano, muy ageno de semejante visita. El parage en que se hacía el carbon estaba muy retirado en el fondo de una espesura, y para llegar allí solo habia una estrecha senda. El dia que fueron á este sitio con su padre, no tuvieron cuidado de reparar en la senda, y ahora no podian hallarla.— A la izquierda estaba, dijo Adela.— No, sino á la derecha; respondió Julio.— Pues yo digo, repuso Leon, que es menester ir en derechura. Confusos se hallaban, y aun espuestos á malograr su proyecto, cuando se les acercó un leñador, á cuya primera vista temblaron acordándose de los ladrones mencionados por su padre. Sin embargo, el verse armados los sosiega, y preguntan á este hombre si están muy distantes del sitio en que se hace carbon.— La semana pasada, les respondió, se trabajaba muy cerca de aquí, allí abajo; en el dia, para llegar á la nueva carbonera, falta mas de una legua.— ¿Para la carbonera de Lagrange?— Sí, señores: tomad esta senda á la izquierda, que va á parar á un sitio despejado, y desde allí vereis una espesa humareda que sale de la carbonera: á Dios, señores.

Dicho esto, se fué el leñador, y nuestros tres

fugitivos quedaron confusos: ¡ Todavía una legua! ¡ Dios mio! ¡ qué lejos está! ¿ qué hora será? ¡ si tuviéramos un reloj! ¿ proseguimos? — Sí, prosigamos: aun no es tarde: lo mismo nos han de reñir por dos horas que por cuatro: vamos, vamos: á lo menos veremos á nuestro pobre hermano; le daremos mil abrazos, y sin detencion nos volveremos.

Los imprudentes jóvenes siguieron el camino indicado por el leñador, sin advertir lo difícil que les habia de ser acertar con él. Caminan, caminan, y al cabo descubren el humo espeso que despide la carbonera. A su aspecto se les aumenta el vigor: ya no caminan; corren, vuelan, y llegan á una cabaña, donde no dudan hallar á su hermano: pero no está allí; nadie se presenta á sus ojos: ¿ de quién se informarán? En esto ven á lo lejos un muchacho cargado de leña, y negro de los pies á la cabeza, la que traía inclinada á la tierra, de modo que era imposible reconocer sus facciones: ¿ Si sería él? ¿ Sería este aquel Benito, tan hermoso, tan limpio y aseado? Los muchachos no podían creerlo; pero Benito ya los había reconocido. Arrojó la carga de leña, y sin reparar que mancharía los vestidos de sus hermanos, se echó en sus brazos derramando lágrimas. Él es: esclamaron los otros tres.

Luego que se pasaron los primeros momentos de efusion, Benito les preguntó por su padre, y León contó entonces que han venido ocultamente, y que nunca lo descubriera, añadiendo: Hemos venido á verte, por no poder resistir el deseo de abrazarte y consolarte. Tendrás mucho trabajo, ¿no es verdad? — ¡Oh, si lo supiérais!.. Todos los dias Lagrange, que tiene maldito genio, me hace cortar, serrar, liar y traer la leña del modo que veis; y despues ir por agua á unos estanques... en fin, es un trabajo insufrible; ¡no dormir sino cuatro horas! ¡siempre en pie! y sobre eso no comer sino un pan duro y negro: esta es la vida que paso: ¡oh Dios! ¡cuánto siento haber irritado á mi padre! ¿cómo haría para desenojarlo?—Mira, le dice Julio, no hay sino un arbitrio: él volverá mañana; escápate, y ven á pedirle perdon de tus faltas, así en el mismo trage en que te hallas, que eso le conmooverá mucho mas: para acertarlo mejor, será bien que te presentes á cosa de las ocho de la noche, para que no te haga volver; pues siendo tan bueno como es, no es posible que te despida á semejante hora; nosotros apoyaremos tus ruegos, y Mr. de Lonchamps, á quien no conoces, y es un hombre muy apreciable, tambien nos ayudará, y sin duda quedaremos satisfe-

chos: ¿qué tal? ¿te parece bien la idea que me ha ocurrido?

Benito solo con abrazos responde á sus hermanos: les agradece el consejo, lo seguirá, é irá á postrarse á los pies de su padre: ya se les había ocurrido; pero le contenía el temor de hacer mayor su delito; mas una vez que está seguro del apoyo de sus hermanos, y el de un amigo de su padre, nada teme, y lo espera todo; ¿pero cómo burlará la vigilancia de Lagrange, que parece su sombra? Sin embargo, no desconfía de hallar medios para su fuga: por ahora Lagrange, segun su método ordinario, está durmiendo en su cabaña: elegirá pues la misma hora para escapar y trasladarse á casa de su padre. Benito no puede contener su regocijo; admira la ternura de sus hermanos, y cuando se reuna con ellos, se propone amarlos tiernísimamente, y no causarles nunca el mas leve disgusto. Con todo, no está satisfecho de Armando: solo la idea de que no habría permitido á sus hermanos venir á verle, le causa pena. Nuestro hermano Armando, dijo, es un egoísta.—No es tal, respondió Adela; te ama tanto como nosotros; pero encargado particularmente de las órdenes de papá, nos habría representado que debíamos ejecutarlas,

obligándonos así á no desobedecer; porque hablando con ingenuidad, bien conozco que en esto media un poquito de desobediencia de parte nuestra: padre nos mandó que no nos alejáramos de la casa, y aun nos aseguró que en el bosque andaba una cuadrilla de ladrones.—¡Patarata! repuso Benito; eso es lo dijo para atemorizaros. Nunca he oido hablar de ladrones, ni se halla ninguno por estos contornos; vaya, vaya, que no teneis que temer; el camino es seguro; yo salgo fiador.—Te creo; pero con todo, es forzoso que nos volvamos al punto; á Dios, á Dios.—¿Cómo á Dios? no señor; todavía teneis tiempo: merendareis conmigo; que aunque no tengo que ofreceros cosas esquisitas, las hará aprehensibles el ser ofrecidas por un hermano: todo se reduce á algunas nueces y avellanas, que son cuanto poseo.—No puede ser, que nos detendremos demasiado.—¿Conque tan pronto quieres separarte de tu hermano, querida Adela?—No puedes, Benito, conocer cuán agradable me es tu compañía; pero...—¿Qué pero? dice Julio; ¿por qué hemos de desairar á un hermano? ¿no es verdad que lo sentirías, Benito?—¡Oh! yo te lo aseguro.

Adela no es de parecer que se detengan mas en este bosque; pero los dos muchachos son intrépidos:

el uno saca á relucir su sable , y el otro hace ostentacion de su grueso y nudoso garrote , diciendo á su hermana : mira , con este no temo yo á un regimiento entero ; fuera de que Benito nos asegura que no hay que temer : padre ha querido asustarnos , y los padrés dicen cosas como estas á los muchachos cuando les conviene.

Nuestros valentones tranquilizan á Adela , que al fin consiente en todo : Benito , que hace punto de honor el obsequiar á sus huéspedes , los deja por un breve rato , y luego vuelve cargado de un enorme pedazo de pan negro , y con el sombrero lleno de nueces y avellanas : extiende su provision sobre la yerba , y con cierto aire de gravedad convida á sus hermanos á comer : ellos se sientan en torno á los manjares , y los despachan con buen apetito.

Entre tanto corre el tiempo , la noche se acerca , y trae sobre sus negras alas los accidentes , las inquietudes y temores que van á experimentar nuestros tres viajeros. ¡ Dulce placer de la mesa ! ¡ tú haces olvidar las rápidas horas ! ¡ en tí se desperdicia un tiempo muy precioso ! ¡ cuántos males has causado ! ¡ y cuáles son los que preparas á nuestros fugitivos héroes !

Adela fué la primera que advirtió la rapidez con

que pasaba el tiempo, se levantó, tomó de las manos á sus dos compañeros, y les precisó á dejar los deliciosos manjares que hacía una hora estaban devorando, diciéndoles: Ya es tarde hermanos; tenemos mucho que andar: ¿y quién sabe si acertaremos el camino?—¿Pues no hemos de acertar?—A la verdad, dice Benito, no es gran dificultad: la carretera está allí abajo.—Si, allí abajo; ¿pero por dónde iremos á ella?—Por esta vereda, que conduce exactamente hasta ella.

Mientras que Benito recogía los residuos del convite, Adela se compuso sus vestidos, y luego mirando á Julio, dió una gran carcajada.—¿Por qué te ríes?—Porque estás tan negro como un carbonero.—Y tú lo mismo; y también Leon. Benito les había ennegrecido al arrojarse á sus brazos. Luego que se limpiaron cuanto les fué posible, se despidieron de su hermano, encargándole que cuanto antes ponga en ejecución lo que le habían aconsejado. Benito no podía separarse de ellos; lloraba, y los otros correspondían á su llanto: de nuevo vuelven á abrazarle, olvidándose por entonces de que los había ensuciado con los anteriores abrazos, pues estaban muy enagenados para pensar en otra cosa que en el dolor de su separacion. Mil veces se despidieron, y

por fin se separaron, dirigiéndose desde lejos miradas cariñosas con la mayor sensibilidad.

¡Dulces vínculos del amor fraternal! ¡dichosos los corazones que os conocen, y saben sentir vuestras preciosas impresiones! la amistad de los hermanos es la prenda de la sociedad, pues prepara aquella union y armonía que debe reinar siempre entre los hombres; la ternura fraternal es el primer paso hácia la filantropía: y las virtudes privadas, las virtudes de la naturaleza y el sentimiento, son los manantiales de las virtudes sociales.

Siguieron, pues, nuestros caminantes rectamente la senda que les habia indicado su hermano. Todavía estaban enternecidos con el placer que habian tenido de verle, de su buen recibimiento, y sobre todo de los felices efectos que esperaban de los consejos que le habian dado: No hay duda, decían, papá es bueno, sensible y generoso; cuando le vea ú sus pies, le abrirá sus brazos, y lo olvidará todo. A la verdad, Benito ya no sería carbonero si hubiese manifestado mas docilidad, dulzura y arrepentimiento cuando padre le intimó este castigo: si en vez de mostrar una punible audácia, le hubiese pedido perdon, hubiera venido con nosotros, y todo quedaba concluido; pero respondió como burlán-

dose; papá no gusta que se le replique, con razon, pues sabe lo que debe hacer para educarnos; conoce nuestros defectos, y tanto su gusto como su obligacion, es el corregirnos; pero verá, oirá á su hijo, á quien ama tanto como á nosotros, y todos nos echaremos á sus pies para desarmar su severidad. ¡Oh! no puede menos de salir todo á medida de nuestros deseos.

Razonando así, advirtieron que el sol se ponía, que unas densas nubes adelantaban la llegada de la noche. Adela temblaba, y sus dos bravos campeones conocían que vacilaba todo su valor; crecieron sus temores cuando acabaron de atravesar la senda, que segun Benito, debía conducirlos á la carretera, pues no hallaron camino alguno trillado, sino arbustos, maleza y multitud de sendas, que cruzándose entre sí, no presentaban punto alguno de direccion.

Entonces sí que se arrepintieron de haberse detenido tanto con Benito, conociendo que les sería imposible volver á casa antes que cerrase la noche, y que lo menos que podía sucederles era el ser reprendidos severamente por Armando y Marcela, que sin duda estarían llenos de inquietud, y podían contar á su padre la escapatoria: sin embargo, era forzoso caminar, y no hallaban quien pudiese dirigirlos.

Aunque no cesaban de andar, conocían que se iban estraviando cada vez mas. Adela estaba casi desfallecida; no podía dar un paso mas; pero el deseo de salir del bosque la prestaba fuerza: apoyada sobre Julio y Leon, se esforzaba á vencer el miedo y la fatiga.

Entre tanto el cielo se oscureció enteramente: la noche desplegó las sombras mas densas en aquel sitio con la multitud y espesura de los árboles de la selva: solamente se oía el canto lastimero de las aves nocturnas: nada se distinguía: todo inspiraba terror, y aumentaba el espanto de nuestros caminantes.

Ya casi desesperaban de poder salir del bosque, cuando á Julio le pareció ver una luz á lo lejos: lo mismo advierten los otros: un rayo de esperanza brilló á sus ojos; pero pronto la dispó el miedo. Iremos allí, decían, ¿y si tropezamos con algunos ladrones?—Mas regular es que sea alguna cabaña de leñadores ó carboneros.—¿Estás persuadido de eso?—Sí por cierto.

Leon animó de este modo á sus compañeros, y les aseguró que aun cuando diesen en poder de ladrones, nada podían hacer á unos muchachos que ni tenían dinero, ni los vestidos podían

escitar su codicia: les persuadió, pues, á que le siguieran, porque era el único medio para salir de aquel inmenso bosque. Llegaron al sitio en que habían visto brillar la luz, y hallaron una cueva cuyo fondo se perdía de vista, lo cual pudieron observar fácilmente al resplandor que arrojaba una gran tea encendida y clavada en la tierra. Sin duda, dijo Adela, este sitio es un albergue de malhechores.— No creas tal, respondió Leon, y llamó desde la entrada del subterráneo: nadie le contestó sino el eco de sus voces que se repitieron á lo lejos en la gruta: volvió á llamar, y sucedió lo mismo.—Entremos.— No, dice Adela conteniéndole: ¿quieres que nos suceda lo mismo que á Benita?—Déjate de eso, y no tengas tanto miedo.

Leon tomó de las manos á sus hermanos y entraron en el subterráneo; pero á los pocos pasos que dieron en él, admirados de no ver á nadie, no se atrevieron á internarse: al recorrerle con la vista, vieron algunas escopetas colgadas en la pared, lo cual les atemorizó y no sabían si permanecer allí ó volver á buscar el camino. En esto se les presentó una feísima vieja que salió del fondo del subterráneo, diciendo: ¿Quién me llama? ¿quién turba mi reposo?... hola, hola, ¿qué haceis aquí?

Los muchachos, mas asustados con el aspecto de esta muger, quieren huir; pero de repente entran en la caverna cinco ó seis bandidos, y dicen la á vieja: ¿Quiénes son estos muchachos, Démona?—No lo sé; acabo de hallarlos aquí registrándolo todo.— ¡Bravo! ¡ bravo! dice uno de ellos; estos serán espías; porque muchas veces la justicia se vale de semejantes picaruelos para descubrirnos.... Ea, decid, ¿qué buscáis en este sitio?

La terrible voz de aquel malvado confundió á los muchachos, que apenas pudieron decir que se habian perdido en el bosque.—Mala escusa, exclamó un hombre de grandes bigotes: otros designios son los vuestros: de cuando en cuando suelen venir por aquí algunos chicuelos, sin duda para observar; esto es muy sospechoso: mejor será que con ellos sepultemos el secreto: ¿qué os parece, camaradas?

Todos los bandidos fueron del mismo parecer, y los muchachos conocieron demasiado tarde su perdición: clamaban, lloraban; pero nada conmovía á estos bárbaros; dos de ellos se apoderaron de Adela, y querian darla de puñaladas: otros tres cogieron á Leon, y le pusieron al pecho una pistola, y Julio se arrojó á los pies de la execrable vieja, que hacía muchos esfuerzos para atarle. ¡Espantoso cua-

dro, cuya pintura repugna á mi corazon! ¡oh imprudentes niños! ¿quién podrá libertaros de estos mónstruos? A este tiempo se presentaron dos hombres, sin duda encaminados á aquel sitio por las angustiosas voces de los muchachos: entraron, y al momento la vieja y los bandidos, tan cobardes como crueles, se retiraron precipitadamente al fondo del subterráneo. Los muchachos, casi desmayados, se reanimaron, y fueron á postrarse á los pies de sus libertadores: pero ¡cual fué su sorpresa al reconocer en ellos á su padre y á Mr. de Lonchamps!

Su confusion y arrepentimiento les hicieron caer en tierra. Palemon y su amigo los levantaron, diciéndoles; Hijos desobedientes: bien merecido tenéis..... pero no hay que perder tiempo: salgamos de esta caverna, en que ibais á ser sacrificados si la prudencia y vigilancia paternal os hubieran perdido de vista. Palemon tomó á Adela en los brazos, y Lonchamps cogió las manos de Julio y Leon. Salieron de aquel funesto lugar, encontraron la carretera, y se encaminaron á casa, sin que el padre dijese cosa alguna á los muchachos, los cuales tampoco tenian valor para pronunciar ni un a palabra.

En casa es donde Palemon se propuso reprenderlos como merecian. Así que hubieron llegado,

les hizo sentar, y les habló de este modo: Mi amigo y yo hemos salido de aquí al amanecer con ánimo de volver mañana; pero á cosa de tres leguas hallamos al mayoral del amigo de Mr. Lonchamps, quien nos dijo que su amo estaba en la ciudad cercana, donde se detendría algunos días: damos la vuelta á casa, y nos dicen que faltais de ella: al instante presumí que habíais ido á ver á vuestro hermano Benito sin mi licencia; vamos á buscaros, y siendo ya tan tarde, conocemos que os habeis perdido en el bosque; lo recorreremos, y llegamos á la caverna en el mismo instante en que los ladrones, de que os habia hablado, iban á quitaros la vida: favor del cielo ha sido: no os diré ahora lo que pienso en órden á esto: es tarde, y estamos cansados: lo que importa ahora es retirarse cada uno á su cuarto, que mañana nos veremos.

Palemon pronunció estas palabras con tono irritado: los tres muchachos, penetrados de sentimiento, se retiraron. Mañana veremos cómo Palemon habia dispuesto el suceso de los fingidos ladrones, que eran unos leñadores con quienes se habia convenido para castigar la desobediencia de sus hijos, que por otra parte consideraba digna de indulgencia, porque era efecto del amor fraternal.

TARDE XXII.

LA INDULGENCIA.

Si en el castigo es clemente
É inclinada á perdonar,
Se hará del súbdito amar
La autoridad indulgente;
Que á veces el delincuente,
Disculpable en su ignorancia,
De las leyes la observancia
Descuidó precipitado,
Y si no es disimulado
Reincidirá en su arrogancia.

Es consiguiente que los viajeros no pasarían muy buena noche; el cansancio y el recuerdo de los peligros á que habian estado espuestos, era lo que menos les inquietaba; pero la incomodidad, el enfado que habian causado á su buen padre los tenía muy desazonados, porque aun no había resuelto el castigo que iba á darles, y temian que fuese para con

ellos tan inflexible como lo habia sido con Benito: de consiguiente, lo que mas temian era el momento de ver á su padre.

Al fin llegó aquel momento tan temido. Palemon hizo llamar á su cuarto á los tres, que se le presentaron cubiertos de lágrimas. No se habian engañado: la primera mirada de su padre fué un rayo que los confundió. ¿Os acordais, les dijo, de la orden que os dí ayer por la mañana? — Sí señor. — Cuál fué? — Que no nos alejásemos de casa. — Muy bien: ¿y habeis cumplido con mi orden?... ¿no respondeis? ¿me habeis obedecido? — No señor. — ¡No! ¿y qué hariais en mi lugar con unos hijos desobedientes? — ¡Papá!... — Adelante. — Perdonadnos: nosotros queremos infinito á nuestro hermano Benito: vos mismo nos habeis inspirado estos sentimientos del amor fraternal: muchas veces nos habeis encargado el amarnos, protejernos, y defendernos recíprocamente: solo os hemos desobedecido por abrazar y consolar á un hermano infeliz, agoviado con el peso de vuestra justa cólera. ¡Oh papá! perdonad nuestra falta, pues solo procede de las lecciones que nos habeis dado.

Leon era el orador; Palemon se alegraba interiormente de la energía de su jóven poeta, y le agra-

dó mucho el gracioso artificio con que se defendía; pero conoció que era preciso rechazar su elocuencia con razones sólidas; y afectando mucha severidad, le dijo: Señor mio, estoy muy lejos de reprender la ternura que profesais á vuestro hermano; al contrario, la apruebo con todo mi corazon; solo me quejo de que no me habeis pedido licencia para ir á verle; ya conoceis que...— ¡Ah señor! ¿y nos la hubiérais concedido? — Eso es otra cosa; hubiera hecho lo que me pareciera; pero suponiendo que me la hubiéseis pedido, y os la hubiera negado, veo que habríais despreciado mis órdenes: conozco que vuestra desobediencia es mucho mas criminal de lo que pudiera imaginar: vosotros habeis dicho: no hablemos de esto á padre porque no nos lo concederá: lo mismo es que si lo hubiérais hecho; y en el fondo habeis despreciado absolutamente mis preceptos. — ¡Ah papá! no es eso.— ¿No? ¿creis que yo no penetro vuestras intenciones? Vuelvo á decir que no me enoja la visita que habeis hecho á vuestro hermano; sino el no haberme comunicado vuestro deseo: parece que de nada sirven mis lecciones: ¿no os acordais de que mil veces os he encargado que me miréis como á vuestro mejor amigo, confiándome vuestros mas ocultos pensamientos? ¿no me lo habeis

prometido, hijos ingratos? ¿os olvidais de que soy vuestro padre? ¿quereis habituaros á mirarme como á un director, á quien se teme, de quien se huye y se oculta, aun para hacer buenas obras? ¿no considerais los peligros á que os habeis espuesto por haber despreciado mis preceptos? Muy felices habeis sido en hallar tan á punto á vuestro padre, á vuestro amigo, á aquel á quien sin duda temiais mas encontrar, y cuya presencia, á no ser por aquel accidente, os habrfa turbado mas que la de un tirano. ¿Desde cuándo se alejan mis hijos de mi seno, y temen mi presencia? ¡Ah! algun dia conoceréis que los regalos mas dulces que el cielo ha podido hacer á la humanidad, son para un padre unos hijos dóciles, y para estos un padre tierno y sensible!

Algunas lágrimas se desprendieron de los ojos de Palemon: al advertirlo sus hijos ya no pensaron en justificarse: todos se arrojaron á sus pies, y él les abrió sus paternas brazos, en los que se echaron de tropel, haciéndole mil caricias. Ya veo, les dijo, que os ha sido muy sensible el pesar que me habeis causado, y que estais arrepentidos de vuestra culpa: ¿no es así?— Si señor.— ¿Me prometeis no hacer nunca cosa alguna sin consultarla antes conmigo?— Os lo juramos. — Pues yo os perdono bajo

esa palabra, y tambien atendiendo al castigo que habeis sufrido con el terror que experimentásteis. Hijos míos, hijos míos, miradme como el mas fiel amigo: ¿qué cosa reserva un amigo de otro, que lo es verdaderamente?—Nada, nada; todo lo sabreis papá, todo, todo.—Está bien: yo tambien lo olvido todo porque conozco que un padre experimenta el placer mas puro y agradable cuando perdona á sus hijos.

Esta escena se terminó con efusiones reciprocas: Julio y Adela abrazaron á Leon, que habia sido su abogado: Palemon se sonrió de los extremos de alegría que manifestaron; porque sabia que cuando los hijos se alegran tanto de que se olviden sus defectos, no están lejos de corregirse. Comieron alegremente, y el jóven Armando se alegró infinito de ver á sus hermanos reconciliados con su padre: este se mostró muy alegre, y tambien su amigo. A los postres se le mandó á Leon que cantase sus dos romances, y lo hizo con una gracia y espresion que encantaron á todos. No los ponemos aquí porque no son de grande interés: solamente seguiremos el curso de este dia, que se terminó como veremos.

Por la tarde, reunidos todos en el terrazo, trataban de elegir algun entretenimiento, cuando Mar-

cela dijo que un sugeto desconocido pedía permiso para presentarse á la familia; pero sin aguardar respuesta, apareció en el mismo instante un muchacho negro de pies á cabeza. Adela, Julio y Leon se estremecieron al reconocer á Benito. Palemon se levantó, su frente se arminó de una severidad no acostumbrada, y el muchacho se arrojó á sus pies sin poder pronunciar una palabra: su padre le dice: ¿Qué quereis, señor mio?— Papá, yo soy...—Un hijo altivo, rebelde y obstinado, á quien yo había desterrado de mi seno.—Señor, conozco que merezco toda vuestra cólera y que soy indigno de un generoso perdon, lo confieso; pero ¡si supiéseis cuánto he padecido desde que estoy privado de vuestra presencia! — ¿No dijisteis que estaríais un mes con Lagrange? pues todavía no se ha cumplido. — Es verdad; pero un movimiento de despecho...— ¿Conque estábais despechado? lo siento; mas sin embargo, proseguireis en vuestro destierro hasta concluir el término que vos mismo os impusisteis.

Dicho esto, Palemon quiso retirarse; Leon, que por la mañana habia defendido tan bien su causa y la de sus hermanos, trató de emprender la de Benito; pero el anciano se mantenía inexorable, y solo cedió á las instancias de su amigo Lonchamps que

salió garante de la docilidad y sumision que prometió observar Benito en lo futuro. Palemon no pudo ya resistir los ruegos de su amigo, y las lágrimas de sus hijos: abrazó, pues, á Benito, diciéndole: Yo sabré, amigo mio, recompensar las virtudes de mis hijos con la ternura paternal; pero tambien sabré corregir sus defectos con toda la severidad de un juez: sirva á todos de leccion lo que he practicado contigo; al que se esceda, no le desterraré á un subterráneo, como hicieron los padres de Benita; pero le emplearé en labores útiles: trabajará como tú has trabajado, y no le recibiré en mi casa hasta estar seguro de su arrepentimiento. Ahora olvidémoslo todo, y vuelva á renacer entre nosotros la alegria acostumbada: retírate, Benito: haz que desaparezca el aprendiz de Lagrange, y que se me presente mi hijo.

Benito, que entendió muy bien esta orden, al instante fué á lavarse y mudarse de vestido, y volvió á abrazar á su padre con su trage acostumbrado: luego se colocó junto á sus hermanos, y ya no se trató sino de entretener la tarde. Mr. de Lonchamps se encargó de esto: debía ausentarse al dia siguiente y manifestó á los muchachos cuánto se alegraba de ver, antes de dejarlos, reinar la paz y la dicha en

una casa cuyo hospedage le habia sido tan agradable: estos, que deseaban gozar mas tiempo de su compañía, le preguntaron qué era lo que le obligaba á viajar tanto; y les respondió, que solo á ellos les diria la causa. Vosotros, continuó, estais muy deseosos de saber mis aventuras: no será larga mi relacion, ó á lo menos procuraré abreviarla: escuchadme, y acaso aprenderéis una leccion nueva de moral y paciencia.

Nací en una gran ciudad, donde el tumulto de los placeres me arrastró en mi mas florida edad á unos escesos cuya memoria me llena ahora de rubor. Despreciando absolutamente los cuidados de mi educacion, llegué á conocer muy tarde, que el hombre que malogra el tiempo de su juventud, se prepara crueles disgustos para el resto de su vida. Tenia veinte años, y hallándose en mí tan amortiguado el fuego de las pasiones, como pudiera estarlo en un hombre de cuarenta, ví que era preciso entregarme al estudio. Mi padre era un buen anciano, muy melancólico, muy cansado de su existencia, que no cuidaba de mí, procediendo lo mismo que si no tuviera hijo: su único placer consistia en pasar dias enteros encerrado en su gabinete, cuya llave quitaba para que nadie entrase á interrumpirle. Muchas ve-

ces suspiraba profundamente y aun lloraba, pero yo no me daba por entendido de tales extremos; porque varias veces le habia preguntado la causa, y jamás quiso decírmela. De esta conducta de mi padre, resultó el que yo me entregase á todo género de extravíos, que por fin quebrantaron mi salud. Mi padre, á quien en mi interior habia acusado de negligente acerca de mi suerte, me manifestó entonces que sabia llenar todos los deberes de la ternura paternal. Viéndome este buen padre en un estado de debilidad que podía conducirme al sepulcro, no me dejó ni de dia ni de noche hasta que me recobré. Entonces me aconsejó que volviese á emprender los estudios, que habia descuidado demasiadamente. Solos los dos, porque mi madre habia perdido la vida al dármela, nos aplicamos á los libros, y mi padre se hizo maestro mio. Con todo, siempre observé en él igual disgusto, y la misma manía de encerrarse muchas horas en su gabinete misterioso, en el cual entraba yo muchas veces, sin que todo mi cuidado y exámen pudiese penetrar qué ocupaciones eran las de mi padre en aquella estancia. Un dia me aventuré á preguntarle acerca de este extraño secreto; y la respuesta fué suspirar, derramar algunas lágrimas y decirme: ¡Oh amado hijo! no procures ar-

rancar de mi pecho este importante secreto : demasiado pronto lo sabrás , y conocerás las desventuras de tu padre. Confuso al oírle tales espresiones , tomé el partido de callar , y esperar á que el tiempo me hiciese digno de que mi padre depositase en mí su confianza.

Entre tanto trabajaba á su vista , y recuperaba el tiempo perdido con una actividad que le embelesaba. Mi salud no era de las mejores ; pero tenia esperanza de acabar de restablecerme ; y disgustado de los vanos placeres de la sociedad , todos mis gustos y deseos se habian convertido á las artes y ciencias , las cuales segun mi padre , algun dia debian ser mi único recurso : yo , prescindiendo de este motivo , las cultivaba por inclinacion , pues no tenia otro gusto que el que ellas me inspiraban.

Se acercaba el momento en que iba á conocer la solidez de las razones de mi padre , cuya vida tocaba su fin , al paso que yo me fortificaba en la mia : enfermó peligrosísimamente : entonces se le acrecentó mucho la melancolía , que le dominaba hacia tanto tiempo : parecia que sus ojos iban á saltar de sus órbitas : no pronunciaba sino exclamaciones vagas , y yo temblaba á un tiempo por su juicio y por su vida. Cuando le ví en tal situacion , resolví aprovechar el

primer momento que tuviera para arrancarle el secreto; pero estaba decidido que no lo había de lograr. En vano hice varias preguntas á mi padre, á quien parecía que atormentaban grandes remordimientos: no pude conseguir la menor luz, pues solo me señalaba su papelera, cuya llave nunca dejaba, exclamando: Allí está, allí está. En fin, se apoderó de él un furioso delirio, y segun sus espresiones, veía una muger con el cabello enmarañado, que le llamaba y le arrastraba al fondo de su ataúd. Un cruel anciano estaba preparado á traspasarle el pecho con un puñal, que está siempre pendiente sobre su cabeza, y suplica á cuantos rodean su lecho que aparten de su vista aquel sangriento acero: en vano le dicen que ya está obedecido; siempre vé resplandecer aquel instrumento de muerte; en una palabra, su delirio escitaba á un mismo tiempo horror y compasion.

Cuando ví que me era imposible recibir de él esplicacion alguna, me consolé creyendo que la papelera contenía algunos documentos concernientes á este terrible secreto: y aunque siempre estaba la llave en su poder, consideraba que si por desgracia moría, vendría á parar á mí la llave, y acaso entonces descubriría lo que me ocultaba con tanta obstinacion, pero hasta este recurso me negó la suerte. Dur-

mióse profundamente una noche, y yo me aproveché de esta coyuntura para entregarme tambien al sueño que no habia disfrutado en muchos dias. Dejé con mi padre un criado de confianza, encargándole que estuviese atento á todos sus movimientos, y que si despertaba me viniese á llamar. El criado ofreció cumplirlo; mas apenas volvi la espalda, cuando fatigado de las muchas noches que habia estado velando, se durmió tambien, y roncaba con tal estrépito, que despertó al enfermo: este, á pesar de su debilidad, se levantó, y apoyado en un baston llegó hasta la papelera, la abrió, y despues de haber amontonado en el cuarto muchas cartas y papeles, les prendió fuego con la luz que alumbraba la estancia, y sin mas precaucion se volvió poco á poco á su cama: solo en esto podeis conocer el estado en que se hallaba su juicio.

Pocos momentos despues un espeso humo llenaba toda la estancia, una mesa y varias sillas eran ya pábulo de las llamas. Despertó el criado, y asustado de este accidente, corrió por toda la casa gritando: fuego, fuego. Oigo sus voces, me levanto apresuradamente, bajo al cuarto de mi padre, le tomo en mis brazos, le llevo ya moribundo á mi cuarto, y le pongo en mi cama. En tanto que yo me

empleo en aplicarle esencias para reanimarle, se apaga el fuego á fuerza de agua; me informo del criado, el cual me confiesa que se habia rendido al sueño, y que no sabe cómo ha sucedido aquello: mi padre mismo, mi padre fué quien me lo esplicó: Si, me dijo, yo he sido la causa del incendio, pór quemar todos esos funestos papeles; el deseo de borrar hasta la mas levé señal de mis desgracias me ha dado fuerzas; ya no existen; así moriré mas tranquilo.

Considerad, amigos míos, cual sería mi confusion. Hay ciertas sensaciones inesplicables, y las mías eran de este género. El moribundo estaba delirante, y yo habia perdido absolutamente la esperanza de descubrir sus secretos. Supliqué á los médicos que nada omitiesen para que siquiera recobrase algunos momentos el juicio; pero todo fué inútil: espiró en mis brazos, y con él murieron mi consuelo, mi felicidad y mi esperanza.

Aquí, amigos míos, dá principio la aventura mas admirable y extraordinaria: aquí comienzan mis inquietudes, mis pesares, los motivos que me han hecho viajar desde la muerte de mi padre, que todavia continúan, y me precisan á dejaros mañana para visitar nuevas comarcas. Prestadme la mayor aten-

cion: vais á conocer al perseguidor de mi padre, al mio... ¿qué digo? conoceréis á mi bienhechor, á un hombre singular á quien nunca he visto, y que sin cesar me sigue á todas partes, me llena de beneficios, y á quien tanto para vosotros como para mí llamaré

EL HOMBRE INVISIBLE.

Apenas había espirado mi padre, cuando traté de recoger su herencia; nunca había sabido el estado de su fortuna; pero era hijo solo, y por consiguiente único heredero. No sabía que mi padre tuviese tierras, posesiones ni casas; solo si veía que en la de mi padre se vivía con mucha opulencia. No me hablaba de sus bienes, ni yo jamás le hice la menor pregunta acerca de ellos. Lo que mas sentía era no haber podido penetrar la causa de la tristeza que le había conducido al sepulcro, y se me acrecentó este pesar cuando abriendo la papelera no hallé en ella sino cartas y papeles de ninguna importancia. ¿De qué vivía este hombre? decíaa mi: yo par ¿cuáles eran sus recursos? pues nada me quedaba sino unos muebles, bastante considerables en verdad; pero no tanto que con su importe pudiese

mantenerme con decencia. En estas reflexiones estaba sumergido, cuando me entregaron una carta, traida por un desconocido muy bien puesto, segun informes del criado que la habia recibido, y que para este efecto habia bajado de un coche: oid esta carta extraordinaria, cuyo contenido nunca se me olvidará.

«Nada temas, jóven apreciable; hijo de un padre demasiado infeliz; tu destino depende de un hombre que siempre ha velado sobre tu familia, y nunca te abandonará; pero procura merecer sus bondades, y borrar la mancha que han impreso en su frente los autores de tu existencia: esto lo reconocerá en tu docilidad, y en la confianza que tengas en él.»

¡Júzguese mi sorpresa! ¿De dónde me venia este raro aviso? ¿Quién podia interesarse en mi suerte? Jamás habia oido decir á mi padre que tuviese parientes, ni aun amigos, y el que me escribia suponía haber velado siempre sobre mi familia, y por consiguiente sobre mi padre. ¿Era acaso este el motivo del tormento interior que consumía á este respetable anciano?

Esta carta agitó mi imaginacion por espacio de algunos dias: sin embargo, me era preciso tomar

algun partido. Todas las investigaciones que había hecho en los papeles de mi padre solo habían servido para convencerme de que yo carecía absolutamente de bienes, y que no tenía mas recursos que mi industria y aplicacion. Resolví, pues, despedir los criados, vender los muebles de la casa, y buscar donde colocarme. Ejecuté este proyecto, y despues de vendido todo, alquilé un cuarto pequeño, esperando encontrar alguna colocacion que me permitiese vivir con mas comodidad. Al segundo dia de mi mansion en esta casa, situada en París en la calle de la Universidad, salí para visitar algunos conocidos que podian favorecerme: volví por la noche, y me dijeron que un hombre había estado á preguntar por mí, y que no hallándome, había dejado una caja para que me la entregáran. Al instante me ocurrió que esta era invencion del incógnito que antes me habia escrito: subí corriendo á mi cuarto, abrí la caja, y me quedé asombrado: la primera cosa que fijó mi atencion fué una carta, que leí al momento, y decia de este modo:

«No hagas diligencias para hallar colocacion; »te lo prohibo, y me opondría á que la obtudieses.
»Algun dia disfrutarás un destino brillante: entre »tanto, te remito esa cantidad de dinero, y no tar-

»darás en recibir otra, si empleas esta bien; junta-
»mente te envío el retrato de tu madre, y una sor-
»tija que siempre llevaba: conserva estas alhajas,
»si quieres que no te abandone. No te quedes en
»París, porque aquí no está segura tu libertad.»

Con turbado corazón leí cien veces esta carta. Examiné los efectos contenidos en la caja, y encontré en ella mil y doscientas libras, una repetición, una sortija de brillantes, y un retrato de mujer, sobre el cual se fijaron mis ojos con ternura, porque era de mi madre, según me lo decían. Era hermosa, sin embargo de verse estampada en su fisonomía la imagen del dolor. Tenía en su regazo un niño, sobre el cual parecía que derramaba muchas lágrimas. ¡Este niño!... ¿sería yo?... Sí, sí; yo soy, figurado en una edad en que somos insensibles á todo menos á las caricias maternas. ¡Oh Dios! ¿qué terrible misterio será este? ¿por qué mi padre jamás me ha hablado de ello? ¿por qué no he recibido de mi padre este retrato? ¿lo tenía en su poder? ¿Por qué casualidad un hombre, de quien nunca he oído hablar, ni quiere darse á conocer, me envía una alhaja tan preciosa? Me pierdo en un abismo de confusiones: beso mil veces el retrato, cuya vista me arranca lágrimas y vuelvo á leer el

billete que lo acompañaba : mucho me chocan estas palabras : *no te quedes en París, porque aquí no está segura tu libertad.* ¿Qué enemigo persigue á un hombre que jamás ha perjudicado á nadie? ¿Cómo estoy envuelto en una intriga peligrosa y oscura, sin haber cometido delito alguno? Sin embargo, este hombre generoso, que se interesa en mi suerte y ha conocido á mi madre, me avisa que salga de París : tambien me prohíbe buscar colocacion, y aun dice que se opondría á que la obtuviera : ¿cuál será la razon de esta conducta? ¿seré juguete de algun mal intencionado, ó tendré la dicha de hallar un segundo padre?

Despues de haber reflexionado mucho sobre estos sucesos, me parece que alguno quiere hacerme héroe de novela, y resuelvo seguir mi primer pensamiento. Me quedo en París, y solicito el favor de mis amigos : uno de ellos me proporciona empleo en una oficina, y debía tomar posesion al dia siguiente: fui, y llegué tarde: la plaza estaba ya dada á otro sin saber cómo. No desmayé por esto : conocía al gefe de una administracion pública ; me presento á él, y le suplico que me acomode en su ramo: este hombre me recibe con la mayor benevolencia, y me promete una plaza con dos mil escudos de sueldo: al

dia siguiente voy á visitarle, pero ya no me recibe, y me preguntan los demas oficiales si tengo algun enemigo: respondo que no, y me dicen: Un sugeto os ha descompuesto con el señor director, y tanto, que ha resuelto haceros prender si volveis á presentaros. — ¡Prenderme! ¿pues qué delito he cometido?...

Tomé el partido de escribir al referido director para aclarar este enigma, pero no recibí contestacion. ¿Quién es, pues, el que así desbarata todos mis proyectos? ¡Oh! no hay remedio: no cesaré hasta desentrañar este misterio.

Buscaba medios para conseguirlo, cuando una noche, entrando en mi casa, se me presentó la huéspedada asustada, y me dijo: Huid, Mr. de Lonchamps, huid al instante.—¿Por qué?—Os buscan: muchos hombres de mala traza han venido á preguntar á qué hora volveriais: andan acechando al rededor de la casa: huid al instante.—¿Huir? eso sería confesarme culpable.—Vuelvo á deciros que os pongais en salvo: el sugeto que dias pasados me entregó la caja, acaba de irse de aquí, y me ha encargado que os dijera que huyais al instante, y que todavía estais á tiempo de hacerlo.— ¡Cómo! ¿el hombre que me envió la caja?—Habrà un minuto que se ha ido; y aun me admiro de que no lo

hayais encontrado.—¿Pero es invisible ese buen hombre?—No señor: si lo he visto como os veo á vos.

No pude menos de reirme de la sencillez de mi huésped; é iba ya subir á mi cuarto para reflexionar sobre esto, cuando ella me contuvo, diciéndome: ¡Lo que es la turbacion! lo mejor se me olvidaba; pues me ha dado aquel hombre este billete y este bolsillo.—¿Quién?—Vuestro amigo.—¿Mi amigo?—Sí aquel buen viejo de quien os he hablado.—¿El hombre de la caja?—El mismo: ved al instante lo que os encarga.

Abri apresuradamente el biltete; y lei lo siguiente:

«No has querido cumplir mis órdenes: huye al momento si no quieres perder la libertad, y la ternura de quien se vé cruelmente atormentado por tu obstinacion.»

Atónito examiné el bolsillo, y hallé en él mil y doscientas libras: entonces ya no me paré á reflexionar, sino que me dispuse á obedecer á aquel hombre extraordinario que parecía profesarme el mayor afecto; y sin examinar qué motivo le animaba, ni cuál podía ser mi crimen, hice un lio de mis cosas, pagué á mi huésped, fuíme á la direccion de car-

ruages públicos, y pedí un asiento de coche.—¿Para dónde? me preguntó el comisionado, y le respondí turbado: Para donde quisiéreis.—Pero señor...—Si yo mismo no se adónde voy.—Si fuese para Chartres, al punto podríais salir.—Pues bien, á Chartres es precisamente adonde tengo que ir.

No sabía lo que hacía, ni lo que decía: pagué mi asiento y subí al coche, que inmediatamente emprendió la marcha. Llegué al otro día por la noche á Chartres sin saber qué había de hacer allí. Todas mis ideas eran tan confusas, que me fué imposible coordinarlas. El incógnito que me protegía no me ordenaba que tomase camino determinado. Aunque me incomodaba su vigilancia, ya empezaba á tenerle cariño sin conocerle, y sentía mucho que ignorase mi destino. Estuve dos días en esta ciudad, pensando en el partido que tomaría, y os confieso que muchas veces, solo en mi cuarto, clamaba contra la injusticia de la suerte, y decía en alta voz; ¿qué es lo que quieren de mí? ¿cuándo se acabará la persecucion que experimento? Despues de estas exclamaciones salía á distraerme por la ciudad. La noche del segundo día volvía á descansar, resuelto á dejar á Chartres al siguiente día, cuando acercándome á una mesa, ví un papel de la misma

letra que los anteriores, que solo contenía estas palabras: *¿De qué te quejas? velan sobre tí, y nada te falta: viaja uno ó dos años: esto es todo lo que te se pide.*

Os veo atónitos, hijos míos; yo también lo quedé; y sin embargo, esto no es nada en comparación de lo que me sucedió la misma noche: es tan increíble, que casi no me atrevo á referirlo por muy extraordinario. Pero ya es muy tarde; no puedo concluir mi historia, y quisiera partir mañana mismo.

Desesperados estaban los muchachos con la interrupción de una historia que tanto picaba su curiosidad: advirtiéndolo su padre, y dijo á Mr. de Lonchamps: ¿quién puede precisaros á dejarnos tan pronto?—Una nueva orden de mi hombre invisible.—¿Pues qué, no lo habeis descubierto?—No: todavía espero el desenlace de este suceso.—Mucho me ha interesado: quedaos otro día: yo os lo suplico, y también mis hijos.—Mi destino es llevar una vida errante: es preciso cumplir esta orden irrevocable: sin embargo, por complaceros me detendré un día más en el seno de la amistad, y mañana á la hora acostumbrada os acabaré de referir una multitud de sucesos aun más raros que los que habeis oído.

Los muchachos agradecieron á Mr. de Lonchamps su complacencia, porque hubieran sentido en extremo no saber lo que le había sucedido despues de su viaje á Chartres.

TARDE XXIII.

LA DOCILIDAD.

Cuál jóven mimbre flexible
 Debes en tu tierna edad
 Sugetar tu voluntad
 A la agena; si es punible
 La resistencia, atendible
 Te hará tu docilidad;
 Que en premio de la humildad,
 El Ser que á todos gobierna,
 Promete corona eterna
 De inmensa felicidad.

REUNIDOS todos el dia siguiente en el sitio acostumbrado, Mr. de Lonchamps volvió á tomar el hilo de la relacion interrumpida la tarde anterior. y prosiguió de este modo:

CONTINUACION DE LA HISTORIA DEL HOMBRE INVISIBLE.

El extraordinario papel que me habian dejado sobre la mesa, me causó la mayor admiracion. Estaba á mas de veinte leguas de París, había entrado en la primera posada que se ofreció á mi vista, y el incógnito me venía siguiendo, y estaba sin duda muy cerca de mí, pues me había oido hablar en alta voz dentro de mi cuarto: él era el autor del papel, porque su letra me lo aseguraba. ¿Dónde podía esconderse? Sali de mi estancia, y bajé á preguntar á mis huéspedes si había muchos caminantes en la posada, y me respondieron que solo estaban mis compañeros de coche: á todos los había visto, y en ninguno me pareció haber hallado las señas de mi invisible, segun la idea que me había formado de él: durante el viaje ninguno me había hablado, y esto me parecía imposible si se hubiese hallado conmigo dentro del coche. Pregunté si durante el dia habian entrado algunos forasteros en la posada, y me contestaron que á cada paso entraban y salian gentes; pero que de nadie me podian dar razon individual.

Estas respuestas no pudieron satisfacer mi cu-

riosidad. Vuelvo á mi cuarto y escribo estas breves palabras:

«Dejaos conocer, hombre asombroso, á quien no sé si debo amar ó aborrecer, y contad en todo caso con mi discrecion.»

Pongo este papel sobre la mesa en el mismo sitio en que había hallado el otro, y dejando sin cerrar la puerta, bajé, no con intencion de ocultarme y acechar, sino para hacer tiempo y ver si venían á buscar la respuesta del billete anónimo. Pasada mas de una hora, volví á subir á mi cuarto, y creció mi sorpresa viendo que en vez de mi papel había otro que decía así:

«Eres demasiado curioso: tiempo llegará en que conozcas á quien debes compadecer y amar; el cual, por ahora, solo exige de tí una sumision que produzca tu felicidad.»

No hay remedio, dije entonces; es preciso que me contente con este comercio epistolar. Si, cualquiera que seas, hombre, espíritu, génio maléfico ó benéfico, yo seguiré ciegamente tus órdenes: ya veo que pareces sombra mia, pues no doy paso que de algun modo no sea determinado por tí mismo. Guíame, dirígeme; y si es para mi bien, como lo aseguras, me verás algun dia agradecer tus bondades,

no obstante la mortal inquietud que agita mi corazón considerando que tus beneficios vienen acompañados de un misterio que me mata y me hacen recordar á mi desdichado padre.

Después de estas exclamaciones, que espresamente pronuncié en voz alta, bajé á la sala comun donde todos los viajeros comian, como se dice, á mesa redonda. Pregunté si alguno de ellos había comido en cuarto separado, y me respondieron que solamente tres lo habian hecho; pero uno era un fraile, y los otros dos eran una anciana y una sobrina suya. Los que tenía á mi vista eran militares, negociantes, mugeres, y todas gentes conocidas, con que seguramente no estaba entre ellas mi incógnito: ¿pues dónde estaría?

Me acosté temprano, mas no pude dormir. Mil tristes pensamientos afligian mi espíritu, cuando me pareció que oía ruido en mi propio cuarto, y aun cerca de mí. Pocas cosas me asustan; pero os confieso que aquella especie de magia de que me veía rodeado me espantó tanto, que casi se suspendió la circulación de mi sangre. ¿Quién es? pregunté: no me respondieron y cesó el ruido. Creí que mi miedo solo era efecto de lo exaltada que se hallaba mi imaginacion, y procuré dormir. Al cabo de una hora

volví á sentir el ruido; pregunté: ¿Quién anda ahí? y tampoco me contestaron. Atribuí la causa de mi terror á la fuerza del viento que agitaba las ventanas de la estancia, y sin embargo, resolví levantarme con el mayor silencio; tomé mis armas, y registré los rincones del cuarto, que era demasiado reducido para que alguno pudiera esconderse. Fui, pues, tentando por todas partes, y no hallando nada, no pude menos de reirme de mi debilidad; me volví á la cama, y cogí un sueño tan profundo que cuando desperté ya había partido el coche de Vendome. Me consolé creyendo que encontraría otros medios para ir á Tours, donde quería visitar á uno de mis amigos, y fui á encerrar mis efectos en la maleta; pero con el mayor asombro la hallé sobrecargada de un monton de paquetes: los desenvuelvo, y veo ropa blanca nueva, vestidos ricos, alhajas, y en fin, unos regalos magníficos. Sobre uno de los paquetes estaba escrita esta cláusula: *premio de la sumision*. No dudé que todo me lo enviaba mi incógnito. Estaba segurísimo de que por la tarde no se hallaban allí aquellos paquetes, con que era claro que los habian introducido aquella noche; pero ¿quién y cómo?

Dejo á vuestra consideracion las reflexiones que

yo haría en semejante caso, pues conozco que participais de la sorpresa que esperimenté entonces. En efecto, amigos míos, estos sucesos son tan raros que sobrepujan á los que leemos en muchas novelas; pero creed, hijos míos, que nada hay de fabuloso.

Ya me había propuesto un sistema de docilidad, que pensaba seguir con la mayor exactitud, aunque me sucediese cualquier mal; y era forzoso hacerlo así, porque de lo contrario me esponía á perder el juicio. Recogí todo cuanto se me regalaba con tanta liberalidad, y no traté de hacer nuevos esfuerzos para conocer quién me prodigaba tantos beneficios, dejándome al propio tiempo libertad para hacer lo que me pareciera. La misma tarde emprendí mi viaje á Tours, diciendo para mí: veremos si me sigue á todas partes. Al día siguiente, á cosa de las cuatro, llegué á esta ciudad, en que al instante me dieron noticia de la casa de mi amigo. Era este uno de mis antiguos compañeros en estravíos, que desengañado de los placeres frívolos, vivía retirado en el seno de su familia. Me recibió muy bien, me presentó á su madre y á su hermana, jóven muy bella; y me suplicó que me hospedára en su casa. No dudé en admitir el ofrecimiento, y no me pesó. Preguntóme qué motivos me conducían á aquel país, y

no me pareció conveniente participarle lo que me había ocurrido despues de la muerte de mi padre. La singularidad de la conducta de mi incógnito, el secreto con que se ocultaba, el reconocimiento que le debia, á pesar de lo mucho que me inquietaba, todo me obligaba al silencio; lo guardé, pues, y solo contesté á mi amigo que viajaba por distraerme y para instruirme. Aprobó mi idea, y se empeñó en hacerme ver cuantas curiosidades había en aquella ciudad: este es estilo de las gentes de provincia: todos alaban su pais como el mejor y mas agradable, y no perdonan la mas leve circunstancia que pueda confirmar su concepto: ¿es esto ridiculez? no por cierto: es un efecto del amor patrio; pues se ven muy pocas gentes que no tengan particular inclinacion á los paises en que han nacido y pasado los mas floridos años de su vida. El jóven desde luego ama la casa de su padre: despues su calle, luego su pueblo, su provincia, y por fin el estado entero, cuyas leyes sigue, y en cuya felicidad se interesa: así es como del afecto que profesamos á una cabaña, se deriva el que sentimos respecto de la nacion y dominios en que nacemos; pero volvamos á mi asunto.

Hacia mas de un mes que vivía en casa de mi

amigo: pensaba muchas veces en mi hombre invisible, y aunque alegre interiormente porque me dejaba en paz, estaba algo picado de que no se acordase de mí. Creí que ya me había abandonado, cuando un dia me entregaron una carta que luego reconocí ser suya: en ella me decía lo siguiente:

«Ya es tiempo de que salgas de esta ciudad: en »Burdeos se cambiará tu situacion: parte cuanto »antes á este pueblo.»

Resolví obedecerle, empeñado en ver el fin de tan maravillosos accidentes, y decidido á manifestarle una absoluta docilidad, para que si algun dia me resultase cualquier perjuicio, no pudiera atribuirse á falta mia. Quise despedirme de mi amigo, pero no consintió en mi ausencia: exigió que me detuviese ocho dias mas, y me pareció que no debía negarle esta satisfaccion. Pasamos pues estos ocho dias en varias diversiones; no creyendo yo que mi condescendencia pudiese escitar la cólera de mi Mentor. La víspera del dia en que debía ponerme en camino, nos entretuvimos mi amigo y yo pescando en un estanque que tenía á una legua de Tours. Volvimos á casa, y á la puerta encontramos á las señoras: la madre me dijo: Mr. de Lonchamps, ¿habeis visto á un anciano que os buscaba?—No señora: ni yo conozco

á nadie en esta ciudad.—¿Cómo puede ser? él ha dicho que es vuestro mas íntimo amigo, y que os ha visto nacer.—¿Un anciano que me ha visto nacer? —Ciertamente: aquí os ha estado esperando mas de tres horas; pero cansado de tanto esperar, se ha ido hace muy pocos instantes.—¿Qué me decís?—Siento que no le hayais hallado, porque, segun decia, tenía que comunicaros cosas muy importantes: sin duda que os ama infinito: hemos hablado largo rato, y he sabido que vuestra madre ha experimentado muchas desgracias.—Si señora; pero ¿no ha dicho dónde vive, ó dónde podré hallarlo?—No: al instante sale para Burdeos: ha dicho que allá os reuniríais, y que los dos seríais muy felices: siento infinito que hayais tardado tanto, pues el hombre está impaciente por veros: su presencia es grave, y se conoce que algun pesar oculto le atormenta.—¿Y no ha dicho cómo se llama? —Me parece que no... al menos.... no, no lo ha dicho, ni se lo he preguntado.

Yo estaba desesperado: moldecía mil veces la diversion que me habia impedido conocer á este hombre, que sin duda se presentaba con intencion de descubrirse, pues me habia esperado tanto tiempo y con tanta impaciencia: ¿podía ser mayor mi desgracia? En fin, dije para mí, pues va á Burdeos,

allí le veré, donde sin duda procurará buscarme. Pero si desea terminar mis inquietudes, ¿por qué no dice dónde nos reuniremos? A todas partes me sigue; ¿por qué no viaja conmigo? sin duda quiere experimentar hasta dónde llega mi sufrimiento: este hombre se complace en atormentarme: finge que me espera, y se va justamente al tiempo en que presume que he de volver: se divierte desesperándome; pero ¿qué provecho saca? ¿pueden tener sus acciones algun objeto racional? he aquí lo que no alcanzo.

Antes de dejar á mis amigos, les participé la causa de mi turbacion, refiriéndoles la estraña conducta del anciano que se presentó en su casa: quedaron atónitos; y despues de haber hablado largo rato sobre el asunto, concluyeron con que yo debía obedecer ciegamente á aquel hombre raro, de quien, al parecer, estaba pendiente mi destino, y no quería descubrirme sus ideas. Mucho les interesó mi relacion, y se quejaron de que no les hubiese confiado antes mi situacion; pues si la madre se hubiera hallado instruida, podria haber hecho mil preguntas al incógnito, y precisarle en cierto modo á esplicarse; mas ya era tarde; así lo conocí, y me propuse para en adelante instruir de mis sucesos á

todas las personas en cuyas casas me alojase, á fin de pénétrar tan singular misterio.

A la mañana siguiente salí para Burdeos, donde esperaba el fin de mis incertidumbres. Mi viaje fué agradable hasta que me ví entre Niort y San Juan de Angely, donde me sucedió un lance de los mas particulares.

Se habian mudado caballos en la posta de Beauvoix; pero los dieron tan malos, que casi hubiera sido mejor caminar á pie las dos postas que restaban hasta Loulay, donde debía hacerse nueva remuda. Como la silla caminaba lentamente, tomé el partido de dormir, y lo mismo hizo el postillon en el pescante, sin cuidar de aguijar los caballos.

A poco mas de media posta me despierto porque oigo que me llaman: veo otra silla de posta un poco mas adelante que la mía, mas no á la persona que desde ella me hablaba. Lonchamps, Lonchamps, me dice: piensa en cumplir mis órdenes con la mayor escrupulosidad, y serás feliz.—¿Quién sois?—Tu amigo, tu bienhechor, el que nunca te abandonará.—¡Cómo! vos sois el que...—Sí, yo soy; te seguiré á todas partes, dándote pruebas del interés que me han inspirado tus desgracias y las de tu madre.—Permitid que os vea.—Aun no es tiempo: ve

á Burdeos, que allí estaré; harás cuanto te diga, y veremos: ten paciencia, que con el tiempo lo alcanzarás todo.

Dicho esto, el postillon de mi incógnito arreó sus caballos, y la silla desapareció con velocidad. En vano prometí al mio regalarle cuando quisiera; los pobres caballos estaban tan débiles, que fué imposible hacerlos correr. Ví pues partir á mi hombre sin poder seguirle; no puedo espresar el disgusto que me causó este contratiempo: sin embargo, me consolé imaginando que el incógnito mudaría caballos, como yo, en la primera posta; allí gratificaría yo profusamente al nuevo postillon para que pusiese en mi silla los mas fuertes y veloces, y poder por este medio alcanzar á mi invisible antes de llegar á Burdeos.

Llegué á Loulay, y pregunté si habia pasado un anciano: dijeron que sí, y que hacía mas de media hora: tomé escelentes caballos, y corrí hasta San Juan de Angely, donde supe que aun me precedia el mismo sugeto: no desmayé, y llegué á San Hilario de Villafrança, de allí á Saintes, á Lafard, Pons y otros lugares, sin poder alcanzar á mi hombre. Picóme esto en gran manera; pues habiendo volado mi silla, ni aun pude ver la que iba de-

lante. No importa, dije, puede ser que le alcance antes de llegar á Burdeos, llevando siempre el mismo paso: dióme nuevas fuerzas esta esperanza, que quedó destruida en la posta de Damet, á nueve leguas de Burdeos. Allí supe que no había llegado anciano alguno, ni persona de suposición. Pues ¿qué se ha hecho? dije: ¿habrá tomado otro camino? ¿pero cuál? ¡ Si lo supiese!... En fin, he perdido sus huellas; habrá presumido que le seguiría á todo correr: no hay arbitrio: continuemos hasta Burdeos, y veremos allí qué aspecto toma el asunto.

A cosa de las dos del dia siguiente llegué á Burdeos: no quise alojarme en posada muy concurrida, para que mi hombre tuviese mas trabajo en descubrirme, y sus diligencias tal vez pudieran manifestarlo: me apeé en una casa pequeña, situada en una calle muy larga, y muy separada del centro de la ciudad: á mas de esto, resolví no salir en algunos dias, para no darme á conocer, y hacer mas dificiles las investigaciones de mi Argos. Pero parecía que algun espíritu maléfico participaba á este hombre hasta la mas mínima de mis acciones. Hacía cuatro dias que estaba en Burdeos; ya me reía interiormente de haberme sustraído á toda pesquisa, cuando mi huésped, hallándome solo, me dijo:

Cuatro dias há que estoy preguntando á cuantos hay en casa , y hasta ahora no había pensado en informarme de vos : decidme , ¿ sois quien ha encontrado en el camino de San Juan de Angely á un viajero que.....— Sí , sí , yo soy ; adelante. —Mirad lo que asegurais , porque me han encargado el secreto.— Vuelvo á deciros que yo soy...—¿ El que llevaba tan malos caballos? —Sí , sí , y mil veces sí ; proseguid , por Dios.— Me alegro de saberlo : ¡ lo deseaba tanto ! pero ahora ya es muy tarde para...— Por favor señora , vamos al asunto.— Vamos en buena hora : el dia , pues , que llegásteis aquí , se me presentó un hombre respetable , el cual me dijo así : En vuestra casa teneis un hombre á quien he hallado en tal parage : os ruego le digais que le espero á la noche en el café del Aguila , y que no deje de venir. —¿ Os ha dicho su nombre? — No me ha ocurrido el preguntárselo.— Pues esto es lo mismo que si no hubiera venido ; pero si vuelve , procurad entretenerlo , y con todo sigilo enviadme á buscar con algun criado. Fuése la huéspedea , y yo quedé envuelto en nuevas confusiones. ¿ Cómo me ha descubierto desde el primer dia este hombre ? es preciso que tenga algun espía que me sigue continuamente : ¡ me esperaba en un café , y no lo he sabido ! pues yo iré to-

dos los dias á ese café, y observaré á todos, y si alguno me habla, procuraré reconocer la voz; bien presente la tengo, porque me hizo mucha impresion.

Al momento me fuí al café indicado, registré las fisonomías de todos los concurrentes, dirijí algunas preguntas vagas á los que me inspiraban sospechas, y me contestaron bajo el mismo tono; pero no reconocí la voz que deseaba: sin duda que aun no había llegado el incógnito: pasé allí todo el dia, y volví á mi posada sin haber adelantado cosa alguna. Los dos dias siguientes hice lo mismo, y todo fué inútil: en fin, al dia inmediato encontré tanta gente en el café, que no pude penetrar hasta el interior: advertí sin embargo que el ama del café me miraba con mucha atencion: me acerqué á ella, y me dijo: ¿Esperais á algun caballero?—Sí, señora.—¿Tendrá como unos sesenta años?—Sí, señora.—Él tambien os esperaba.—¿Y qué?—Ciertamente estábais ciego: ha pasado junto á vos: ¿no le habeis visto? pues tropezásteis con él.—¿Cómo?—Justamente salía cuando vos entrábais: tres dias ha estado sin venir; pero esta misma mañana me ha dicho que esperaba á un sugeto, y sin duda sois vos.—¿De qué lo inferís?—De algunas señas que me dió. Entiendo bastante de fisonomías: ¡la costum-

bre de ver tanta gente! Apostaría que el tal hombre es vuestro padre.—¿Mi padre?—O tío vuestro.—¿Por qué?—¡Porque os pareceis tanto! todas las facciones son idénticas: es imposible ver dos figuras tan parecidas, sin mediar un estrecho parentesco.—¿Y no os ha dicho?...—Nada: no sé ni su estado, ni su nombre, ni el vuestro; solo sé que esperaba aquí á un sugeto.

¡Qué rayo de luz para mí! El hombre invisible tiene facciones parecidas á las mías: ¿tendrá algun parentesco conmigo?... ¿seré yo fruto de un amor ilegítimo? El anciano que espiró entre mis brazos, tal vez podía ser un mero encubridor... no lo puedo creer... pero este incógnito ¡es tan parecido á mí! me ha dado el retrato de mi madre, y sabe sus desgracias... ¿Será mi padre? En efecto, solo un padre es capaz de seguirme, velar sobre mí, y llenarme de beneficios con tanta constancia: y ¿por qué se oculta? tendrá sin duda algunas poderosas razones para no descubrirse todavía. Pero mi huésped de París, y mis amigos de Chartres que le han visto, ¿cómo no me han dicho nada acerca de tan particular semejanza que ha maravillado al ama del café?

Continué en ir al café todos los dias despues de este acaecimiento; pero mi hombre no pareció; por

lo que dejé esta costumbre, y volví á permanecer en mi habitacion; y así como él, al parecer, se complacía en atormentarme, yo tambien me complacía en hacer todo lo posible para desbaratar sus proyectos; y para lograrlo mejor, en el espacio de tres meses tomé tres diferentes habitaciones: con todo cuidado las elegí en barrios muy distantes entre sí, y no volví á hablar de mi incógnito. Resolví tambien salir de esta ciudad, trasladarme á Bayona, de allí á Tarbes, y correr un poco el pais: veremos, dije, si mi sombra me sigue allí tambien.

Salí pues en posta: nada de particular me sucedió hasta Castels, donde se mudan caballos; allí encontré unos trabajadores, que con la mayor diligencia se ocupaban en componer una silla de posta que se había roto. Aunque ya hacía dos meses que me dejaba en paz mi invisible, no sé qué presentimiento me anunciaba que podría ser suya aquella silla: por tanto, y á pretexto de interesarme en aquel caso, pregunté con disimulo cuántos eran los viajeros que iban en ella. Respondiéronme que so'o uno.—¿Anciano?—Como de sesenta años.—¿Parecido á mí?—Sí por cierto; y tanto, que á ser ambos de igual edad, costaría dudas el distinguiros.—¿Dónde está, dónde está?—¿Le conoceis?—¿Si le

conozco? es mi mayor amigo.—Pues le hallareis en aquel gran jardin, que está de venta con la hermosa casa que veis. Se lo hemos dicho á ese sugeto, y ha ido á examinarla mientras componemos su silla. ¡Oh! pues esta vez, dije corriendo al sitio indicado, no se me ha de escapar; y bien sea en la casa ó en el jardin, por fuerza he de hallarle.

Corrí cuanto podía; me hice abrir la puerta de la casa; pregunté si había entrado en ella un viajero; me dicen que está en el laberinto del jardin, y vuelo hácia él... ¿Creeis, hijos míos, que ya había llegado al término de mis cuidados? nada de eso: de nuevo van á acrecentarse: escuchad este suceso, que sin duda os parecerá muy curioso. El laberinto que había en este inmenso jardin era ciertamente intrincado: tanto me interné en él, que al fin me perdí. Despues de haberle recorrido en vano, quise salir, persuadido de que mi hombre ya no estaba en él; pero me fué imposible dar con la salida. Sudaba de tanto andar, y cuanto mas corría mas me enredaba en esta admirable obra. Me habian dado un guia, pero yo, con el deseo de que no se me escapase mi invisible, me adelanté y estravié: ¿qué haré? Si llamo á mi bienhechor, sabrá que estoy aquí, y sin duda procurará ocultarse.

Estaba sumergido en la mayor confusion, cuando muy cerca de mí, sin poder alcanzarle, oigo cantar, y reconozco la voz del hombre que me había hablado en el camino de Sau Juan de Angely: pongo atencion, y se esplicaba de este modo:

Inocente y desgraciada
prenda del mas tierno amor,
víctima desde la cuna
de una atroz persecucion;

¿Por qué en mis brazos amantes
no puedo estrecharte yo?
¿por qué con nombre supuesto,
siendo ilustre el que te dió

Naturaleza al nacer,
á vagar te condenó
quien te ama mas que así propio
cual siempre lo demostró?

Tu vida inocente y pura
la de tu madre costó,
que la parca no perdona
la belleza ni el dolor.

Rico nacistes y tienes
parientes nobles, que son
tus mas crueles enemigos

por insana obcecacion.

Pero tienes quien defienda
tu vida, bienes y honor;
quien solo para salvarte
exije tu sumision.

Sufre paciente y confia
resignado y con valor,
y en dicha verás trocarse
tu precaria situacion.

Este romance escitó mi sensibilidad porque me tocaba muy de cerca; yo era sin duda su objeto, y por consiguiente quien al nacer habia causado la muerte de mi madre. Aquel hombre sabia todas las desgracias de mi familia, y me las dejaba ignorar. Así que acabó el romance, me aventuré á dirigirle estas palabras: Hombre sensible; por compasion permite que te vea; deja que me precipite en tus brazos.... pero ¡ah! te burlas de mi dolor, y este me conducirá al sepulcro. Déjame darte el dulce nombre de padre, pues tanto te interesas por mí.

Me puse á escuchar si me respondian, y á mis voces sucedió un absoluto silencio; entonces desbaraté los enlazados arbustos que formaban las calles, salté, corri, examiné, busqué, pero á nadie hallé:

mi impaciencia crecía con el tiempo que malograba, y viendo que el invisible podía huir de mí mientras me ocupaba en buscar salida, se angustió mi corazón. Al fin, agobiado de cansancio, el guía, que había perdido, me halló en tan intrincado seno y me condujo á la casa; pregunté qué se había hecho el viajero que buscaba, y me respondieron que se había ido: corrí á la posta á ver si allí le encontraba, y tampoco estaba ya. Así acabó mi esperanza, y se renovaron mis disgustos.

¿Qué mas os diré, amigos míos? Hace diez años viajo de este modo; diez años há que este hombre me sigue por todos los pueblos de Francia, de la que no quiere que salga, sin que jamás le haya visto. Nunca he podido adivinar el motivo de su extraordinaria conducta. No me deja carecer de cosa alguna; me llena de dinero y regalos; vela sobre mis mas leves acciones; en sus cartas me habla muchas veces de mi madre, de mi nacimiento, y de los secretos que sabré algun dia. Aquí mismo, antes de ayer recibí carta suya, en la que me dice que vaya á París, que allí me verá, y tendrá fin la vida errante que llevo: esto me promete, y esta esperanza sostiene mi ánimo; porque en verdad, hijos míos, ¿puede haber vida mas extraordinaria que la mia? parece una

novela: se hace increíble, y es ciertísima. Habeis deseado saber mis aventuras, y os he dicho todo cuanto sé de mí mismo. Mañana me ausento, segun creo, para ser feliz. Yo volveré, amigos, cuando se haya declarado mi suerte, á contaros cuanto sepa de nuevo. Os explicaré todo este enigma, cuando mi paciencia alcance el premio prometido, y vuestra curiosidad quedará satisfecha.

Así terminó su historia Mr. de Lonchamps; y los niños, que apenas podian recobrase de la admiracion que les había causado, le manifestaron el deseo que tenian de verle feliz, y le suplicaron que no dejase de volver á participarles cuanto le ocurriera: lo mismo le rogó Palemon; y esta tarde se acabó reflexionando sobre los caprichos de la suerte, y la variedad de los destinos de los hombres.

TARDE XXIV.

EL ORGULLO.

Es orgullo un vil gusano
Que hinchado crece y alienta;
Aire infecto le alimenta,
Es todo aparente y vano;
Viste oropeles ufano
Que la intriga y el amaño
Le prestaron y el engaño;
No se conoce á sí mismo,
Y al fin se hunde en el abismo
Que él propio abriera en su daño.

EL mismo dia que marchó Lonchamps, se sintió Palemon indispuerto, agravose su mal y al fin se declaró una enfermedad peligrosa. Durante ella sus hijos le asistieron con el mayor esmero, y tanto esto como la robusta naturaleza del anciano, le sacaron, por decirlo así, de entre las garras de la muerte. No la temía el buen padre por sí, sino por sus hijos

queridos que aun quedaban pequeños y faltábale perfeccionar su educación.

Apenas se vió restablecido, hizo llamar á todos sus hijos, y les dijo: Hijos míos: poco ha faltado para haberos quedado huérfanos: enjugad ya vuestras lágrimas; y pues que recobré la salud, recobrad vosotros también la esperanza y alegría. La enfermedad me ha sugerido unas ideas que debo comunicaros: Si me hubiéseis perdido, ¿qué habríais hecho? —¡Ah papá!...—Hablad.—Yo, señor, respondió Armando, que entonces me hubiera mirado como cabeza de la familia por mi edad, habría cuidado de mis hermanos, y con la asistencia de nuestros parientes y la de las leyes hubiera procurado que fructificasen todo lo posible los bienes que nos quedasen. —Muy bien, hijo mio: dices que te considerarías como cabeza de la familia; pero el que ha de regirla debe tener un estado del que tú careces: tampoco sabes hacer nada útil á tus semejantes: no has elegido todavía una profesion, y es tiempo de pensar en ello; pues en tu edad ya se debe escoger: en una palabra, es preciso aprender el ejercicio que se ha de abrazar: ea pues, háblame con franqueza, hijo mio, ¿cuál es el que tú prefieres?—Pero papá....—Di, amigo mio, dile á tu padre cuáles son tus ideas con

respecto á esto.—¿Me lo permitís?—Y aun te lo mando.—Me parece, pues, que la condicion que algun dia puede elevarnos á los primeros empleos del estado, debe ser preferida á todas.—¿Qué quieres decir con eso?—Quiero decir que la magistratura es lo que yo preferiria, porque á cierto tiempo podria proporcionarme el contribuir al gobierno de mi patria, y yo siento una inclinacion dominante hácia el gobierno.—¡Hola, hola! ¡conque el señor Armando tiene ambicion!—Sin duda que la tengo; y vos mismo me habeis dicho cien veces que un alma grande y elevada debe tenerla.—Un poquito.—Un poquito, ya se vé, porque es menester que cada cual procure ilustrar en cuanto pueda su nacimiento.—¿Ilustrar su nacimiento?—Pues qué, ¿siempre se ha de trabajar en la agricultura?—¿Con que tú desprecias á tu padre que toda la vida ha trabajado la tierra?—No digo yo tal; pero si se puede hacer algo mejor....—¡Algo mejor! ¿y qué se puede hacer mejor que fecundar el suelo que mantiene á nuestros semejantes, y que...—Esas razones, señor, me parecen muy buenas en filosofia; pero en el comercio de la vida, todas estas bellas máximas son exageradas. El mundo aprecia mas á un togado que á un labrador.—Entendámonos: si

por hombre togado entiendes un juez que defiende al oprimido, salva la vida, la fortuna y el honor de las familias, que es el órgano de las leyes, que distribuye la justicia con equidad, recompensa el bien, castiga el crimen y llena en la tierra el ministerio del Ser Supremo, en este caso adoptaría tu opinion; quiero decir, que pondría al hombre togado al nivel del hombre activo y laborioso, que baña con sus sudores la tierra para sacar de ella los dones de la naturaleza: estimaría á los dos igualmente, y los miraría como dos bienhechores de la humanidad: pero dejemos eso; tú, siendo el mayor de los hermanos, debes administrar las tierras y posesiones que yo he regado con mi sudor por espacio de treinta años. Me parece que no querrás despreciar la memoria de tu padre.—¿Qué decís?—La verdad: conozco cuál es la suerte de los padres que educan á sus hijos para un estado que suponen mas elevado que el suyo: el desprecio y abandono, es lo que les espera á la vejez; no me espondré yo á esto: siendo tu condicion igual á la mia, no turbarán nuestra tranquilidad las preocupaciones; el equilibrio de los respetos y atenciones se conservará entre los dos, y al fin gozarás en paz de mis bienes, honrando la memoria de quien te los ha dejado. En cuanto á tus hermanos,

son todavía tan niños, que tú ó yo tendremos bastante tiempo para pensar en ellos: esta es mi resolución, Armando.—Pero papá, ¿para qué me habeis hecho aprender lo que puede guiarme á la carrera que os propongo, y además el dibujo, las matemáticas, la música y otras mil cosas?—Para que como yo seas instruido: para que disfrutes la estimación de tus semejantes, y para que no te se hagan extraños los placeres de la vida. ¿No se pueden cultivar los campos por una persona que reúna mil cualidades brillantes? á mi me parece que un hombre dotado de tantas gracias que labrase por sí mismo las heredades paternas, sería mucho mas feliz y mas recomendable.—¿Pensais que yo ultrajaría vuestra memoria?—No por cierto, pero conozco el ejemplo del mundo, y sé que el orgullo malogra la índole mas bella... Terminemos esta conversacion: si me amas, seguirás mis consejos, y algun dia me agradecerás el habértelos dado. Hoy hace buen dia, y me siento con bastantes fuerzas para dar un paseo. Acompañadme todos, hijos míos: iremos á comer á casa de un labrador amigo mio, que vive cerca de aquí, hácia los castañares: es un hombre muy rico, y aunque no nos espere, estoy seguro de que nos recibirá muy bien.

A esta proposicion saltaron de alegría los muchachos, porque hacía mucho tiempo que no habían salido. Solo Armando estaba un poco triste; pensaba en lo que acababa de decirle su padre, y su amor propio se resentía de la condicion que le habían impuesto; pero en breve, estimulado por sus hermanos, recobró su alegría, y partieron todos entregándose á las graciosas estravagancias de su edad. Era muy de ver al anciano apoyándose en su báculo, sostenido del brazo derecho por Armando, del izquierdo por Benito, y detrás á Leon, aprovechándose de la conversacion del maestro mas respetable. Adela y Julio caminaban adelante, hablando de su recíproca ternura. Ya hacía tiempo que Palemon había conocido que su hijo adoptivo amaba á Adela mucho mas que á los otros hermanos. Los dos eran casi de una misma edad; iban á cumplir en breve quince años: ambos se buscaban mutuamente sin cesar, y se prestaban las atenciones mas puras y delicadas. Palemon veía con mucha satisfaccion esta feliz correspondencia; y deseaba que los muchachos llegasen á amarse verdaderamente: despues veremos el resultado de este amor naciente, y cómo supo su padre contener sus impetus, arreglando á la razon sus progresos.

Llegaron á casa del labrador, que los recibió con amigable franqueza: hizo matar algunas aves y comieron alegremente: despues visitaron su habitacion, que era muy capaz y hermosa. Al pasar por delante de la puerta principal, reparó Palemon que habia una inscripcion sobre ella, y le dijo á Armando: ¿Qué es aquello? pues no traigo los anteojos, lee tú, y sabremos el significado de aquellas letras. Armando, con bastante trabajo, por estar algo borradas,¹ leyó lo siguiente:

Esta herencia, Florival,

Perdiste por tu locura:

Llora, insensato, tu mal.

¡ Rara inscripcion! dijo Palemon al labrador que le acompañaba: hacedme el favor de esplicar su sentido.—Con mucho gusto; pero es una historia bastante larga: sentémonos, que yo tendré mucha satisfaccion en contárosla. Los muchachos, que se miraron á un tiempo oyendo hablar de una historia, se colocaron al instante á los lados de su padre, y el labrador comenzó su relacion en los términos siguientes:

HISTORIA DE JUANON Y SU HIJO.

Juanon, á quien por su rusticidad llamaban así, no fué en sus principios mas que un simple jornalero: á fuerza de trabajar llegó á ser arrendador del señor de Mamonville, y se manejó tan bien, que aumentó considerablemente su fortuna. No tenia mas que un hijo de muy tierna edad, en quien fundaba todas sus esperanzas y consuelo, porque era viudo, y lloraba sin cesar la compañera activa é industriosa que le habia ayudado á acumular sus bienes. Era sensible, humano, y sobre todo, hombre de probidad; pero carecía de instruccion, y esta falta de cultura le hacía aparecer grosero. Como su lenguaje era propio de su crianza, se desesperaba por no haber estudiado, y no ser tan instruido como los muchos señoritos que continuamente veía en el castillo de Mamonville. Voto á tal, decía colérico, que mi hijo no ha de ser como yo; no por cierto: estudiará, mal que le pese; y pues que yo soy rico, le tengo de ver en los mejores empleos: á fe mia que no ha de ser tan salvaje como yo; no, por vida de tantos.

Tales eran los insensatos proyectos de mi pre-

decesor , pues él fué quien me antecedió en la posesion de estas tierras , y el que hizo poner sobre la puerta la inscripcion que habeis visto. Quería elevar á su hijo á una clase superior, y así se preparaba los mayores disgustos. Tenía Juanon en Paris un hermano procurador , y envió á su casa al jóven Nicolás : no hay que reparar en dinero , escribió á su hermano ; enséñale á mi hijo latin , y todas las cosas que pueden hacerle sábio , para que algun dia sea hombre de provecho.

El hermano de Juanon que era muy vanidoso, recibió muy bien al jóven Nicolás ; pero se guardó de darle el título de sobrino. Le puso en un colegio, le hizo estudiar , y despues le trajo á su mismo despacho en calidad de escribiente. No le llamó sobrino hasta que tuvo diez y ocho años , y le vió mozo gallardo , petrimetre y fino , lo que llenó de amor propio al desdichado jóven. Ya no era éste Nicolás , sino Mr. de Florival , el cual crecía diariamente en soberbia y presuncion. Muchas veces oía ridiculizar á su padre , tratándole de grosero y estúpido ; y él celebraba con desmesurada risa los dieterios contra un padre que le colmaba de beneficios , pues nada omitia para satisfacer todos los caprichos de su hijo. Desgraciadamente, este buen padre vivía muy lejos de

París, por cuya razón no podía ir á la corte con frecuencia; además de que ya era anciano, y no tenía el vigor que en otra edad para hacer viajes. Florival, que no cuidaba mucho de ver á su padre, le escribía que la aplicación á sus estudios no le permitía pasar á su casa, y todas sus cartas terminaban pidiendo dinero: el inocente padre tenía por legítimas estas causas; le enviaba cuanto le pedía, y suspiraba por el momento de abrazar á este hijo idolatrado.

En tal estado se hallaban las cosas cuando murió el tío de Florival, y su hijo mayor se apoderó de sus negocios: no estaba muy bien quisto Florival con sus primos, por lo cual dejó su compañía, y alquiló una casa, con ánimo de continuar el estudio de la jurisprudencia, y seguir la profesion de abogado: participó este pensamiento á su padre, que lo aprobó muy contento. ¡Mi hijo, decía, mi hijo abogado! ¡qué honor para mí! Así es como la vanidad, ó por mejor decir, la ternura con que amaba á su hijo, le disponia para su vejez los mas crueles pesares.

Estaba Florival para recibirse de abogado, cuando vió en el teatro una muger bellísima, de la que quedó perdidamente enamorado: hizo seguir el co-

che de aquella señorita á Labrin, su criado, mozo astuto, intrigante, y muy propio para servir á un petimetre; y á poco rato supo que la hermosa dama que le había embelesado, se llamaba Rosalía, hija del baron de Saint-Chal, hombre de pocas facultades. Al momento concibió Florival la idea de casarse con esta señorita; pues aunque era baronesa, él se supondría tambien hombre de clase, y como era pobre esta señorita, despues de contraido el matrimonio, sabría él aplacar su enojo y el de su noble familia, haciendo ostentacion de las grandes riquezas de su padre.

Halló Florival medio para introducirse en casa del baron, á quién deslumbró fácilmente con la finuria de su ingenio y de su educacion. El padre de Rosalía era un antiguo militar, mas instruido en el arte de la guerra, que en el conocimiento del mundo y del corazon humano: había sido herido en mas de veinte batallas, y tantos servicios solo le habían producido una corta pension que apenas era suficiente para mantenerse con su hija, que ya no tenía madre. El baron no se ocupaba sino en presentar memoriales y molestar al ministro de la Guerra para obtener una recompensa digna de sus servicios: la ingratitud del gobierno le indignaba, y

sin duda se habría retirado á alguna aldea , á no haberle prometido Florival alcanzarle cuanto solici-
taba por medio de su influjo y el de sus amigos : este
era el único medio de conmover al anciano , y por
eso miraba á nuestro jóven como si fuera hijo suyo.
Por lo que hace á Rosalía , no había podido resistir
mucho tiempo á las seductoras espresiones de Flori-
val : correspondía á su ternura suspirando por el fe-
liz momento de su matrimonio , que tambien deseaba
con ánsia su amante.

Los escesivos gastos de Florival fácilmente per-
suadieron al baron que era muy rico , y por tanto
admitió con bondad la súplica que á poco tiempo
le hizo , á fin de que le diese la mano de su hija.
Sin embargo , el baron era bastante preocupado , y
queria que su yerno fuese noble : no se detuvo en
esto Florival , y trasformó al buen Juanon en un ofi-
cial retirado en su tierra , é impidió de la gota,
que no le dejaba descansar ni un momento. Fingió
cartas , en las cuales su buen padre le manifestaba
el sentimiento que tenía de no poder ir á bailar un
minué con su amada nuera en la noche de su boda.
Escribía al baron que en favor de matrimonio tan
honorífico para su familia , compraría á su hijo una
plaza de consejero en el Parlamento : en una pala-

bra, Florival y su criado dispusieron tan bien este enredo, que el padre de Rosalía se convino á todo, y quedó determinado el dia de la boda de los jóvenes. Ya estamos en el pasage mas interesante de la historia.

De todo esto Florival nada habia participado á su padre, temiendo que por ignorancia, ó por algun otro medio descompusiese sus proyectos: sin embargo, necesitaba mucho dinero para celebrar dignamente su matrimonio. Es necesario que Labrin, su criado y confidente, emplee toda su destreza en esta negociacion; que vaya á ver á Juanon, y le dé parte del casamiento de su hijo con una jóven de alta clase; y para evitar que el viejo escriba ó se ponga en camino, supondrá que la boda ha de hacerse dentro de dos meses, siendo así que debia celebrarse al dia siguiente de la vuelta de Labrin. Verificado el matrimonio, podía Juanon venir cuando quisiera, pues ya no sería temible su presencia, porque Florival habria desengañado á su esposa y suegro, los cuales le perdonarían facilmente el engaño, á favor de sus grandes bienes.

Tales eran las ideas de Florival y de su confidente; tales sus esperanzas; pero estaba decidido que la ingratitud y mala fé serían castigadas: toda

su prevision debía ceder á la justicia divina que iba á perseguirlos y descomponer sus designios.

Juanon no había visto á su hijo hacía seis años: tranquilo en su casa, ignoraba la intriga de Florival en París, y firmemente persuadido de que su hijo se portaba con toda modestia y probidad, quedó absorto al ver presentarse en su casa á uno de sus sobrinos, hijo del procurador en cuya compañía había estado Florival. Ya he dicho que no se amaban los primos; y este, que estaba instruido de cuantos resortes se valía Florival para casarse con Rosalía, se había propuesto hacer de modo que en casa del futuro suegro se representase una escena de las mas cómicas. Abrazó pues el sobrino á Juanon, y le dijo que su primo Nicolás se casaba con la hija del baron de Saint-Chal, hombre muy conocido en París: se están haciendo los preparativos de la boda, y solo se espera vuestra persona para que todo quede concluido: partid pues, partid cuanto antes, pues mi primo me ha encargado mucho que os lo previniera: él mismo hubiera venido, á no haberle ocurrido cierto negocio que le obliga á permanecer en París: nada os digo en cuanto al dinero que debeis llevar para un asunto de tanta importancia: bien conoceis el honor que á todos nos resulta de este enlace, y

sabreis manejaros con prudencia; pero lo mas urgente es el viaje, porque vos solo retardais la felicidad de dos amantes.

Atónito quedó el buen Juanon con esta noticia: no podía concebir que su hijo se casase con la hija de un baron: honor tan grande le enloquecia. El sobrino recargó sobre la prontitud del viaje, y se despidió del tio diciéndole: Mi primo me espera impaciente, porque necesita mi asistencia para mil cosas; á Dios, amado tio: dentro de cinco ó cuando mas siete dias, espero veros en casa del baron, que vive en la calle de la Universidad, cerca de la de Bac, número 676, y para que no os olvideis de las señas, os las dejo escritas en este papel.

El maligno primo, hecho esto, partió riéndose de su artificio y de sus consecuencias, que debian ser bien funestas para el orgulloso Florival. Apenas se hubo ausentado, cuando Juanon sacó de su cofre sus mejores vestidos, y luego hizo esta reflexion: El suegro de mi hijo es noble: ¿pues quién me quita el ennoblecer tambien á mi Colás? Hace mucho tiempo que estoy juntando dinero para comprarle una hacienda; la de Mamonville está de venta: se la compraré, y llevaré en el bolsillo la escritura; callaré como un muerto, y el dia de la boda, á los postres

de la comida se la regalaré á mi nuera, y todos quedarán contentísimos, porque el que sea dueño de esta tierra se hace noble, y así no tendrán motivo alguno para despreciar á mi hijo.

El buen padre compró la hacienda que tenía en arriendo: recogió la escritura, montó en una de sus mulas, cargada además de algunos quesos de su país, y se dirigió á la córte. Dejémosle caminar, y volvamos á su hijo que ignoraba la superchería de su malintencionado primo.

Acercábase el dia determinado para la boda, y solo faltaba enviar á Labrin á visitar á Juanon para concluir el meditado proyecto, cuando un incidente, que sin duda adivináis, suspendió el viaje. La víspera del dia que Labrin había elegido para ponerse en camino, el baron, su hija y Florival fueron á ver á una tia de Rosalía que vivía algunas leguas distante de París. Estaba Labrin en casa del suegro, cuando un buen aldeano, caballero en una mula cargada de cestas, se presentó á la puerta, y preguntó:—¿Vive aquí el baron de Saint-Chal?—Si señor.—Quisiera hablar á Mr. de Florival (sabía este nombre por el primo).—No está en casa.—Sin embargo, necesito hablarle.—Hablad á su criado: le hallareis allí en el fondo del patio, á la izquierda;

preguntad por Labrin.—Muy bien; voy á entrar mi mula en el zaguán. Desmontó Juanon, y ató la mula junto á la escalera: pasó adelante, y preguntó por Labrin al mismo que lo era, el cual le dice: ¿Qué quereis, buen hombre?—¿Florival?...—Ha salido.—¿Volverá?—Sí, pero esta noche.... —Que vuelva cuando quiera; le esperaré. —¿Pues qué teneis que hacer con él?—¡Bella pregunta! vengo á hallarme en su boda.—¿En su boda?—Si señor: ¿y qué? para eso soy su padre.—¡Su padre!

Labrin quedó confundido. Afortunadamente se hallaba solo con Juanon: nadie les había oído: sin embargo, todo quedó descompuesto con esta novedad: ha venido el padre de su amo, aldeano rústico y torpe: ¿qué hará Labrin? valerse del último remedio, engañando al anciano para alejarlo de aquella casa.

Fingió mucha complacencia de ver al padre de su amo, y le dijo: ¡Ah, señor! ¡con cuánta impaciencia os esperábamos! ¡qué alegría para todos! permitid que os abrace.—Con mucho gusto: mi hijo se quedará aturdido de verme: ¿no es verdad?—¿Pues no ha de ser? pero debo deciros que esta no es su casa, sino del señor baron.—Ya estoy.—Mi amo vive en otro barrio: venid conmigo á su habi-

tacion , y estareis allí como en vuestra misma casa: todas las noches se retira muy tarde: yo no le diré palabra de vuestra llegada, á fin de proporcionaros el gusto de que os encontreis repentinamente: tendreis toda la noche para descansar, y mañana sin duda os presentará mi amo á su nueva familia: esto es mas decente en mi concepto: ¿que os parece?— Yo creo que tienes razon.

Labrin ayudó al anciano á desatar la mula: Juanon la llevó del freno, y siguió al criado, que le hizo atravesar todo París para llevarle á la habitacion que ocupaba Florival antes de conocer al baron , y en la que ya no residía, aunque la conservaba: era en la Estrapada , junto á las aulas ó escuelas del derecho, y se reducía á un cuarto pequeño que se hallaba en el fondo de un jardin: allí llevó Labrin al respetable padre de su señor, y le dijo: Perdonadme si os dejo solo, porque tengo que hacer una diligencia muy importante que me ha encargado mi amo: volveré dentro de una ó dos horas, y cuidaré de que disfruteis cuantas comodidades sean posibles.

Fuése Labrin, y Juanon, acosado del hambre y la sed, pasó todo el dia sin ver á nadie. Interin estaba solo examinó el viejo los muebles del cuarto, y

como hacía bastante tiempo que no se habitaba, estaban cubiertos de polvo, las camas deshechas, y todo desordenado: no sabía el buen hombre qué inferir de esto, y su inquietud se aumentaba notando que se acercaba la noche: por fin, se presentó Florival acompañado de Labrin, y el tierno padre olvidó su hambre, su sed y sus fatigas, y se arrojó á los brazos de este hijo tan querido; pero no vió que estaba pálido é inquieto. Juanon le estrechó contra su corazon, y derramó sobre él algunas lágrimas, dulces afectos de la ternura paternal.

Pero, amigos míos, advierto que sin saber cómo me he estendido demasiado, y la noche que se va acercando me manda que atienda al arreglo de las cosas de mi granja: perdonad que no pueda concluir la historia principiada; en otra ocasion os referiré lo que resta.

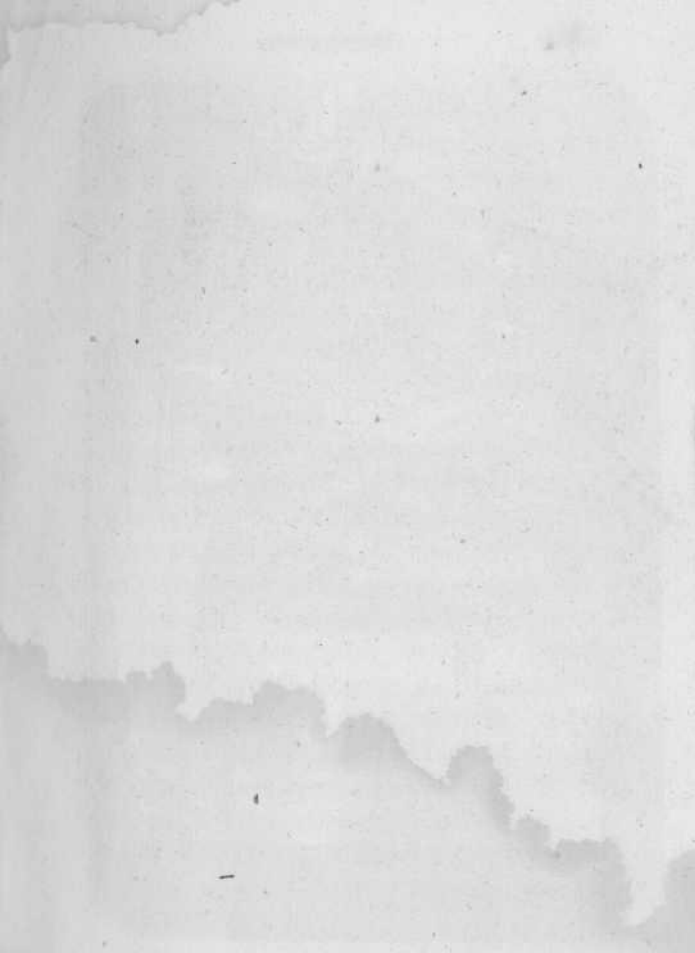
Conociendo Palemon cuán sensible era á sus hijos esta interrupcion, dijo al labrador: Hoy no nos esperábais, y hemos venido á que partiéseis con nosotros la comida; mañana os esperamos en nuestra casa; procuraremos trataros tan bien como mereceis, y concluireis la historia, que os aseguro me interesa mucho. Aceptó el labrador el convite y Palemon se volvió á casa con sus hijos.

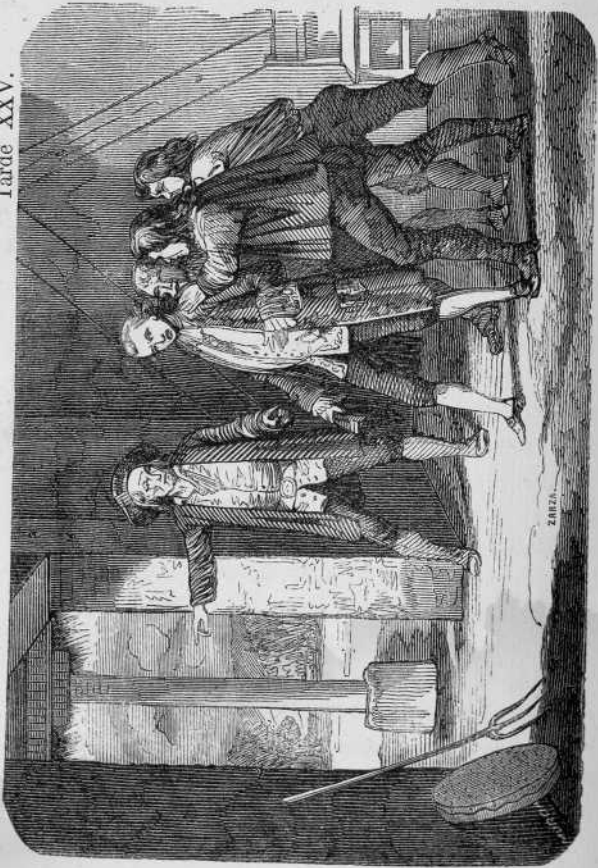
TARDE XXV.

EL ARREPENTIMIENTO.

Si faltaste á tu deber,
Si delinquistes obcecado,
Al punto que hayas logrado
Tu imprudencia conocer,
Procura pronto romper
Del delito la cadena.
Sirvate solo de pena
El santo arrepentimiento,
Antes que el negro escarmiento
Te imponga dura condena.

EL labrador cumplió su palabra de ir á comer á casa de Palemon, y despues que se hubieron alzado los manteles, continuó la historia de Juanon en la forma que sigue:





ZARZA

CONCLUYE LA HISTORIA DE JUANON Y SU HIJO.

Dejé, amigos míos, á Juanon con su hijo. Lloraba el buen padre, estrechando entre sus brazos al ingrato, y diciéndole: ¿Eres tú? ¿eres tú, Colas mio? ¡qué bizarro, qué alto, qué buen mozo estás! ¡eres un vivo retrato de tu madre!—¡Padre mio!—¿Pero por qué no me vuelves á abrazar?—Con mucho gusto, padre; pero.... — ¿Qué dices? ¿qué tienes?— Mucha satisfaccion en veros.— Yo tambien tengo mucho gusto : ya ves que soy hombre de palabra.— ¿De palabra?— Pues qué, no he venido á tiempo para asistir á tu boda? pero cuéntame, cuéntame cómo ha sido todo esto.— ¿Con 'que ya sabeis....— Todo, todo: el muchacho ha desempeñado bien su comision.— ¿Qué muchacho?— ¡Buena pregunta! tu primo.— ¡Como! ¿él ha sido quien?...— ¿Pues quién había de ser?... pero hablemos de tu matrimonio; cómo has hecho para hallar una señorita tan linda, y un suegro de alta clase?— Señor, ya veo que mi primo ha procurado perjudicarme: conozco que os ha contado el artificio de que me he valido, y no sé cómo ha podido saberlo.— ¿Pero qué diablos dices? no te entiendo, y me parece que tienes atolondrada

la cabeza: él me dijo que te casabas; que tu muger y tu suegro estaban deseosos de que viniera, que era lo único que faltaba para la ceremonia: ¿ha hecho mal en decirme todo esto?—¿Y no os ha dicho mas?—¿Pues había mas que decirme?—Mi primo ha querido perjudicarme; y no puedo engañaros mas largo tiempo.—¡Hola, hola!—Perdonad; pero vuestra presencia en este momento... —¿Te enfada?—No; pero....—¿Pero qué?—Yo no creía... no esperaba... hubiera querido...—¿Qué hubieras querido?—Que no hubiéseis venido: perdonad, padre mio; mil veces os ruego que me perdoneis; mi suegro es un hombre tan encaprichado de su nobleza... yo no he tenido valor para decirle que soy hijo de un simple labrador.—¿Y por qué?—Porque no me habría dado su hija, á la que amo entrañablemente.—¿Conque has engañado á ese hombre?.. ¿pues qué le has dicho?—No sabe que mi padre es...—Un hombre honrado, que ha trabajado, y todavía trabaja por la felicidad de un hijo ingrato.—Padre mio...—Colás, tú eres un soberbio, un desnaturalizado; ya veo que desprecias á tu padre.—Yo le amo y le respeto; pero...—Pero es forzoso que yo me vaya, ¿no es esto? ¿quieres que te deje engañar á un hombre, que cree que tú eres, por lo menos, hijo de un gran se-

ñor? ¿has sido capaz de mentir de este modo?—Ha sido necesario...— ¡Hijo ingrato! ¡no sabes el dolor que me causas! ¡tú despedazas mi corazón! — ¡Padre mio!..—Ya no lo soy; tú me has negado; ya no eres hijo mio, sino un vanidoso que aborrezco: no me volverás á ver.—No me haceis justicia.—¿Para esto te traje á París, y he gastado tanto para que fueses un hombre perfecto? ¿de qué sirven las letras si matan el amor de los hijos á los padres?—Escuchad, padre mio: dándome una educaciou superior á la vuestra, habeis elevado mis sentimientos, obligándome por este medio á entrar en las preocupaciones vulgares: son crueles; son injustísimas; pero reinan en la sociedad: es preciso respetarlas si se desea adelantar.—Y para ser instruido, para tener educacion, ¿es preciso ultrajar la naturaleza? ¿por qué no te hice labrador? ¿por qué no puse el arado en tus manos desde que eras pequeuelo? ahora no despreciarías á tu padre.—Pero señor, el mundo.... la preocupacion...— ¡La preocupacion! ¿qué significa esta palabra? ¿es algun empleo, ó qué es?— Es la tirania de los hombres: es un modo de pensar que.. —¿Pero qué quiere decir esto? mi modo de pensar siempre ha sido amar á mi hijo; y el modo de pensar de este, debe ser siempre el amarme, respetarme y

preferirme á todos los modos de pensar de los demás; pero veo que no es así y no disfrutarás de tu maldad: yo veré á ese señor baron; si, le veré, y le diré: ¿por qué me despreciais, caballero? estoy seguro de que me contestará que no es cierto; y yo le añadiré: mi hijo es quien lo asegura.—¡Cielos! ¡Ah padre mio! si me amais, si os interesais en mi suerte os ruego que no os presenteis en esa casa, si os ven en ella, quedo perdido y deshonorado.

Florival se arroja á los pies de Juanon: le suplica que se vuelva á Mamonville hasta despues de celebrada su boda: Entonces, añadió, yo mismo os presentaré al baron: vuestros muchos bienes, vuestra probidad, vuestro aspecto respetable, todo le enternecerá y confirmará mi felicidad.

El buen labrador se enfurece: no quiere atender á razones: la conducta de su hijo le saca de juicio; y le jura que irá á ver al baron, que se lo manifestará todo, y le hará ver el infame artificio con que quieren engañarle. Si, añadió, sabrá quién eres y quién soy; y si me desprecia, á lo menos me serán sus desprecios menos sensibles que los de un hijo desconocido.

Florival se desesperaba de que sus súplicas y lágrimas eran inútiles para con su irritado padre.

No sabia qué partido tomar, cuando su criado Labrin le sacó de este apuro, esclamando: pues bien, si vuestro padre quiere ver al señor baron, y quizá causaros la muerte, es muy dueño de hacerlo; mañana le llevaré yo mismo á la casa; pero por ahora no podemos pensar sino en proporcionarle buena cena y mejor cama.—No por cierto, dice Juanon; no quiero quedarme aquí; no permaneceré en casa de un hijo que me niega, y que no es hombre honrado: voy al instante á buscar un asilo: no faltan en Paris: quiero ver al momento á ese caballero tan vilmente engañado; le desengañaré, y luego me iré para nunca volver.

Florival hizo presente á su padre que era tarde y que podía suspender su proyecto hasta el dia siguiente: y fué tanto lo que le rogó, que el buen hombre consintió en pasar solo aquella noche en el cuarto en que se hallaba. Esto era lo que deseaba Labrin, que le proporcionó cuanto necesitaba, y salió con su amo dejando las puertas bien cerradas. Cuando Juanon se vió encerrado, no pudo contener el exceso de su dolor: se apoyó en una mesa, y empezó á derramar lágrimas amargas: ¡su mismo hijo le privaba de la libertad! ¡este hijo, á quien llenaba de caricias y beneficios, y para quien había comprado

tan rica posesion! ¡este hijo, que quebrantaba todas las leyes de la virtud y de la naturaleza! ¿Qué designio será el de este hombre bárbaro? ¿qué pretende hacer con su padre?... Juanon se resuelve á causar un alboroto, y pedir auxilio á voces por la ventana; pero la noche estaba muy adelantada, y era muy espuesto el alborotar á semejantes horas: era necesario esperar al dia, y que alguno compareciese. El mónstruo que le ha encarcelado no estenderá su crueldad hasta el estremo de dejarle perecer de hambre.

Tales fueron las tristes reflexiones del buen labrador. Pasó la noche llorando la falta que había cometido enviando su hijo á París, y luego que amaneció procuró por todos medios salir de su prision; pero no podía conseguirlo, á menos que alguien viniése á socorrerle; y ¿quién había de venir? además de eso, sin llaves, ¿quién se habia de atrever?..

Incierto estaba sobre el partido que debía tomar cuando oyó abrir varias puertas. Era Labrin, que llegó cargado de provisiones. Malvado, le dijo Juanon, déjame salir, ó teme... Labrin no le respondió; dejó lo que había traído, y escapó cerrando de nuevo todas las puertas, viéndose el buen viejo precisado á continuar en su encierro, siempre indeciso en llamar

para que le socorrieran. Por la tarde se tranquilizó un poco: Veamos, dijo para sí, en qué para todo esto: no me han de tener aquí como á un pájaro en la jaula; y luego que mi indigno hijo tenga la bondad de soltarme, conocerá el terrible castigo que le preparo, que será el abandonarle y maldecirle.

Á la mañana siguiente volvió Labrin y se quedó atónito de ver tan sosegado á su prisionero: quiso disculparse, asegurándole que en breve aprobaría los motivos de una conducta tan poco regular, y que su mismo hijo la desaprobaba, aunque se veía precisado á observarla. Juanon le correspondió con un gesto despreciativo, y el criado volvió á marcharse no olvidándose de dejar cerradas las puertas.

¿Os estremeceis, hijos míos, al oír semejante atentado contra un padre tan digno de mejor correspondencia? Pronto sabreis cómo el cielo supo castigarlo. Ya hacía cuatro días que Juanon estaba encerrado, y no pudo sufrir mas: una mañana abrió las ventanas que daban á un gran patio, y se resolvió á llamar á la primera persona que viese. Justamente fué un anciano el primero. ¿Sois padre, señor? le preguntó Juanon con desesperado acento.—Amigo mio, esa pregunta... sí, padre soy.—¿Teneis, como yo, un hijo ingrato que desconoce y desprecia

á su padre, á quien hace cuatro dias que le tiene encerrado en esta estancia?—¿Qué decís?—Que estoy aquí preso, y que mi hijo, mi malvado hijo, es quien me tiene de este modo.—¡Justo Dios! ¿Y como?...—¡Oh! proporcionadme los medios de salir, buen hombre, y lo sabreis todo, y compartireis las penas que padezco si conoceis lo que es el amor paternal.

El anciano hizo nuevas preguntas á Juanon, el cual, con la sencillez de sus respuestas, le inspiró el mas vivo interés: entre tanto que le hablaba, un criado que atravesaba el patio le dijo con bastante viveza: ¿Como, señor, estais hablando con ese loco?—¿Loco? no tiene nada de eso.—Labrin nos ha dicho que ese aldeano tiene la cabeza trastornada, y que no hiciéramos aprecio de cuanto nos dijese.

Estas palabras causaron una mortal herida en el corazon del buen labrador: suplica al anciano que se persuadiese de que le asistía la razon en todos sentidos, y este hombre sensible, que adivinó una parte del horrible misterio, era justamente el dueño de la casa. Envió á buscar una larga escalera, la arrimó á la pared del cuarto de Juanon, y subió por ella á darle la mano y facilitarle los medios de bajar. Juzgad cuáles serían los sentimientos del buen labrador: se

arrojó á los brazos de su libertador, y le inundó de lágrimas: este le condujo á su cuarto, y allí Juanon le contó estensamente todo lo que le pasaba. El anciano se estremeció de horror, y le dijo que fuese al instante á casa del baron, á fin de que, si todavía era tiempo, no quedase engañado. Juanon, que era del mismo parecer, halló en un establo su mula, la cogió, y abrazando al hombre benéfico que le había ayudado, se encaminó á casa del baron, cuyas señas, por fortuna, habia conservado. Dejémosle atravesar la ciudad, y veamos qué ha hecho su culpable hijo en todo este tiempo.

Bien se puede conocer que el dia de la llegada de Juanon, Labrin estuvo acechando el momento en que su amo volviese del campo, adonde había ido con Rosalía y su padre: que le llamó aparte, y le participó tan inesperado suceso. Florival, aterrado con este golpe, aprobó el celo y conducta de su criado, y dejó por corto rato la compañía del baron, para visitar á su importuno padre, que venia á trastornar sus ideas. Ya habeis visto cómo le habló: y que no pudiendo obtener nada de lo que pretendia, se valió del consejo de Labrin, que fué el de tener al anciano encerrado hasta que se verificase el matrimonio. Ambos volvieron á casa del baron, é hicieron todo

lo posible para adelantar un enlace, despues del cual esperaba Florival desenojar á su padre, presentándole al de Rosalía, y disculpándose con la ceguedad de su amor. Convinieron, pues, en celebrar el casamiento dentro de tres dias; pero la tardanza de una tia de Rosalía, que se esperaba por momentos, lo suspendió; esto desesperaba á Florival, que en el fondo de su corazon sentía crueles remordimientos por los disgustos que causaha al mejor de los padres.

En fin, llegó la víspera del suspirado matrimonio: todo estaba dispuesto conforme á los deseos de Florival: no tenía que esperar mas que un dia, durante el cual debía Labrin duplicar su vigilancia, y no perder de vista ni un instante la prision de Juanon. Florival habia salido á comprar varias cosas indispensables: el baron y su hija quedaron solos en casa, conversando sobre la felicidad que el próximo enlace preparaba á la vejez de un padre, y á la ternura de una hija enamorada de su futuro esposo, cuando entró un criado, y dijo al baron que un aldeano deseaba hablarle en secreto: mandó que entrase, y se presentó Juanon, quien se esplicó en estos términos:

Señor baron, perdonad la molestia; pero el honor y la razon me obligan á visitaros.—Sentaos,

buen anciano.—¡Oh señor! estoy muy bien así.—
No lo permitiré: sentaos; vuestra edad exige todo
respeto.... pero ¿suspírais? á vuestros ojos se aso-
man lágrimas: ¿qué teneis? ¿puedo serviros en al-
guna cosa?—En nada, señor; yo sí que vengo á
serviros, y evitar que cometais una necedad.—¿Una
necedad? Decidme, que especie de necedad es la que
puedo cometer en edad tan avanzada?—Yo he co-
metido muchas en la mia, y soy mas viejo que vos;
pero no perdamos tiempo: ¿se halla aquí Mr. Flo-
rival?—Ha salido.—Tanto mejor.—¿Le conoceis?
—¿Si le conozco?.. ¿Parece que le casais con vues-
tra hija?—Mañana mismo: ¡oh! es un mozo muy
honrado. Juanon suspiró, y preguntó al baron:
—¿Conoceis á su padre?—Nunca le he visto; pero
sé que es un oficial retirado, un...—¿Oficial reti-
rado?—Sí por cierto; y muy rico.—En esto no hay
duda.—¿Y en lo demás?—¿Quién os ha informado
de la clase del padre de Florival?—Su mismo hijo:
fuera de que yo he visto sus cartas.—¿Las cartas
del padre de Florival?—Sí señor.—Pero si no sabe
escribir.—Entiendo lo que quereis decirme: ya sé
que la gota le tiene impedido, y que no puede usar
de su mano derecha; pero su mayordomo escribe, y
él dicta las cartas.—¡La gota! ¡vive Dios!... ¡la

gota! esa es una grandísima mentira: el padre de Florival está bueno y sano, y esto es lo que siente su malvado hijo.—¿Qué decís?—Que os ha engañado; que el padre de vuestro futuro yerno es un simple labrador, que siempre ha cultivado la tierra: no hay duda en que es rico; pero no es noble, sino de humilde condicion, y hasta ahora ignoraba los artificios de que se valía su hijo para engañar á una ilustre familia.—¡Cielos! ¿estais seguro?...—Si dudais, sabed que soy Juanon, labrador de Mamonville, y padre de Florival.—¿Vos?... ¿vos? ¿así me ha engañado?—Yo lo ignoraba todo; cuando lo he sabido, he venido á París: mi perverso hijo me ha impedido el veros; él y su criado me han tenido encerrado cuatro dias; esta mañana he podido escaparme, y he venido á impedir el casamiento, si todavía no se ha concluido.—Dejadme respirar, hombre de honor y de verdadera delicadeza; dejadme considerar en toda su estension la perfidia de un hombre á quien yo amaba, y tenía por sugeto de tanta probidad y franqueza como yo mismo lo soy. ¡Cómo! ¿Se ha atrevido á burlarme, y á despedazar el corazon de su propio padre? ¿Y vos habeis venido á avisarme?... ¡Ah! este modo de proceder os honra mucho porque anuncia una bella alma.

Por algunos momentos quedó el baron sumergido en sus reflexiones ; luego hizo llamar á Rosalia, y la dijo : Hija mia , es preciso que ya no pienses en una felicidad, de la que hace un instante te formabas la imágen mas lisongera ; es forzoso que olvides á Florival.—Padre mio... cómo... hoy... en vísperas de.....—En vísperas de causarte eternos disgustos : sí, hija mia, hoy estamos á tiempo de evitar la desgracia; mañana ya no habría remedio.— ¡ Gran Dios! ¿pues qué ha dicho este anciano?—Que es el padre de Florival.— ¡ El padre !.....— Sí, ve aquí á su padre : no es aquel militar que suponía, decorado con tanta antigüedad de nobleza, sino un humilde labrador.— ¡ Labrador !— Sí, hija mia ; pero lleno de honradez y probidad , que equivale á las mayores distinciones.—Estaba bien seguro, dijo Juanon, de que no me despreciaríais.—¿Yo despreciaros, buen viejo? ¿y por qué? ¿envilecería yo en vos el carácter de hombre, que en nada nos distingue? No, no soy yo de aquellos nobles deslumbrados con sus títulos, que miran como viles todas las profesiones á que no han sido llamados, ó que se avergonzarían de ejercer. Aprecio la virtud mas que los dones de la casualidad : el hombre honrado nunca ha sido despreciable á mis ojos.—Padre mio,

con que todavía puedo esperar...—Nada ; renuncia toda esperanza , y atiende mis razones. Este labrador es un hombre apreciable ; la humildad de su cuna , ó por mejor decir , las preocupaciones , me indispondrían con toda mi familia , y con todos los que aprecian en alto grado la nobleza : sin embargo , todo lo despreciaría , anteponiendo la virtud á las costumbres , si Florival fuese un hombre tan recto , tan franco y apreciable como su padre ; pero siendo un hombre falso , un intrigante , que se vale de un criado para engañar , tratando mi alianza como asunto de comedia , te haría desgraciada ; y yo deseo tu felicidad : ahora le desprecio , y jamás será mi yerno.—Es verdad , padre ; pero...—Abre los ojos , hija mia ; escucha la voz de la razón ; piensa con tanto juicio como yo en el porvenir , y se calmará tu pasión.— ¡ Ay , padre mio !... Bien ; si vos me lo mandais , sacrificaré hasta mi vida : aborreceré á Florival.—No le desprecio yo porque es hijo de un humilde labrador , sino porque me lo ha ocultado ; porque me ha engañado sabiendo mis principios y filosofía : si francamente me hubiera dicho : señor , estoy apasionado de vuestra hija ; es verdad que no soy noble ; pero mi padre es honrado , y tiene conveniencias ; con el dinero se hace todo : si teneis la

manía de ennoblecer á vuestro yerno, no será difícil conseguirlo : esto es lo que debía decirme ; pero nos engañaba , y mañana quería consumir su crimen. No pensemos mas en esto , Rosalía ; y á vos, hombre excelente , ¿ cómo podré pagar tan singular favor?... ¡ Maltratar á tan buen padre ! Sabe , hija mia , que le ha tenido encerrado cuatro dias , porque no descubriese sus artificios.— ¡ Oh Dios ! — Sí, hija mia ; Florival es un hombre sin fé , sin honor y sin delicadeza.

Rosalía hizo que Juanon la repitiera lo ocurrido con su hijo : se indignó de oirlo , y el desprecio ocupó en su corazon el lugar de la ternura. Trató el baron al triste anciano con el mayor cariño y agasajo : quiso hospedarlo en su casa , y presentarlo á Florival para que fuese mayor su confusion ; pero no accedió á ello Juanon , porque determinó no volver á ver á su culpable hijo : le abandonaba para siempre , y al instante quería volverse á su aldea , donde solo , y entregado á su dolor , maldeciría toda su vida el instante en que le ocurrió enviar á su hijo á París para que fuese un sábio.

Nada pudo contenerle : suplicó al baron y á su hija que aceptasen los regalillos que traía , y los recibieron por pura complacencia : luego acompaña-

ron al virtuoso labrador, que montando en su mula y despidiéndose de ellos, tomó el camino de su país. En tanto que camina, vamos á ver cómo queda humillado y confundido el presuntuoso novio.

Volvieron el baron y su hija á su habitacion, y estaban hablando con mucho sentimiento de la vergonzosa cautela que acaban de descubrir, cuando entró Florival, rebosando satisfacciones y esperanzas, cargado de regalos para su prometida esposa. Sentaos, le dijo gravemente el baron.—Estoy muy bien así: nadie puede cansarse en servir á la bella Rosalía.—¿Con que os habeis tomado el trabajo de comprar?...—Frioleras; aunque espero que en adelante nada faltará á mi esposa para sostener el brillo de su clase.—¿Pero á qué clase esperais elevarla?—¿Qué clase? ¿pues no os he dicho que pienso comprar una plaza de consejero?—¿Para ennobleceros?—¡Cómo! yo creo que os chanceais.—No por cierto; no tengo humor de chancearme.—Pues señor, ¿no hemos hablado cien veces de estos asuntos? ¿nos hemos de ocupar hoy en tan pesadas repeticiones?—Vuestro tono galante y ligero es sin duda muy amable; pero hoy me hallo con poca disposicion para divertirme.—En efecto, señor, ese aire de seriedad...—Os anuncia la dilacion de vuestro casamien-

to.—La dilacion...—Sí, porque he formado un proyecto que sin duda aprobareis: vuestro padre permanece, según me habeis dicho, en su casa; y pues no puede venir á asistir á la boda, iremos á celebrarla en su compañía y bajo sus auspicios.—
¡Cómo!...—Mañana nos pondremos en camino.—
Señor...—Yo celebraré mucho el verle; y dos padres siempre se entiende mucho mejor.—Pero...—
Nos ayudaremos mutuamente para tolerar los disgustos de la vejez.—Sí...—Está enfermo, y necesitará sin duda de auxilios.—¿Permitís?—¡Qué placer tendreis en abrazarle! porque creo que le amais con mucha ternura: ¿no es así?—Mi obligacion...—
Sí, sí; sois un excelente hijo: mañana sin falta partiremos.—Si no sois...—Pues qué, ¿os opondriais á tan racional idea? parece que estais turbado.—Es verdad.—¿Puede desagradaros este viaje?—Pero, señor, ¿siempre ha de haber obstáculos que retarden mi felicidad? Casémonos mañana, y al dia siguiente iremos si gustais...—No, no; quiero ver á vuestro padre, y conocerle; porque tambien, si no fuera hombre sociable, con quien pudiese componerme...—¡Oh! no dudeis de que merecerá vuestra estimacion.—Así lo creo; será un hombre muy honrado.—Es la misma probidad.—¿Pues por qué

no le imitais?—¡Cómo! señor...—Sí, ¿por qué no le imitais? ¿por qué tratais de engañar á una familia que os ha recibido en su seno?—No os entiendo.—Voy á esplicarme: vos nos habeis engañado: el antiguo militar que ha hecho tantas campañas, este hombre impedido de la gota, en una palabra, vuestro padre, acaba de salir de aquí.—¡Cielos!—Ha mudado nombre y clase, y ahora es un hámilde labrador de Mamonville.—¡Soy perdido!—Nosotros le debemos la satisfaccion de conoceros, y la dicha de evitar la alianza del hombre mas pérfido, y del hijo mas ingrato. (*Florival se arroja á los pies del baron*)—¡Ah señor! ya conozco que lo sabeis todo, y que me aborrecereis entrambos.—No por cierto, os despreciamos: este es el único sentimiento que debeis esperar eternamente de nuestra parte.—El amor...—Muda de nombre y de carácter cuando destruye la naturaleza y la probidad.—Temía que no me hubiéseis dado á Rosalía si...—Muy mal me habeis conocido; pero sobre todo, me engañábais para satisfaceros.—Dignaos escucharme: todavía hay tiempo para reparar mi falta: mi padre es muy rico, y yo puedo...—Nada, señor mio; y nada teneis que esperar: nunca sereis esposo de mi hija, porque no quiero verla desgra-

ciada: sois amigo falso, y mal hijo; y así nunca seriais buen marido, ni buen padre.—Pero tanto rigor.....—Ven, hija mia; huyamos de este hombre peligroso: á Dios, señor, espero que esta sea la última vez que os presenteis en mi casa.

El baron se retiró con su hija, y Florival permaneció por algunos instantes aterrado del golpe que acababa de recibir: en fin se levantó enfurecido, y al salir encontró á Labrin asustado, que le dijo: Señor, se ha escapado...—Demasiado lo sé.

Los dos volvieron al alojamiento que había servido de cárcel á tan buen padre. Florival, desesperado, formaba mil proyectos que se destruían sucesivamente por sí mismos. En fin, al cabo de algunos días, considerando lo mal que había obrado, despidió á Labrin, á quien acusó de la mayor parte de sus crímenes. Solo, y entregado á sí mismo, no sabía qué hacer. ¿Irá á echarse á los pies del virtuoso labrador? Sí; bañará con lágrimas sus plantas, le pedirá un generoso perdon, y le obtendrá, porque Juanon le amaba ciegamente. Juanon es un padre que le colmaba de beneficios, y que sin duda está dispuesto á abrirle sus paternas brazos.

Apoyado en esta esperanza, tomó un caballo, y partió para Mamonville. ¡Qué agitado está durante

su viaje! ¡y cómo late su corazón á medida que se acerca á la granja, á aquella granja que no ha visto en tantos años! En fin, la descubre, y se detiene á pensar lo que debe hacer y decir. Pierde el color, titubea, las fuerzas le abandonan, y está para volverse. Al cabo se resuelve á entrar. Vé que muchos mozos de labranza trabajan, y les dice que quiere hablar á Juanon; uno de ellos, sin conocerle, le conduce á la presencia del respetable anciano, que quedó atónito al reconocer á su hijo. Arrojarle á sus pies, deshacerse en lágrimas, y protestar su arrepentimiento, fué para Florival negocio de un momento; pero Juanon le dejó á sus pies sin mandarle levantar, le miró con frialdad, y le escuchó impassible cuanto sugirió á sus lábios la efusion momentánea de su alma. Cuando acabó de disculparse, cargando la culpa á Labrin, ó por mejor decir, de confesarse culpable de la mas negra ingratitud, levantó los ojos hácia los de su padre, y quedó confuso de su severidad y silencio: ¿no me respondeis padre mio?

La respuesta de Juanon fué tomarle de la mano, salir con él hasta afuera de la puerta principal, detenerse delante de ella, y mostrarle con el dedo la inscripcion que habeis leído, y que ha escitado

vuestra curiosidad: ¿Qué quiere decir esto? preguntó Florival.—Esto, señor mio, quiere decir, que yo había comprado toda esta posesion en vuestro nombre; que llevaba en mi bolsillo la escritura para regalárosla el dia de vuestra boda; que la he vuelto á traer sin hablar de ello á vos ni al señor baron, y que nunca sereis dueño de mis bienes.—¡Cielos!..— Bien conoceis que sois digno de un castigo severo, por haber ultrajado á un padre que solo iba á hacer vuestra felicidad. A Dios para siempre: no me volvais á ver: os abandono, os desheredo, y os prometo todo el odio que merecen los hijos desconocidos é ingratos, y los hombres que degeneran de la virtud de sus padres.

El anciano se entró en su casa, Florival quiso seguirle; pero su padre mandó á los criados que le arrojasen como si fuera un estraño. Cinco ó seis mozos echaron fuera á empujones á Florival, y le prometieron el mismo tratamiento siempre que se atreviese á presentarse.

Florival se vió confundido y desesperado de haber malogrado, por su vergonzosa intriga, un casamiento que podia haber contraido por medio de la rectitud y honradez, con una herencia tan cuantiosa como la de su padre.

Este hijo criminal volvió á París, donde se mantuvo algun tiempo. Al fin, su pesar le causó una enfermedad, de la cual murió, llamando á grandes voces á su padre, cuya maldicion le perseguia, dejando un ejemplo terrible á los hijos ingratos que se atreven á negar, despreciar y despedazar los corazones de sus padres: Juanon, en sus últimos años, casó con una hija de un amigo suyo indigente: la dejó toda su fortuna, la cual, entre sus manos se hizo patrimonio de los pobres. La hacienda de Mamonville fué vendida, y quedó la inscripcion que recuerda el suceso de Juanon y su hijo. El viajero curioso pregunta su origen: se lo refieren, y esta narracion es una leccion útil que enseña á respetar á un buen padre, y á observar todas las leyes de la naturaleza.

Calló el labrador, y los muchachos, penetrados del interés que les había inspirado la historia de Juanon, prometieron no olvidarla jamás. Sobre todos Armando quedó mas conmovido; porque el suceso se avenía perfectamente con los consejos que su padre le había dado en orden al estado que queria tomar. Conoció tambien la fuerza de las razones que Palemon le había espuesto, y se propuso no contradecirlas nunca, viendo que de ellas dependia su di-

cha, como la de su anciano padre, y cuyas consecuencias podian ser muy funestas. Advirtió Palemon la emocion que experimentaba su hijo mayor, y se alegró del feliz efecto de los ejemplos que siempre sabia aplicar á sus lecciones. Vivía persuadido de que este era el medio mas seguro para hablar mejor al corazon y al entendimiento de sus jóvenes discipulos: y hasta ahora se ha visto que no se ha separado un punto de su plan de instruccion práctica.

TARDE XXVI.

EL COQUETISMO.

Sé prudente, sé discreta;
No altanera y caprichosa;
Pues la muger veleidosa
Que á razon no se sujeta,
La altiva y necia coqueta
Que pretende dominar,
Viene por fin á arrastrar
Su triste y mísera vida
Hasta de sí aborrecida,
Sin poderse tolerar.

Hallábase Palemon enteramente restablecido y en la granja renacía la alegría. Crecían los muchachos, y las fuertes lecciones anteriores habian mudado en gran manera su corazon, é ilustrado su juicio. Sin embargo, de cuando en cuando se notaba la diversidad de sus caractéres, como se verá despues; pero eran en la actualidad mas dóciles, mas sumisos y

mas sensibles: Palemon lo conocia y estaba muy satisfecho. He aquí, decia para sí, los felices efectos de la educacion que doy á mis hijos. Padres de familia, aprovechaos de mi ejemplo. Los que estén persuadidos de que con multiplicadas reprensiones y repetidos castigos pueden educar bien á los suyos, van equivocados; les hacen fastidiosa la moral, y sentir demasiado el yugo del poder paternal; los asustan, y son á sus ojos unos rígidos preceptores: los míos me miran como á un tierno padre y un buen amigo; buscan mi conversacion, porque mis discursos nunca son severos; no pueden pasar sin verme, porque mis miradas son dulces é indulgentes. Como la virtud debe ser siempre recompensada, y el vicio castigado, les doy las pruebas de esta verdad, y para apoyarlas, me sirvo de los estraños, atendiendo á que la moral puesta en accion por persona desconocida, hace mucha mas impresion en los muchachos, que todas las advertencias de un preceptor, y los consejos de un padre. Mas se les imprimen los ejemplos que tienen á la vista, que las máximas de la sabiduría que se les dictan con gravedad: así es como yo disfruto de su felicidad y ternura; sus ojos se fijan en los míos con dulzura; sus brazos estan sin cesar al rededor de mi cuello; sus manos

me acarician á cada instante: cuando los abrazo, siento que palpitan de amor sus corazones. Padres de familia, imitadme: sereis felices, y lo serán las inocentes criaturas que os deben el ser.

Tales eran los agradables pensamientos que ocupaban continuamente á Palemon: atendía sin descanso á la educacion de sus hijos, y cada dia encontraba nuevos motivos de satisfaccion: su infatigable vigilancia los seguia tanto en sus diversiones como en sus estudios, y en todas ocasiones encontraba medios de estudiar su carácter, conocer las pasiones que ya les agitaban, corregir sus defectos, y desarrollar en ellos el gérmen de las virtudes que descubrian: todo servía de materia á su reflexion, y nada se escondía á su vigilancia y penetracion.

¡Cuántas veces se divertía con ellos como un niño! Esgrimía el florete con Armando; jugaba al volante con Adela; seguía á Benito jugando al marro, y cuando se dejaba coger, todo era gritos y palmas de alegría, que le causaban el mayor alborozo: acompañaba á Julio en la pesca, y leía ó hacía versos con el ingenioso Leon: así es como se prestaba á sus placeres y gustos particulares, distribuyendo las horas; y cuando no concurría á las diversiones, eran mucho menos vivas y halagüeñas. ¡ Ah! ¡ qué

feliz es un padre que consigue hacerse necesario en todo á sus hijos!

Desde la disension de Benito y Adela, que tan cara les habia salido, vivian los muchachos con la mayor armonía: sin embargo, cierto dia se suscitó entre ambos una pequeña diferencia, que nuevamente dió motivos de inquietud al virtuoso padre.

Era una mañana: el tiempo estaba apacible, el horizonte despejado, y los muchachos determinaron ir á almorzar al bosquecillo de la huerta. Cada cual llegó con un gran pedazo de pan, dispuestos á despojar uno ó dos de los cerezos que crecían en este sitio. Adela vió que Armando, Benito y Leon se subieron á un árbol, y les suplicó que la echasen algunas cerezas; pero Benito la respondió: No tenemos tiempo para eso, haz como nosotros.—¿Puedo yo hacerlo? No tengo disposicion para tanto.—Pues bien, peor para tí.

El galante Julio, para quien eran leyes inviolables los menores deseos de su querida, subió á otro cerezo, diciendo á Benito: A la verdad que eres muy poco complaciente: los hombres deben ceder á los justos deseos de las damas.—¡De las damas! si: ¡de las damas como esta!—Como otra cualquiera, replicó Adela encendida de cólera: ¡miren que cor-

tesia ! si me llego á casar , no hay miedo que dé mi mano á un hombre tan grosero como tú.—¿Qué dice la señorita?—Que si continuas de esa manera, siempre serás un bárbaro.—Como baje del árbol, verás si soy bárbaro ó no.

Julio, para cortar la disputa, dirigió á Adela esta pregunta : ¿Cómo quieres que sea tu marido?—Quiero que sea dulce, complaciente, y que si tengo caprichos, se someta á ellos; en una palabra, quiero gobernarlo y que no me gobierne. Si quiero ir al baile, á la comedia, ó á cualquiera parte no me ha de contradecir, y se ha de sujetar á mi voluntad sin replicar ni una palabra.—¡ Bravo ! dijo Benito; será preciso estar siempre á los pies de madama, como á los de un ídolo.—Pues qué, ¿no lo merezco?—Calla, que eres una altanera, y nada mas.

Otra vez iba á encenderse la disputa, y nuevamente la terminó Julio diciendo algunas lisonjas á Adela; olvidó su almuerzo para atender al de esta; y la llegada de Palemon restableció la calma en todos los corazones. El anciano, que lo había oido todo, no quiso darse por entendido: vió á sus hijos encaramados sobre los cerezos; se sonrió, pidió cerezas, que le echaron todos á competencia; se sentó al lado de Adela, y almorzó tranquilamente con su inte-

resante familia. ¡Pintura encantadora que arrebató un alma sensible mas que los bellos espectáculos y los círculos brillantes!

Acabado el frugal almuerzo, todos entraron en la granja á emplearse cada cual en sus acostumbrados ejercicios. Palemon, en su cuarto, meditaba sobre lo que habia oido decir á Adela: son pequeñeces que no harian impresion en cualquiera otro padre; pero Palemon las consideraba como de mucha consecuencia: habia oido á su hija hablar de *caprichos*, *gobernar á su marido*, y otras espresiones que indicaban un genio dominante: conocía el buen fondo de su corazon, pero no queria que alimentase tales ideas. Si estos defectos se arraigáran profundamente en su alma, haría, sin duda, desgraciado al que quisiese asociarla á su destino. Por perfectos que sean los muchachos, tienen defectos que se deben corregir, á fin de que despues no degeneren en vicios. Así pensaba Palemon: su hija necesitaba un ejemplo, y él se lo presentará, sin hablarla palabra sobre los despropósitos que ha proferido. Muchas veces lo que no merece una reprension, exige una leccion disimulada, cuya aplicacion indirecta produce mas efecto que las reprensiones, cuando el sugeto á quien se dirige tiene buenos sentimientos.

Durante toda la mañana se habian ocupado los muchachos en sus ejercicios ordinarios; y hácia la tarde, Adela y Julio, paseándose junto al bosque en que se habian desayunado, oyeron cantar cerca de ellos; mas no conocieron la voz. ¿Habría venido algun forastero á visitar á Palemon, mientras ellos estaban ocupados? Quisieran informarse; pero les detiene el eco de la voz, que acompañada de una vihuela, cantaba la siguiente letrilla:

Aves inocentes
que poblais los aires;
ecos de la selva
oid mis cantares.

De mi bien amada
que en breves instantes
premiará mis ánsias
y dulces pesares,
cantára las gracias
belleza y donaire
si vuestra armonía
llegaseis á darme.

Aves inocentes
oid mis cantares.

¡Oh! cuán hechicera
se prestó á premiarme
con sus bellos ojos,
con su esbelto talle,
con su mano hermosa,
con su alma adorable,
las penas que el pecho
la rinde constante.

Ecos de la selva
oid mis cantares.

¡Oh santo himeneo!
tú que voluntades
enlazas por siempre,
tu antorcha á alumbrarme
prepara afectuoso,
que ya en homenaje
le rindo á tu yugo
mi cerviz amante.

Aves inocentes
oid mis cantares.

Y tú, dulce hechizo,

zagala admirable,
que entre mil pastores
quisiste ensalzarme,
ven, que ya en el templo
las antorchas arden;
los himnos ya entonan
pastoras, zagales.

Y aves inocentes
que pueblan los aires,
unen sus gorgoros
á nuestros cantares.

Adela y Julio quedaron prendados de la gracia con que el desconocido había cantado: lo descubrieron, se le acercaron, y él se mostró como algo resentido de que le hubiesen escuchado; mas al fin les dijo: ¿Sois por ventura hijos del virtuoso agricultor que tan generosamente me ha hospedado?—Sí, respondió Adela; y tambien tenemos otros tres hermanos.—Si se os parecen, serán ciertamente muy amables.—Mil gracias por el favor; ¿pero cómo es que?...—¿Os admirais de verme aquí? verdad es que no he tenido el honor de hablaros cuando entré en la granja: sabed, pues, que ahora poco, á muy

corta distancia, mi silla de posta, que dirigía yo mismo, ha volcado y se ha roto: vuestro padre advierte mi caída, vuela á socorrerme, y me ofrece un asilo en su casa, hasta tanto que mi silla se componga: he aceptado su ofrecimiento, y me paseo aquí; pero el placer de meditar me ha enagenado de tal suerte, que no he reparado en que la noche se acerca: vámonos juntos á casa, pues para mí será un placer el disfrutar de vuestra compañía.

Siguió el forastero á Julio y Adela, y llegaron á la granja cuando ya estaba el anciano con los demás hijos en el terrazo. Palemon presentó á su familia al nuevo forastero, repitiendo lo que Adela y Julio ya sabían, añadiendo: Cuando un caminante se ve en tal apuro, me obliga á ofrecerle mi casa y mis obsequios: me lisongeo de que no se ausentará tan pronto, porque los trabajadores que están componiendo su silla me han asegurado que necesitan todo un dia para ponerla en buena disposicion; tal vez esta tardanza será desagradable á nuestro huésped; pero nos esforzaremos en distraerle.—En vuestra compañía, respondió cortesmente el forastero, es muy fácil olvidar tan ligero accidente.—Si no es demasiada indiscrecion, quisiera saber vuestro nombre y el objeto de vuestro viaje.—Con mucho gusto

mio, voy á satisfaceros. Mis sucesos son poco interesantes; pero están complicados con otros, que me parece gustareis oír, y aun me atrevo á decir que su relacion puede ser útil á estos niños, ofreciéndoles un objeto moral, una leccion que sin duda no necesitarán; pero que nunca está demás el repetirla, para la felicidad de los hombres y aprovechamiento de la sociedad: prestadme la mayor atencion.

HISTORIA DE MADAMA DUMONT.

Eugenia hija de un rico comerciante, era una muchacha llena de orgullo y presuncion: desde sus primeros años mostraba repugnancia á las virtudes domésticas, y el placer era su gusto dominante. Siempre en la niñez se advierte el gérmen de los vicios y virtudes que tenemos en la edad madura; y el carácter se empieza á desarrollar desde que ya podemos entregarnos al juego ó al estudio. Era pues Eugenia altiva y presuntuosa, y hasta sus mismos padres no se libraban de ser objeto de sus caprichos y de su espíritu dominante. Su padre, que no había tenido vigor para sujetarla, era el que mas padecia; y procuró casarla apenas tuvo la edad conveniente. Entre varios que solicitaron su mano, obtuvo Dumont

la preferencia, por ser un jóven honrado, complaciente, tierno y de mucho ingenio. Habia visto á Eugenia, y su hermosura le inflamó tanto, que sin detenerse á estudiar su carácter se casó con ella.

Apenas Dumont se vió casado, cuando advirtió la cadena que arrastraba, y su insoportable peso. Hizo todo lo posible para que su muger conociese sus defectos y se corrigiera; pero fueron mal recibidos sus consejos. Decía madama Dumont, que no se había casado para ser esclava; y se precipitó en el abismo de toda especie de distracciones. Esta muger pasaba su vida en los bailes, juegos, espectáculos y otras distracciones. Rara vez volvía á su casa antes de las dos ó las tres de la mañana: rodeada siempre de gentes entregadas como ella á la disipacion, olvidaba los cuidados domésticos, dejándolos enteramente á cargo de su infeliz esposo. Cuando este la reprendía, exclamaba llorando, que su marido carecía de ternura y complacencia para con ella; que era un tirano, que se había casado con ella solo por tener una esclava mas, y que no era posible hallar muger mas desventurada.

Dumont sufría y callaba: para mayor tormento suyo, madama Dumont dió á luz una hija, á la que alejó al instante de su seno, contra el deseo y los

principios de su esposo. La inocente criatura fué entregada á una nodriza fuera del pueblo en que habitaba su madre; y despues pasó á poder de maestros desconocidos y alejados. Esta muger no amaba á su marido; por consiguiente, no podía querer á sus hijos. Dumont, desesperado de haber contraído un enlace tan fatal, resolvió tomar un partido muy sério. Examinó el estado de su fortuna, y despues de reducir á dinero lo poco que de ella le quedaba, hizo llamar á su gabinete á su indigna esposa, y con mucha gravedad la dijo de este modo: Señora, cuando me casé, creí hallar en vos una compañera dócil, amable y tierna, con quien pudiese compartir mis trabajos y placeres: la esperiencia me ha desengañado cruelísimamente. En vez de una amiga fiel, solo he encontrado una muger desdeñosa, inconsecuente, altiva, que se ha entregado á la disipacion, sin calcular sus facultades ni las ideas de su esposo. Siendo muger de un simple negociante, habeis recibido en vuestra casa unas gentes, que son, en vuestro concepto, de la mas alta clase: estas gentes, os han trastornado la cabeza, y habeis abandonado aun las sagradas obligaciones que os impuso la naturaleza para con vuestros hijos; en una palabra, habeis creído que vuestro esposo debía obede-

ceros ciegamente, y someterse á todos vuestros caprichos, contra el órden social, que siempre ha exigido y exige que la muger sea dirigida por su marido, el cual, así como tiene sobre sí todo el peso de la casa, debe tambien tener su gobierno: en fin, me habeis hecho infeliz hasta ahora, y no quiero sufriros mas tiempo. He ordenado la division de nuestros bienes comunes. Aquí está vuestro dote; disponed de él como gustáreis. Os dejo y me voy á América, para ver si puedo aumentar el miserable fondo que acabo de realizar. Sin duda permaneceré allí muchos años, y volveré despues á reunirme con una muger que he amado, si la edad y la esperiencia rectifican su juicio é ilustran su espíritu. No creáis, Eugenia, que os abandono para siempre; os escribiré con frecuencia, y volveré apenas me permita la fortuna reparar las pérdidas enormes que me han causado vuestras locuras, para colocar á mi hija como le corresponde. Tal es mi resolucion, de la que nada podrá apartarme.

Atónita madama Dumont de semejante proyecto, se encolerizó y prorumpió en voces y lamentos; però su marido la dejó despues de encargarla la educacion de su hija, y se puso en camino á la mañana siguiente. Ya se veía árbitra de sí misma esta

muger que tanto amaba la independendencia; y ya podía dar rienda suelta á todas sus inclinaciones y caprichos. Al principio se resintió un poco de la determinacion de su marido; pero luego se consoló entregándose mas que nunca á los placeres. Recibía en su casa las gentes de menos juicio; todo era bailes, convites y juegos, que apenas tenian la mas leve intermision: en una palabra, madama Dumont despilfarró en poco tiempo cuanto su marido la habia dejado; y al cabo de tres años se vió arruinada, abandonada de sus falsos amigos, y reducida á la mayor indigencia. Por fortuna, su marido en su última carta la decía que prosperaba en sus negocios, y que no tardaría en volver cargado de riquezas, que pondria á su disposicion si la encontraba digna de su estimacion. Madama Dumont conoció por fin el vacío que la rodeaba: se hizo traer su hija y se entregó á los dulces cuidados de madre, deseando con ánsia el momento de abrazar á un esposo á quien reconocia que habia ofendido, y cuya ausencia era para ella un manantial inagotable de amargos remordimientos: un dia...

Aquí se detuvo el desconocido, suponiendo que estaba muy cansado, y ofreció al auditorio continuar la relacion al siguiente dia.

TARDE XXVII.

LA ECONOMIA.

Si á fastuosas reuniones
 Prudente tus puertas cierras;
 Si el necio lujo destierras
 De tu persona y salones;
 Si evitas las ocasiones
 De disipar tus caudales,
 Podrás eludir los males
 De la terrible indigencia;
 Que el boato y la opulencia
 Traen resultados fatales.

CONCLUYE LA HISTORIA DE MADAMA DUMONT.

EL forastero, después de haber visitado en la mañana de este día las posesiones del virtuoso Palemon, al caer la tarde fué con todos al terrazo, y sentándo-

dose en medio de los muchachos, continuó su relación en estos términos:

Os dije ayer que Madama Dumont se había hecho juiciosa despues de la ausencia de su marido. El mal estado de su fortuna, y el proceder de los que había mirado como amigos, cambiaron en parte su carácter. Conservaba su altivez é inclinacion á las sociedades, pero carecía de medios para lueir. Dumont la enviaba á decir que estaba riquísimo, y ella le contestaba que volviese cuanto antes, pues ya era digna de su corazon, y se proponía hacerle enteramente feliz. Ya hacía dos años que se habian agotado todos sus recursos; vivía retirada y dedicada esclusivamente á la educacion de su hija. Afortunadamente, en medio de todos los lazos de la seduccion, había sabido conservar puro su honor. Dumont, aunque tan lejano de su esposa, sabía cuanto pasaba por medio de un antiguo criado que había dejado con ella al tiempo de su ausencia: y compadecido del estado fatal de su muger, determinó volver á su compañía. En la última carta la decía que iba á recoger todos sus bienes, y pasaría muy en breve á verla. Esta feliz noticia reanimó á Madama Dumont; pero viendo que habian pasado tres meses desde la carta de su marido, y que este no parecía, empeza-

ba á impacientarse, cuando un dia la sucedió un lance muy particular.

Hallábase una tarde sola con su hija en una pradera de las cercanías de París: la noche se acercaba y Madama Dumont se apresuraba á volver cuanto antes á la ciudad, cuando se la acercó un pobre y la pidió limosna. Ella sin mirarle, le dió una moneda: el mendigo inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y fué siguiéndola. Advirtiolo Madama Dumont, y le previno que se apartase; pero el pobre continuó en su seguimiento. Atónita y aun asustada de tal audácia, redobló el paso, esperando encontrar alguna persona que la sirviese de resguardo; pero el mendigo se acercó mas, la cogió la mano, y se arrojó á sus pies: ella dió un grito; mas el mendigo la dijo con dulzura: Ingrata, ¿es posible que me desconozcas? Madama Dumont le miró con cuidado, y reconoció á su esposo cubierto de andrajos, y en el estado de la mas deplorable miseria. ¡Dios mio! esclama: ¿eres tú Dumont, ó estoy soñando?—No, amada esposa, demasiado verdad es lo que miras: héme aquí arruinado, perdido y en la situacion mas lastimosa.—¿Pero cómo?... — La desgracia y la imprudencia me han conducido á este punto: había juntado dinero y géneros preciosos en América: todo

lo embarqué en un navío que ha naufragado: yo, á favor de una tabla, pude arribar á la costa mas cercana, cuyos habitantes me socorrieron. Acabo de llegar á Paris en tan miserable estado como me ves, fatigado del hambre y del cansancio: hasta ahora no habia pedido limosna: no he comido desde ayer: te he conocido cuando estabas paseando, y me he valido del medio que has visto para descubrirme á ti, darte una idea de mi posicion, y escusarte en cuanto fuese posible el sobresalto; en fin, te veo, y espero que me recomendarás á alguno de aquellos ricos amigos que eran de tu sociedad, y sin duda lo son todavia, á fin de que me proporcionen algun arbitrio para mi subsistencia.— ¡Ah! ¿qué dices? esos amigos de quienes me hablas, y que tanto tiempo me han tenido engañada, son unos viles, unos ingratos y traidores, que me han arruinado enteramente: estoy tan miserable como tú.—Pues será forzoso que de nuevo nos separemos...— ¡Separarnos! eso no; nunca lo consentiré: si hubieses conservado tus bienes los habrías partido conmigo, ¿no es así? —Puedes dudarlo? —Pues bien; yo debo partir tus penas, y ayudarte á sufrirlas; los dos estamos miserables; unamos, pues, nuestros esfuerzos para resistir el infortunio, y procuremos del modo posible dulcificar

nuestra suerte: desde hoy mismo principia verdaderamente la reforma de mis costumbres: dejémonos de mútuas reconvenciones, que no servirían sino para hacer mayor nuestra desgracia: huyamos del tumulto y corrupcion de las ciudades, trabajemos en cualquiera otra parte para vivir y educar á esta inocente criatura, hija tuya, á quien yo había inspirado ideas de orgullo y vanidad, que yo misma sabré destruir. Ven á mis brazos Dumont, y no volvamos á separarnos jamás.

Mucho enternecieron á Dumont las espresiones de Eugenia: llegaron á su casa donde halló algunos vestidos que había desechado en otro tiempo, y ahora le fueron de mucha utilidad. Eugenia, á quien este repentino golpe infundió mas ánimo y mas juicio, propuso á su marido que vendiesen los pocos efectos que les quedaban; él se conformó con esta resolucion, y verificada, ambos se retiraron á un pueblecillo cercano. Ya tenemos á Eugenia convertida en simple aldeana: ya no la adornan encages, plumas y demás frivolidades del lujo: pero recibe mayor realce su hermosura; una blanca toca cubre, como al descuido, sus rubios cabellos: un modesto corpiño dá mucha mas elegancia y soltura á su esbelto talle: en una palabra, está mucho mas apreciable que an-

tes: ya no tiene otra pretension que la de complacer á su esposo; que la ha devuelto toda su estimacion; y en tanto que este cultiva una pequeña huerta, que ha formado por sí mismo en un erial, ella va á vender la leche de una vaca que habian comprado, volviendo despues á participar de una frugalísima comida, que ella misma prepara; y por la tarde instruye á su hija en los principios de la virtud, la enseña las habilidades y labores que sabe, y entre los brazos de esta niña y los de su esposo olvida la inconstancia de la fortuna, cuya ojeriza ha experimentado: aun diré mas: estaba contentísima con su nuevo estado, y en su idea le prefería á todas las vanidades humanas, que tanto tiempo la habian seducido: disfrutaba pacíficamente las delicias de la ternura conyugal y del amor materno; vivía feliz, y no recordaba su anterior estado sino para deplorar sus pasados extravíos.

Dichosos moradores de los campos, ¡cuán envidiable es vuestra suerte! Para vosotros siempre se levanta el sol puro y sereno; y la aurora os trae la necesidad del trabajo, el apetito y la alegría. Costumbres sencillas, placeres inocentes, satisfacciones hijas de la naturaleza, todo, todo contribuye á haceros felices; ¡ah! no envidieis la suerte de los que

habitan las ciudades , pues rara vez disfrutaban los dos grandes bienes que poseeis vosotros, que son la paz del dia y la tranquilidad de la noche.

Casi un año había pasado Eugenia entregada á los afanes del campo: ni un suspiro, ni una queja había salido de sus lábios ni de su corazon. Enteramente aplicada á sus ocupaciones, no ambicionaba mas placeres: su esposo y su hija eran para ella los mayores bienes: dulce, buena, sensible y complaciente, se hacia adorar de todas las gentes de su clase, que sabian sus desgracias, y la ayudaban en todas sus necesidades.

Vivía pacífica, sin conocer la ambicion; pero experimentaba cierta inquietud, porque su esposo estaba ausente dias enteros; y cuando le preguntaba qué asuntos le separaban tanto tiempo de su compañía, se disculpaba con que su genio pensador le inclinaba á paseos solitarios, ó con la precision de visitar á algunos amigos; y por último la abrazaba estrechamente para calmar su inquietud. Como Eugenia no era celosa, no sabia á qué atribuir la conducta de su marido; mas por no affligirle contenta su curiosidad. La confianza, la dulzura, la delicadeza, todas las virtudes se ostentaban en su corazon.

Un dia Dumont no volvió: ella le esperó, aun-

que en vano, para cenar, y pasó la noche entera en la mas violenta inquietud. Amaneció el siguiente dia; se pasó parte de la mañana, y sin parecer su esposo: entregada á mil pensamientos, salió con su hija á recorrer los bosques y los prados, en busca de su marido, y en el camino se le presenta un labrador, que la entrega un billete de parte de Dumont; le abre precipitadamente: y lee las siguientes palabras:

Sigue con nuestra hija al portador, y me hallarás.

Atónita Eugenia, cumplió la orden de su esposo; hizo mil preguntas al conductor, pero este la contesta que tiene orden de no decir nada. ¿Qué significará este misterio? ¿se la preparará alguna nueva desgracia? Confió la llave de su pobre albergue á una buena vecina, tomó á su hija de la mano, y siguió al labrador, que se obstinó en guardar el mas profundo silencio. A la entrada de un camino halló una silla de posta que les esperaba: Eugenia subió á ella temblando, y despues de haber caminado mas de cinco horas, paró la silla á la puerta de un soberbio castillo, cuyo conserje, acompañado de otros dependientes, se inclinó con el mas profundo respeto al llegar Eugenia, y la dijo: Aquí

es donde está vuestro esposo; la dió la mano para subir por una magnífica escalera, y la condujo por muchas habitaciones hasta llegar á un soberbio salon: tan agitada se hallaba, que no pudo seguir andando, y á no sostenerla se habría desmayado.

Por último, se la presentó un caballero ricamente vestido: Eugenia le miró, reconoció á Dumont, y arrojándose en sus brazos, exclamó: ¡Esposo mio!—Ven, la dijo Dumont, reclinándola en un campé: ven, muger tan virtuosa cuanto arrepentida; ven á gozar la dicha que te preparan el amor y la fortuna: estás en tu casa; cuanto ves y mucho mas es tuyo, y de todo puedes disponer á tu arbitrio, como tambien de un esposo tierno y respetuoso, que te suplica le perdones el error en que te ha mantenido. La prueba que quise hacer contigo te ha vuelto toda mi ternura: ambos quedamos muy bien recompensados.

Eugenia que no sabía si estaba despierta ó soñando, exclamó: ¡Cómo! este castillo, estos muebles, el parque que he visto, y tantos criados, ¿son tuyos?—No, sino tuyos, Eugenia mia: traje de América muchas riquezas; y, hablando ingénuamente, desconfiaba de ti; temía tu ligereza, é hice esta reflexion: ella ha disipado su patrimonio en locuras y

extravagancias : tambien disipará mi caudal , por grande que sea : entonces me ocurrió la idea de presentarme á tus ojos en traje de mendigo . Durante nuestra morada en la aldea , un amigo de confianza manejaba mis asuntos , compraba en mi nombre varias propiedades : no necesitaba mas que ir á firmar de cuando en cuando , y este era el motivo de mis frecuentes ausencias : por fin , la mudanza de tu corazon y de tus costumbres me ha parecido tan sólida , que no he querido engañarte por mas tiempo . Sí , esposa mia , somos ricos ; juntamente con este castillo y sus tierras adyacentes , tienes dos casas muy buenas en París , y otras propiedades que te haré conocer . Toma posesion de tus dominios , y de tu estado rústico no conserves sino las virtudes que has practicado en todo este año .

Apenas acabó de hablar Dumont , cuando se presentaron dos camareras con los vestidos que estaban preparados para Eugenia y su hija , á quienes Dumont y todos sus dependientes prodigaban las mas tiernas caricias . Se sirvió despues una escelente comida , y la tarde se pasó en esplicaciones y examinar todas las piezas del castillo . ¿ Quién podrá referir la alegría de Madama Dumont ? Amigo mio , decía fuera de sí á su esposo , ¡ qué mutacion ! ¡ qué

feliz soy ! ¡ qué esposo tan noble es el mio ! Nunca olvidaré unos procedimientos tan finos, y procuraré merecerlos elevando mi alma hasta la cumbre de la virtud. Cumplió muy bien su palabra, pues continuó siendo un modelo de ternura conyugal y de virtudes domésticas. Como sabía lo que era el campo, amaba á las gentes que lo cultivaban; quiso vivir en su castillo, y por consiguiente no lejos de su querida aldea, haciendo felices á todas las buenas gentes de aquellos contornos. Su hija ha crecido sin apartarse de su vista, y reúne todas las perfecciones; con ella voy á casarme: sí, amigos míos; como hijo de un amigo de Mr. Dumont, he tenido la dicha de agradecer á su hija, y obtener de sus padres el consentimiento para nuestra union. Mañana pienso llegar á casa de Mr. y Madama Dumont, donde la amistad, el amor y el himeneo deben fijar para siempre mi felicidad. Mucho celebraré que os haya interesado la historia de Eugenia, la cual cuenta sus sucesos con la mayor franqueza, haciendo una sencilla confesion de sus defectos; su hija tiene en ella una viva leccion de moral, para arreglar su conducta con el esposo que se la prepara: ved si seré feliz con una jóven tan bella y virtuosa, y que ha tenido tan buenos ejemplos á su vista.

Gran placer causó á nuestros muchachos la relación del viajero, y Adela se propuso refrenar su amor propio con la mayor escrupulosidad. Al día siguiente se despidió el forastero de Palemon, y nuestra familia se entregó á sus acostumbrados ejercicios.

TARDE XXVIII.

EL DESPRENDIMIENTO.

El hombre que de cristiano
Se precia, y la caridad
Ejerce sin vanidad,
Nunca abandona á su hermano.
Con esmero sobrehumano
Le remedia en la indigencia;
Y si quizá en su conciencia
De proteccion y favores
Le es deudor, otros mayores
Le prestará su prudencia.

Los rigores del invierno interrumpieron las alegres reuniones del emparrado, sustituyéndolas por las serias veladas que pasaban dedicados cada uno á aquellos ejercicios y labores que mas convenientes les parecieron. A la vuelta de la primavera anunció Palemon á sus hijos que apenas el tiempo lo permiti-

tiese, volverían á los mismos recreos instructivos del año anterior.

Por fin, una mañana anunció á su familia que aquella tarde habría reunion en el terrazo, y no dejaría de llevar el libro grande, donde ya se leyó la historia del buen Gerardo y su amigo Dulis: en él buscaremos, les dijo, alguna historia moral, pero divertida, que nos entretenga al paso que nos instruya.

Los muchachos hicieron mil estremos de alegría; corren á sus respectivos estudios, pero suspiran por la llegada de la tarde, que debe ser el principio de sus antiguas satisfacciones. Entre tanto llegó la hora de comer, y Palemon se presentó en la mesa taciturno, dando muestras de alguna oculta inquietud; suspiraba, y no podía tomar alimento: los muchachos advirtieron su alteracion, pero respetando el dolor de su padre, no se atrevieron á preguntarle la causa, y se revistieron de una seriedad muy conforme á la melancolía de su padre, pareciendo que el disgusto que le oprimía había pasado á sus tiernos corazones. Se miraban unos á otros, y temían aparecer indiscretos si aventuraban la mas leve pregunta: al fin su padre les habló en estos términos:

Hijos míos: os había prometido emplear una

gran parte de la tarde en alguna lectura agradable; pero no puedo cumplir la palabra; porque no podré acompañaros; procurad divertir os útilmente, que yo quiero quedarme solo en mi cuarto, y entregarme enteramente á mis tristes reflexiones.

Armando se arriesgó á decirle: ¿Pues qué teneis, padre mio? ¿os ha sucedido alguna desgracia repentina? Esta mañana, y aun ahora poco, estábais tranquilo, y brillaba la alegría en vuestro semblante; decidnos, ¿qué teneis? Nadie ha venido que haya podido daros una mala noticia.—¿Nadie, hijo mio? ¿pues el mayoral no me ha traído una carta?—Es verdad, no me acordaba; yo mismo os la entregué; y si hubiera sabido que podía ser causa de vuestro disgusto, no os la hubiera dado.—Hijo mio, perdono tu imprudencia á favor del motivo que la ocasiona: ¡sustraer una carta á su padre! ¡qué horror!—Perdonad, porque si yo...—Basta: acabo, hijos míos, de recibir una noticia desagradable, que debo comunicaros; y aun deseo saber vuestro parecer acerca del modo con que debo proceder en este asunto: atended.

Soy hijo de un labrador de corto caudal. Murieron vuestros abuelos cuando, sobre poco mas ó menos, tenía yo la misma edad que Armando. Rocogí

mi corta herencia; pero no me bastaba para comprar una granja, y ponerme á la cabeza de una casa: ¿qué había de hacer en tales circunstancias? trabajar toda mi vida para otros; pero no fué así, pues la Providencia, como á Pedro Deviñes, padre de los tres peregrinos, cuya historia habeis leído, me envió un bienhechor, un segundo padre.

Un día me hallaba solo en el bosque, y reclinado sobre un árbol pensaba en mi fatal situacion..... pero debo preveniros, que entonces amaba yo á vuestra madre, cuyo padre se hallaba aun mas indigente que yo, por lo que no se podía verificar nuestro enlace. Este día, pues, que lamentaba en el campo mis desgracias, un caminante que pasaba á caballo junto á mí, se detuvo á mirarme. Absorto en mis tristes pensamientos, no reparé en él hasta que habiendo desmontado se me acercó á mí, me dió un golpe en el hombro, y me dijo: ¿Qué teneis, amigo? lo profundo de vuestra melancolía ha llamado mi atencion; he conocido vuestra pena en vuestros suspiros; por eso me he acercado, y quisiera saber cómo siendo tan jóven teneis ya motivos para los dolorosos sentimientos que indican vuestras lágrimas.—Nada me preguntéis, señor, le respondí; no podeis vos interesaros en mi pe-

na, y mucho menos remediarla. — ¿Y por qué no? ¿qué sabeis si tengo intencion y medios para hacerme dichoso? á no ser que un amor desesperado..... pero en vuestra edad no es regular... sin embargo, si esto fuese, aun se podría.....—Sí señor; amo, y no puedo alcanzar el objeto de mi ternura.—¿La jóven ama á otro?—No señor; antes bien corresponde á mi cariño.—Ya, ¿con que vuestro padre será el que?...—No señor, soy un miserable huérfano.—Luego el padre de ella es el que se opone.—Sí por cierto; ¡es un hombre tan codicioso! sobre no dar nada á su hija, quiere que el que sea su yerno tenga mucha hacienda.—Y vos ¿nada teneis?—Muy poco. —¿Y cuánto dinero necesitais para casaros?

A esta pregunta miré con mas atencion al forastero, como para preguntarle si su intencion era el burlarse de mi desgracia; porque estaba muy lejos de pensar que pudiese ofrecerme la menor suma: entonces me dijo: ¿Por qué me mirais así? ¿os figurais que sea mi ánimo insultar á los desgraciados? Cuando os pregunto qué necesitais para obtener la mano de vuestra amada, ¿creeis que es para engañaros, ó para daros aquí mismo néciamente el dinero, sin informarme si merecis mi proteccion?

Amigo mio, yo exijo confianza, y nadie ha dejado de tenerla conmigo.

El tono áspero con que pronunció estas palabras me intimidó; conocí que había ofendido la delicadeza de este hombre, y sin responderle hice un movimiento para retirarme; lo advirtió él y me preguntó: ¿Vivís en esa aldea que se descubre desde aquí? —Sí señor, le respondí.—Podeis marcharos.

Eché á andar, y él me siguió, llevando su caballo del diestro. Llegamos al pueblo sin habernos hablado una palabra, y á su entrada me preguntó cómo me llamaba: yo que no tenía motivo para ocultarle mi nombre, le dije: Me llamo Palemon, y aquella humilde choza es mi albergue.

Dejóme, y por espacio de algunos dias no le volví á ver; mas una mañana que iba á salir á mi trabajo, me dijeron que me esperaba en su casa el notario del pueblo. No sabiendo qué podia querer de mí el notario, dudé si iría á verle; pero al fin me resolví, y quedé sorprendido al hallarle acompañado de mi desconocido, el cual, corriendo hácia mí, me dió un estrecho abrazo, diciendo: Estoy informado de vuestras cualidades, y sé que por ellas sois generalmente estimado en esta comarca: hallándome gravemente enfermo, hice voto de dotar, si sa-

naba, á un matrimonio virtuoso, y no puedo cumplir esta obligacion mejor que ofreciéndooos veinte mil libras, que hacen la cuarta parte de mis bienes...—¿Cómo, señor?—Sí, amigo mio; me veía á las puertas de la muerte, y prometí á Dios lo que he dicho; vos sereis el agraciado con mi promesa. El padre de Justina, á quien he hablado, vendrá luego con su hija, y yo haré vuestra felicidad, comprando para vos la granja de los tres olmos, y casándoos con la que amais.

Aturdido de tan impensado suceso, quedé sin poder pronunciar una palabra y casi sin sentido, entre los brazos de mi bienhechor, cuando se presentó Justina acompañada de su padre, el cual me dió el título de hijo y de amigo. El notario estendió nuestro contrato y la escritura de adquisicion de la granja, que es esta misma que yo he aumentado despues considerablemente; y el forastero, que se llama Mr. Delacour, se despidió de nosotros, despues de haberlo pagado todo, sin querer decirnos ni su estado, ni el lugar de su residencia, para evitar, segun dijo, hasta nuestro agradecimiento, del cual nos dispensaba por no haber hecho mas que cumplir con su obligacion.

—¿No es este, hijos míos, un hombre raro? muy

pocos se hallan en el mundo que se le parezcan. En fin, vuestra madre y yo no volvimos á saber de él, á pesar de las muchas diligencias que hicimos para ello; y aun permanecería yo en la misma ignorancia á no ser por la carta que he recibido, que me pone en la mayor consternacion: oid su contenido, y juzgareis despues segun vuestros alcances.

«Muy señor mio: Creo que no habreis olvidado
»al hombre generoso que os casó dotándoos en vein-
»te mil libras; por esta razon debo participaros que
»además de hallarse agobiado con el peso de mu-
»chos años, y rodeado de cinco hijos que todavia
»no están en disposicion de poder socorrerle, acaba
»de ser arruinado á causa de una quiebra frau-
»dulenta: su familia está poseida del mas intenso
»dolor: no debo deciros mas sabiendo, como sé, la
»delicadeza de vuestros sentimientos. Venid á ver-
»me, y dispondremos juntos los medios mas á pro-
»pósito para el alivio de mi amigo Delacour, á quien
»yo nada puedo dar por la estrechez en que me ha-
»llo. Él no sabe que os escribo, pues he descubierto
»vuestra habitacion y la conducta de mi amigo para
»con vos, registrando sus papeles para examinar si
»le quedaba algun recurso; pero no tiene ninguno.
»Una nota de lo que os dió, me ha instruido de to-

«do. No dudo de vuestro agradecimiento (pues no puede faltar en un hombre tan honrado) como el único recurso de este infeliz. París etc.—*Ber-tier*.—Calle de Harley, núm. 30.»

Me parece, hijos míos, que en semejante caso tengo obligacion de volver á Mr. Delacour las veinte mil libras que me dió.—No hay duda en ello, exclamó al instante el jóven Leon, á quien su padre sonriéndose, dijo: Bien debia yo esperar que este fuese tu dictámen; los artistas y literatos generalmente son desinteresados; pero reflexiona, hijo mio, que no tengo esa cantidad, ni puedo proporcionármela sino vendiendo esta granja, que pensaba dejaros.—Es preciso venderla, padre mio, dijo Adela; las deudas de la gratitud son sagradas.—Poco á poco, contestó Benito, porque antes es preciso examinar si esto es ó no deuda.—Deuda es, dijo Julio; ¿no es un dinero adelantado?

BENITO.

Dado.

ADELA.

Prestado.

LEON.

Para un hombre como nuestro padre, es un dinero puesto á ganancia.

JULIO.

Adelantado, dado ó prestado, son para mí en este caso una misma cosa, porque Mr. Delacour no debía esta suma á mi padre; y todo lo que se recibe no perteneciéndonos, se queda á deber.

BENITO.

Pues qué, ¿un hombre no puede hacer lo que quiera de su dinero? Conforme se lo dió á mi padre, pudo muy bien enterrarlo.

LEON.

Es verdad, y la tierra le hubiera sido mas agradecida que tú, pues se lo habría devuelto.

BENITO.

¡Buen modo de responder! Leon, yo no quiero decir....

ARMANDO.

Todos disputais, y para ello no consultais la razon. Si padre lo permite, diré libremente mi parecer, aunque no sea muy del agrado de Adela, Julio y Leon.

PALEMON.

Habla francamente, hijo mio.

ARMANDO.

Pues señor, vos no habeis ido á buscar á este hombre tan digno de estimacion; nada le habeis pe-

dido: él os ha ofrecido, y aun en cierto modo, precisado á aceptar en virtud de la legitimidad del motivo que le hacía obrar; él había hecho un voto, y lo cumplió en beneficio vuestro; no habeis contraido deuda alguna, porque apenas hizo el voto ya aquellos bienes no le pertenecian, y eran matrimonio del que eligiese para entregárselos, que fuistes vos por casualidad. Si Mr. Delacour os hubiese dicho al ponerlos en vuestras manos: Cuando me halle necesitado os los pediré; y vos hubiérais prometido entregarlos, en el dia teníais que desprenderos de todos; pero no ha sido así: nada habeis prometido, ni creo que os hubiérais atrevido á prometer el restituir lo que los sucesos inciertos podian hacer imposible. El contrato de adquisicion de vuestra granja, ¿contiene alguna cláusula que espese ser un adelanto, préstamo, ó cosa semejante de Mr. Delacour? ¿os compromete á alguna restitucion? no por cierto: luego en razon y conciencia, á nada estais obligado sino al agradecimiento regular, y así podeis enviarle los socorros pecuniarios que pudiéreis sin arruinar vuestra hacienda: esta es mi opinion.

BENITO.

Esto sí que es hablar: y sin decir cosas picantes: ¿lo oyes Leon?

LEON, *meneando la cabeza.*

Ya lo oigo ; pero todo eso me parece mas especioso que verdadero.

PALEMON.

Habla, pues ; espílicate mas claro.

LEON.

Temo desagradar á mi hermano Armando.

ARMANDO.

No, amigo mio ; por nada me resentiré.

PALEMON.

En el exámen de un asunto, cada cual tiene libertad para esponer su dictámen : dime , pues , qué es lo que hallas especioso mas que verdadero en el parecer de tu hermano.

LEON.

Dice Armando que apenas hizo el voto Mr. Delacour , ya no eran suyas las veinte mil libras ; pero por eso ¿eran vuestras ? no : procurásteis saber la residencia de este hombre generoso ; ¿y qué fin os movía á ello ? me parece que el de reintegrarle algun dia lo que os había dado : luego sin duda conocíais que esta suma en rigor no era vuestra ; y así, el volvérsela me parece un acto de justicia. ¿No os casásteis con este dinero ? ¿no habeis triplicado con él vuestra hacienda ? Estas solas razones os empañan

mas á la restitucion: los que piensan de otro modo, no conocen la delicadeza, ni recuerdan que deben responder ante el Criador de todos los extravíos de probidad y reconocimiento, y que la ingratitud es el mas vil y despreciable de todos los vicios que caben en el corazon humano.

PALEMON, *sonriéndose.*

¡Mucho se inflama nuestro jóven poeta! pero no piensa que para restituir es forzoso que yo me deshaga de esta granja que amo, que fué mi asilo nupcial, cuna de mis hijos, quienes debian trasmittirla á los suyos como su antiguo paternal albergue. Si no puedo acabar en ella mis dias, conozco que el dolor apresurará mi muerte.

BENITO.

¿Lo ois, señor Leon?

ARMANDO.

Conservadla, padre mio.

ADELA.

Tomad prestado sobre ella, porque es preciso restituir.

PALEMON.

¡Pasaba en ella dias tan felices! me complacia en perfeccionarla; todos sus árboles los he plantado yo mismo.

ADELA, JULIO Y LEON.

Pero debéis veinte mil libras.

PALEMON.

Cuando la muerte, me decía á mí mismo, haya descompuesto mi ser, junto á la cuna de mis hijos se colocará mi sepulcro. Allí, en medio de aquellos empinados álamos, en las orillas de aquel arroyo coronado de sauces, me elevará un monumento la piedad filial; grabarán en él mi nombre, y en cierto modo me hallaré todavía presente en el lugar donde instruí su juventud: ¿y he de privarme de tan dulce esperanza?

ADELA.

Pero ¡aquel anciano, padre mio, aquel anciano indigente!

JULIO.

Se halla enfermo, arruinado, y es muy digno de compasion.

LEON.

Tiene hijos, cuya herencia está en vuestro poder.

BENITO.

Nada tienen aquí que reclamar.

ARMANDO.

Se les puede auxiliar sin arruinarse.

PALEMON.

Mucho me alegro, hijos míos, de la franqueza con que os habeis explicado, pues ella muestra la confianza con que me tratais. Voy á reflexionar la conducta que debo observar, y correspondiendo á vuestra ternura, os participaré mi resolucíon: esta tarde os reunireis en el terrazo...

ARMANDO.

Pues qué, ¿no estareis con nosotros?

PALEMON.

Sí, sí; iré un rato; procuraremos distraernos, y tal vez en medio de vosotros olvidaré el nuevo cuidado que causa mi inquietud.

Todos los muchachos á competencia abrazaron á su padre, y despues cada uno se retiró á su respectiva tarea. Palemon se encerró en su cuarto, donde reflexionó sobre la esperiencia que había hecho del modo de pensar de sus hijos, y se proponía dar una nueva leccion á aquellos cuya opinion no le había gustado: pronto veremos si la de Armando ó la de Leon se llevaron la preferencia.

A la hora que el padre les previno se reunieron los muchachos, y se preguntaron recíprocamente si alguno de ellos había visto á Palemon: no ha salido todavía de su cuarto, se respondieron unos á otros.

Se miraban inquietos, y no podían entregarse á sus juegos acostumbrados. Iban á pasar una tarde muy enfadosa si Dios no lo remediaba. Por fortuna la buena vieja Marcela se les presentó con un hombre muy bien vestido, que daba el brazo á una muger jóven, la cual traía un niño entre sus brazos. Armando preguntó á Marcela quiénes eran aquellas gentes; y ésta le respondió: Son unos caminantes perdidos y cansados: no vemos aquí otra cosa: ya no falta sino poner una muestra sobre la puerta de la casa, para que sepan todos que es una posada comun. Poco á poco Marcela, dijo Leon: sabed que la hospitalidad se convierte en insulto cuando no se franquea con buena voluntad: nada digais á mi padre, porque está ahora ocupado; despues verá á nuestros huéspedes cuando baje; lo que importa es que les traigais algun refresco, y les dispongais cuarto.

Marcela se retiró, regañando y diciendo entre dientes: ¡Hola! ¡qué tono toma ya este picaruelo! Armando invitó á los caminantes á sentarse en medio de sus hermanos, y la jóven Adela tomó en su regazo al niño para descansar á la madre, que parecía muy fatigada: el mismo Armando preguntó al hombre: ¿venís de muy lejos?—De Auvernia: hace doce dias que salí de allí con mi esposa y el niño

que ella misma cria. No habiendo podido alcanzar el coche público en la ciudad inmediata, hemos resuelto ir á pié hasta el primer pueblo, del que mañana debe salir otro carruage; pero nos hemos extraviado en el bosque, y sabiendo que todavía tenemos que atravesar otro, viendo acercarse la noche nos hemos tomado la libertad de llamar á vuestra casa, para pedir albergue á vuestro padre.

Y os le concederá gustoso, dijo Leon, y nosotros tambien; porque es una obligacion que nos complacemos todos en cumplir.—Menos vuestra ama de gobierno.—Es verdad; pero no se la hace caso: á veces es insufrible; algun dia tengo de hacer una sátira contra ella.—¿Una sátira? ¡hola! ¿con que haceis versos?—Sí señor, responde Benito, hace versos; ha dado en esa manía: nosotros tambien los haríamos, pero no queremos ridiculizarnos.—¡Ridiculizarse! contestó el forastero; ¿á la poesía llamas ridiculez? pues yo no tengo vergüenza de confesar que tambien algunas veces incurro en esa ridiculez.—¿Con que componeis versos? repuso Leon, lanzando una terrible mirada á Benito.—Algunas veces los hago, amigo mio; pero no es esta mi principal ocupacion. Mi profesion es la pintura.—¡Oh qué bello arte! ¿y venis de Auvernia? ¿Se pinta tam-

bien en ese pais?—Como en todos los demas; y puedo deciros que pintando las bellezas naturales, que abundan en su comarca, encontré á mi querida esposa: sí, amada María, á mis pinceles debo tu posesion.

Entonces los muchachos rogaron al estrangero que mientras venia su padre les contase cómo se había hecho su casamiento por medio de la pintura. Convino el estrangero; pero habiéndose presentado Marcela con algunos refrescos, la jóyen esposa del pintor pidió licencia para retirarse al cuarto que les estaba destinado, á fin de dar de mamar á su niño y aviarle: salió pues con Marcela; los muchachos rodearon al pintor, que principió su historia en estos términos:

HISTORIA DE LA FAMILIA DE AUVERNIA.

Nací en París: mi padre, que se llamaba Vertpré Dermevil, no tenia mas hijos que á mí, y hacia muchos años que se hallaba viudo. Despues de haber traficado largo tiempo, dejó su primera ocupacion, en la que adquirió bastante riqueza; pero no creyéndola suficiente para establecer á su hijo; se dedicó al cambio de letras. Me dió una esmerada educacion;

la música, la esgrima, el baile y el dibujo ocupaban los ratos ociosos que me permitía el estudio de las letras humanas que seguía en una casa de pensio-nistas. Adelantaba bastante en todo; pero mi ca-rácter melancólico, mi afición á las maravillas de la naturaleza, y mi inclinación á la soledad, me deci-dieron por la pintura, á la que me entregué esclusi-vamente. No podía sospechar que un arte que cul-tivaba por gusto, había de ser algun día mi único recurso para subsistir, aunque verdaderamente, tales cosas suceden con frecuencia en el mundo.

Tenía veinte años, y no trataba sino de pintar y hacer versos, que eran mis dos inclinaciones domi-nantes: no pensaba en tomar estado alguno, ni mi padre me había hablado de ello jamás; antes bien, enorgullecido con mis progresos, no hacía sino es-timularme á continuar mis ocupaciones. Observé que hacía algun tiempo que estaba muy triste; conocí que le dominaba algun grave cuidado, y un dia me atreví á preguntarle qué era lo que le afligía; pero la respuesta que me dió fué el derramar algunas lá-grimas, dejarme y encerrarse en su gabinete. Creí que aumentaría su aflicción con preguntas impor-tunas, y por respeto reprimí mi curiosidad. Como yo pasaba muchos dias y noches enteras pintando ó

leyendo, una de ellas, que estaba embebido en las poesías de *Osian*, oí mucho ruido en el gabinete de mi padre, cuyas ventanas se hallaban enfrente de las mias. Nada podía ver por estar echadas las cortinas; pero la luz se movía continuamente; se oía el ruido de abrir y cerrar gabetas, de rasgar papeles, y quejarse amargamente. Asustóme su estado, me acerqué á la puerta del cuarto, llamé dándome á conocer, mas no me respondió; por lo cual me retiré, resuelto á madrugar para hablarle; pero la fatiga y el desvelo de algunas noches que había perdido, me sepultaron en tan profundo sueño, que no me desperté hasta las nueve de la mañana, á cuya hora sentí que llamaban á la puerta de mi cuarto.

Abri y entró Contois, criado de toda nuestra confianza: parecía agitado de alguna grave inquietud; traía un billete en la mano, y me le alargó diciendo: Leed ese papel, y seguidme; abajo tengo dispuestos dos caballos; no hay que perder ni un momento. Tomé temblando el papel, que decía así:

«Varias quiebras fraudulentas, hijo mio, son
»causa de la mia; me veo perdido y te confundo en
»mi ruina: sigue á Contois, quien te conducirá
»adonde me hallo.»

Quise volver á leer el billete; pero me lo estorbó

Contois, diciéndome: Vamos señor, que ya estan allí.... — ¿Quiénes?— Los esbirros, los escribanos, los diablos, ¿qué se yo? toda la caterva de ministros infernales.— ¿Pero á dónde vamos? ¿dónde está mi padre?— Muy lejos de aquí; pero le alcanzaremos.

Y sin tomar mas que las poesías de Osian, que aun estaban abiertas, montamos á caballo y no paramos dia y noche hasta llegar á Moubrin en el Borbonés, donde hallé á mi padre, á quien la pesadumbre tenía ya á las puertas de la muerte: Hijo mio, me dijo, en esa cartera hallarás el estado de mis negocios; liquida mis cuentas: nada te quedará, pero tienes talento y sabrás aprovecharte... Lo que mas siento, continuó, es mi desdichado... no... no... te avergonzarías de ser hijo mio... y sin decir una palabra mas espiró dejándonos en la duda de lo que podría significar aquel secreto que no pudo desprenderse de sus lábios. Volví á París, reuní los acreedores, realicé los créditos, satisface á todos, y vinieron á quedarme poco mas de cien doblones.

Terminados todos mis negocios en París, quise visitar el sepulcro de mi padre, y despues me propuse recorrer la Auvernia y tomar de sus montañas los mas bellos paisages. Estando en la parte mas árida de aquella comarca, un dia se exaltó de tal

modo mi imaginacion recorriendo aquellos hermosos puntos de vista, que no advertí que la noche se adelantaba, y ya era bien oscuro cuando recordé que me hallaba en un lugar solitario lejos de la carretera; eché á andar con ánimo de buscar el camino, pero á cada paso me separaba mas de él. Por fin vi una luz, y dirigido por ella llegué á una cabaña que vi abierta, y dentro cinco personas cenando al rededor de una rústica mesa. Un caminante extraviado, les dije, implora vuestra generosidad para obtener un asilo.—¿De veras? preguntó el amo de la cabaña. ¿De veras os habeis perdido? ¿no traeis armas?—Mis armas son estas, dije enseñándole los pinceles.—Querida mia, me parece hombre de bien; vaya, quedaos y perdonad nuestro recelo, porque andan por aquí muchos pícaros, y estamos lejos de poblado: María, trae un vaso; y vos, señor pintor, sentaos á nuestra mesa.

María era su hija mayor, la miré y el amor penetró por primera vez en mi corazon: vedla aquí; ahora es mi esposa.

María, como os iba diciendo, se levantó, y con la mayor afabilidad y modestia me presentó un vaso, y yo me senté en medio de aquellas buenas gentes. La cena fué alegre y luego...

Al llegar á esta parte de la narracion del viaje-
ro llegó Palemon , y como advirtió que Vertpré y su
muger estaban fatigados , los obligó á retirarse á
descansar , rogándoles se quedasen un dia mas en
su casa , á lo que accedieron. El resto de la tarde le
emplearon los niños en juegos inocentes á presencia
de su padre , quien nada les dijo de lo que habia
resuelto acerca del asunto de Delacour.

TARDE XXIX.

LA DELICADEZA.

El hombre de pundonor,
 Generalmente apreciado,
 Es bien querido y estimado
 Con distinguido favor.
 Si algún impío rigor
 De la suerte le persigue,
 Sobreponerse consigue
 Con solo su buen obrar
 Y siempre llega á encontrar
 Quien sus desgracias mitigue.

QUEDÓSE Vertpré, como había prometido, y entre-
 tuvo la mañana hablando á los hijos de Palemon de
 las pintorescas montañas de Auvernia y mostrándoles
 sus dibujos, que se alegraron mucho de ver, porque
 era materia en que podían dar su voto, y no pudie-
 ron menos de hacer justicia al mérito de su huésped.

Por la tarde continuó este la narracion de sus aventuras de Auvernia, del modo que sigue:

CONCLUYE LA HISTORIA DE LA FAMILIA DE AUVERNIA.

Luego que hubimos terminado la cena, Santiago, que era el jefe de aquella familia, alto, seco, como de unos cincuenta años, me preguntó: ¿Sois de Auvernia?—No amigo mio, soy de París.—¿De París! bien conozco esa ciudad; allí fui aguador mas de veinte años... y me acordaré toda mi vida, añadió suspirando.—¿Qué, habeis experimentado allí algunas desgracias?—Una sola, pero que vale por muchas.—¿Quereis contármela?—Mucho mal me hizo cierto sugeto, muy ingrato fué para conmigo, pero no deshonraré su nombre. No hubiera creído en él semejante maldad. Dios le perdone.

No quise insistir en mis preguntas, felicité á la madre por el buen órden en que tenia la casa, por la compostura que observaban á la mesa sus dos hijos pequeños, y sobre todo por la belleza y modestia de María, á quien me pareció no serla yo tampoco indiferente; mandaron á esta que cantase á estilo del pais, y sin hacerse de rogar, cantó lo que vais á oír:

Escúchame Perico
un momento no mas,
te diré los amores
de Benita y Colás.

Encontróla en las heras
el dia de San Blas,
y dijo que la amaba
cada vez mas y mas.

Que sus ojos azules,
su gracia en el andar,
y su cara de cielo
loco le volverán.

Y su saya encarnada,
pañuelo de madrás,
jubon de terciopelo
y cintas y collar,

Quítanle el blando sueño
y el dulce descansar;
pónenle cabizbajo
y le hacen delirar.

Al verle tan garrido,
tan majo y tan galan,
prendóse de él Benita,
amóle con afan.

Dijole la muchacha :

si te quieres casar,
dos vacas y un pollino
mi madre me dará.

Concertóse la boda
allá para San Juan,
y en tanto bailan juntos
si hay danza en el lugar.

Y á la fuente por agua
siempre juntitos van,
y á casa de Benita
de noche vá Colás.

Ahora dime, Perico,
¿pór qué, como Colás,
á tu amada Maruja
no vienes á buscar?

Tambien me rogaron que cantase alguna cosa á estilo de París, y por complacerlos canté lo siguiente:

¿Quién resiste al amor cauteloso
Cuando en forma gentil se presenta,
Y beldad natural solo ostenta
Despojada de ornato fastuoso?
¿El que huyendo del Dios azaroso

Las ciudades dejar solo intenta,
 Y en los campos sus reales asienta,
 Piensa incauto salir victorioso?

Qué, en los montes, los valles, los prados
 ¿No hay preciosos semblantes de rosa?

¿No hay luceros de vista alevosa
 Que nos matan si miran airados?

Y si afables se bajan templados

¿Qué no vence su vista amorosa

Si la anima sonrisa graciosa

Que derrita los pechos helados?

Despues me condugeron á una estancia donde hallé una aseada cama, y dormí hasta el dia siguiente. Apenas se levantaron en la casa me vestí y quise despedirme; pero se opusieron á mi partida. ¿Qué prisa teneis? dijo Santiago; permaneced entre nosotros algunos dias, y dibujareis cuanto os acomodé; el país no es hermoso por aquí, pero iremos á San-Flour donde la naturaleza se ostenta en toda su belleza; yo os acompañaré, y tambien mi hija María, que es una buena muchacha á quien ya hubiera casado; pero son aquí tan pobres las gentes de nuestra clase! — Y vos, Santiago, sois rico? — No por cierto; ¿pues si yo fuera rico exigiria que lo fuese

mi yerno? Pero si yo nada tengo ni mi yerno tampoco, mi hija, que es lo que mas me importa, no puede ser feliz... Con que ¿os quedais ó no?

La filosofia natural de este hombre me agradaba; ningunos negocios me acosaban, y como por otra parte María habia hecho tan profunda impresion en mi alma, resolví quedarme algun tiempo entre aquellas buenas gentes. Todos los dias salia á recorrer la comarca, acompañado de Santiago ó Luis su hijo, ó de María que era lo mas comun. Estuve asi ocho dias; despues me rogaron permaneciese otros quince, y yo no sabia separarme de tan apreciable familia. Me interesaba tanto principalmente la buena María, que consultando sériamente con mi corazon, ví que estaba perdidamente enamorado de ella: si reflexionaba sobre mi situacion ¿podia prometerme alguna brillante alianza yo, pobre huérfano, sin parientes, sin amigos y condenado por el deshonor de una quiebra á una perpétua oscuridad? María era jóven, bella, virtuosa; yo la amaba; si ella me correspondia y el padre daba su consentimiento ¿por qué me habia de avergonzar de enlazarme con unas gentes honradas?

Un dia que yo estaba entregado á estas reflexiones, se acercó á mí María y me dijo: ¿Qué teneis?

parece que derramais algunas lágrimas.—Sí, María, lloro y vos sois la causa.—¿Yo? ¡Dios mio! pues á mí me sucede algunas veces lo mismo.—¿Y seré yo quien haga derramar esas lágrimas? ¿os habré desagradado?—No por cierto; si fuera así no lloraría: y yo ¿os he dado algun disgusto?—Al contrario, no hay cosa que yo ame mas en el mundo.—Yo no había amado nunca, y ahora amo demasiado.—¿A vuestros padres y hermanos?—Eso por supuesto; pero tambien se puede amar á un amigo... y viéndoo me parece que tengo un hermano mas... un... —¿Un esposo?—Puede que sí.—¿Quereis ser mia?—Con todo mi corazon.—¿Y vuestro padre?—Quiere que sea feliz y le diré que no puedo serlo sin vos.

María era franca y sencilla como la naturaleza, y cuando llegó Santiago, dejando aparte toda timidez, le dijo:—¿Me amais padre mio?—Ya lo sabes.—¿No me habeis prometido un esposo?—Cuando encuentres un hombre digno de tu amor.—Pues ya le he encontrado; presente le teneis.—Muchacha ¿estas en tu juicio? ¿Crees que el Sr. Vertpré quiera desacreditarse?—¡Desacreditarme! exclamé yo; señor Santiago ¿es posible que me atribuyais un orgullo que no tengo?—Pero nosotros no somos mas

que unas gentes...—Muy honradas, á quienes yo amo y respeto.—Pues bien, vamos al caso: ¿os agrada mi hija?—Si señor; infinito. —Bueno, eso es lo principal: otra cosa... vuestra familia...—Soy solo, no tengo padrés ni parientes, ni mas amigos que vos, si quereis serlo.—Lo que es amigo siempre; pero antes de ser suego quiero que sepais mis intenciones. Ya os dije el otro día que soy pobre, y queria que mi yerno tragese algun poquito de dinero.—¿Y cuánto sería bastante?—Si tuviérais siquiera cien doblones...—Pues justamente los tengo: contad, Santiago, la cantidad que hay en ese bolsillo.

Santiago contó el dinero, lo volvió á poner en el bolsillo y me le devolvió diciéndome que mas adelante me diría los motivos que tenía para exigir precisamente esta cantidad. En seguida abracé á mis nuevos parientes; quedó aplazada la boda para de allí á tres días, y todos se ocuparon en hacer los preparativos necesarios. Santiago me llamó aparte, y haciéndome sentar á su lado, me rogó le escuchase atento.

Nací, me dijo, en esta pobre cabaña, que perteneció á mi padre, el cual, habiendo enviudado, me envió á Paris, donde al principio me ocupé en hacer

recados y despues me hice aguador, consiguiendo tener muy buenos parroquianos en el arrabal de San German. Vine á mi tierra, me casé y despues volví á París, haciendo casi todos los años un viaje á mi querida Auvernia para traer parte de mis ahorros; no todo, porque mi anhelo era reunir una cantidad suficiente para retirarme al seno de mi familia. ¡Dios sabe cuánto trabajaba para esto, porque eran muchas mis tareas! Al fin, llegué á reunir la cantidad de cien doblones.

Un dia entré en casa de un parroquiano, hombre honrado, á quien yo amaba porque aunque poderoso no tenía orgullo, me daba siempre tabaco y hablaba conmigo. Este hombre estaba bastante triste; le pregunté la causa, y á fuerza de instarle á que me la digese, me confesó que á consecuencia de una quiebra de un corresponsal suyo, estaba arruinado, que tenía que hacer aquel dia algunos pagos y carecia absolutamente de fondos para verificarlo. Entonces yo, conociendo su hombría de bien y persuadido de que cuando pudiese cumpliría conmigo noblemente, saqué mi bolsa con los cien doblones que tenía en oro, y le precisé á aceptarlos á pesar de su obstinacion. Unos dias despues vine á mi tierra, y cuando regresé á París y fui á casa de aquel hombre,

me encontré con que había hecho quiebra y se había ausentado de la capital, sin que se supiese el paradero de él y de un hijo que dejó. Quise reclamar; pero como no tenía ningún documento que acreditase la deuda, me aconsejaron no hiciese tal cosa, porque sería en valde. Entonces viéndome ya sin fuerzas para el trabajo, me retiré á mi país y resolví no casar á María sino con uno que trajese en dote los cien doblones que yo había perdido. Al fin lo he hallado, por lo que me considero dichoso de haber tenido tal inspiracion.

Durante la narracion de Santiago había yo experimentado ciertos presentimientos inesplicables, y terminada que fué, rogué á Santiago dijese quién era el sugeto que tan mal había precedido con él: se resistió, porque aunque le habia perjudicado no quería deshorrar su nombre. Tantas instancias le hice que al fin, suplicándome no saliese de mis labios, como tampoco volvería á salir de los suyos, me dijo que aquel hombre se llamaba Mr. Dermevil y era negociante.

Al oír este nombre perdí el color y quedé confundido sin articular una palabra: era mi padre el que había arruinado á Santiago. Mi padre se llamaba como yo Vertpré Dermevil; pero era conocido

bajo este último nombre, y á mi generalmente me llamaban solo Vertpré. Los cien doblones pertenecian á Santiago y yo debía renunciar á mi felicidad. Tomé, pues, mi resolucion y la llevé á cabo: sali de la casa, y encontrando á Luis, hermano de María, en el camino, hice que me acompañase hasta la próxima poblacion, que solo distaba media legua entramos en una posada, y pidiendo tintero y papel escribí á Santiago la siguiente carta:

«Vuestra confianza, Santiago, me ha hecho infeliz. Vos ignorábais que estábais hablando con el hijo del desgraciado Dermevil, origen de vuestras penas. Bajo este supuesto, considerad si debo aspirar á la mano de María. No tengo nada, y me veo envilecido á vuestros ojos. Os envío los cien doblones, única cantidad que creí me pertenecia: vos la restituyo, y me ausento para siempre. Á Dios: consolad á María, á la que nunca dejaré de amar, y buscadla un esposo que sea mas digno de ella y de vos, que—*Vertpré Dermevil.*»

Cerré esta carta y la entregué á Luis juntamente con el bolsillo, rogándole lo pusiese todo en manos de su padre.

El muchacho marchó y yo quedé en la posada entregado á las mas tristes reflexiones. Así pasé el

resto del día, y la noche, que era de las más apacibles, me sorprendió en la ventana de mi habitación contemplando el magestuoso aspecto de la naturaleza. Ya hacía algún tiempo que me hallaba de este modo, cuando siento los pasos de un caballo, y poco después veo un hombre montado con un muchacho á la gurutupa. Eran Santiago y Luis que venían en busca mía.

¿Has podido pensar, me dijo, que no sabría yo apreciar tu modo de proceder? ¡podías haberte casado con María y guardado tu dinero, y no lo has hecho prefiriendo á tu gusto el honrado proceder! ¡Este rasgo me ha complacido en extremo! ven Vertepré, María te espera llorando á mares, y todos desean verte.—¿Permitireis que me case?—¿Por qué no? mi plan en nada ha variado.

Por fin, llegamos á casa, donde fuimos recibidos con la mayor alegría; dos días después se verificó nuestro enlace. Luego pasé á Clermont donde gané algún dinero que entregué á Santiago, pues no puedo permitir que vuelva á emprender trabajos superiores á sus fuerzas, y en la actualidad voy á París, donde espero ganar lo suficiente para sostener con decencia las presentes obligaciones y remitir á los padres de mi esposa una pensión para que se

mantengan con desahogo y den educacion á los otros dos hermanos.

Terminada la relacion de Vertpré, pasaron todos al comedor, donde cenaron con la mayor alegría.

TARDE XXX.

EL TALENTO.

Disípanse los caudales ,
 Gástase la plata y oro;
 Mas de la ciencia el tesoro
 Y sus dones celestiales ,
 Enriquece á los mortales
 Con bienes tan verdaderos ,
 Que siendo imperecederos
 Le dan nobleza , esplendor ,
 Popularidad , honor ,
 Brillo , grandeza y dineros.

VERTPRÉ y su muger partieron á la mañana siguiente: los muchachos se reunieron al tiempo del desayuno: Palemon no concurrió por estar ocupado en su gabinete. La historia de la tarde anterior les suscitó mil reflexiones acerca de la restitucion de las veinte mil libras que su padre había recibido de Mr. Delacour. ¡ El jóven Vertpré , que no se cre-

yó propietario de los cien doblones que había recogido de la sucesion de su padre! ¡este hombre virtuoso que lo abandonó todo, hasta su mismo amor, por restituir una cantidad en el instante en que supo que no le pertenecía! Todo esto ocupaba los discursos de nuestros jóvenes, y les hacía mirar las cosas con mucha delicadeza. Armando fué el primero que mudó de opinion, y dijo á Benito: ¿Sabes que desde ayer pienso de distinto modo acerca del asunto de papá? Ahora me parece que efectivamente debe restituir la suma á Mr. Delacour. —Pues yo no estoy tan convencido como tú. Si piensas así por lo que ayer oiste á Vertpré en orden al dinero que volvió á Santiago, el caso es muy diferente.—No tanto.—Absolutamente diverso; el dinero de Vertpré era rigorosamente un préstamo, y el de papá una liberalidad de Delacour.—Pero cuando el que ha hecho el dón se halla tan necesitado...—Es cierto que tambien á mi me ha conmovido el esceso de delicadeza de Vertpré...—¡Esceso de delicadeza! exclamó Leon; nada tiene de escesivo su proceder; el padre había abusado de la confianza y bondad de un hombre honrado, y el hijo estaba obligado á la reparacion. Así es como yo pienso; y en el caso presente, si yo fuera hijo único, y perdiese á mi respetable padre,

la primera cosa que haría sería el volver á Mr. Delacour ó á sus hijos las veinte mil libras.—Benito replicó con una sonrisa irónica: ¿Y si no tuvieras otra cosa?—Seguiría el ejemplo de Vertpré, que no tenía mas que sus tristes cien doblones.—Pero este efectivamente era deudor.—Nosotros tambien lo somos.—No.—Sí.—Para convenirnos, dijo Armando, dejemos á un lado la legitimidad de la deuda, y atendamos solo á lo que nos dictan el honor y la delicadeza. En hora buena, contestó Benito; pero Leon siempre la echa de entendido.—Discurriendo segun nuestro corazon, repuso Armando, conoceremos que en nuestro interior resuena una voz que nos grita: volved al indigente lo que os dió en su prosperidad.—Es verdad, esclaman á una voz los muchachos; y Armando prosigue: sin duda es cosa dura el despojarse uno de lo que legitimamente le pertenece, reducirse á un estado miserable, perder el fruto de sus trabajos y la esperanza de todo establecimiento. Por ejemplo, será preciso algun dia casar á mi hermana; no se puede verificar esto sin dotarla; ¿y cómo se ha de ha de hacer?—¡Oh! interrumpió Julio, no hables de eso; Adela tiene suficiente dote en sus gracias y virtudes.—¿Qué galante está el señor Julio! dijo Benito; y Armando le repuso con

dulzura : la galantería de Julio está fundada en el mérito de mi hermana ; pero aun suponiendo que esta no necesite de dote , quedamos por establecer cuatro varones ; digo cuatro , porque Julio es hermano nuestro , y debe entrar á la parte de todos los bienes . Sobre todo á mí , que como mayor debo casarme el primero , no me será muy agradable el ser mozo de granja , en vez de ser dueño de ella , y casarme... con una muger cualquiera , que no tenga nada.—Lo mismo me sucederá á mí , añadió Benito , si se restituye toda la suma.—Pues á mí , dijo Leon , no me faltan talentos : de lo demas no hago caso.—¡ Bellos talentos ! contestó Benito , meneando la cabeza : este , porque hace malos versos , piensa que tiene toda la discrecion de la familia , y...—Benito , dijo Armando con seriedad , tú siempre serás maligno y envidioso ; no gustas sino de herir el amor propio de tu hermano Leon ; es una baja , y mucha dicha tuya que no te haya oido padre : ¿ te se ha olvidado ya la reclusion que pasaste en compañía del carbonero ? Pues procura no dar motivos para volver á ella ; pero dejemos esto , y decidme si quereis que vayamos al cuarto de padre á decirle que Benito y yo hemos mudado de opinion , decidiéndonos por la de Adela , Julio y Leon.—Vamos

al instante, dijeron los otros cuatro, y Benito añadió: Nosotros nos casaremos como podamos: si padre vende la granja, nos quedaremos sin nada, y nos casaremos con aldeanas.—Sí, con aldeanas, respondió tristemente Armando; porque mi padre quiere que sea labrador como él; bien podeis acordaros de que me impuso esta ley el dia que fuimos á comer á Mamonville.

Los muchachos subieron al gabinete de Palemon que por entonces no estaba allí; pero no tardó en volver, y pareció admirarse de aquella reunion con visos de embajada, aunque desde luego conoció su objeto. Sentaos, hijos míos, les dijo, afectando inquietud, como procurando leer su intencion en sus semblantes.

Padre, dijo Armando, Benito y yo venimos á confesaros que ayer no acertamos en oponernos al modo de pensar de nuestros hermanos; y yo he conocido que las razones que di en favor de mi opinion no eran bastante sólidas.—¿Sobre qué asunto? preguntó con mucho disimulo Palemon.—Sobre la carta que recibisteis y el estado infeliz de Mr. Delacour, vuestro digno bienhechor. Volvedle, padre mio, volvedle las veinte mil libras, aunque sea necesario venderlo todo.—Eso no, una parte del valor de esta

granja bastaria para satisfacerle; ¿pero quién os ha obligado á mudar tan pronto de dictámen?—La delicadeza de Vertpré, y el haber reflexionado con mas juicio. (*Palemon disimuló su alegría*). Es cierto que la conducta de este jóven respecto del buen Santiago, es muy digna de elogio, aunque lo exijan el honor y la probidad.—Mucho celebro que vuestra opinion sea tan conforme á la mia: ya no debo ocultaros que desde el momento en que recibí la carta de Bertier, resolví la restitution de toda la cantidad; sin embargo, he exigido vuestras opiniones; me las habeis dicho con franqueza, y he estado muy lejos de enojarme contra los que se han opuesto á mi dictámen; ahora me sirve de mucha satisfaccion que los seis pensemos de un mismo modo; y que la delicadeza no encuentre infractor alguno en el seno de mi familia. Por lo demás, hijos míos, vivid tranquilos sobre el resultado de este asunto, que terminará sin que mi hacienda padezca alteracion particular; nada venderé (*Armando y Benito se sonrien*): acabo de recibir una cantidad que la tenia como perdida; toda la suma está preparada; al instante voy á enviarla á casa de Bertier, amigo de Mr. Delacour, por medio de Miguel, el labrador vecino, que hoy mismo sale para París, y es hombre de toda

confianza: con que ya este es negocio concluido.

Palemon abrió una gabeta, y al lado de muchas letras de cambio, mostró á sus hijos algunos rollos de luises con los que había completado el importe de de la deuda. Armando y Benito suspiraron viendo que aquel oro iba á salir de la casa. Palemon los miró y penetró su pensamiento: cerró la gabeta, y dijo: Ahora que todo está arreglado, no pensemos, hijos míos, sino en el placer que Mr. Delacour experimentará por haber favorecido en otro tiempo á un hombre honrado. Este oro va á restituirle la vida, así como él me hizo á mí el mas feliz esposo y el mas afortunado padre.

Abrazaron los muchachos á Palemon, el cual añadió: Hoy está el dia apacible: vamos á que nos dé de comer Mr. de Versevil, que ha comprado el parque y castillo del marqués Defort, cuya muerte funesta ya os he referido. Versevil es un hombre de excelentes costumbres; le debo una tierna amistad, y repetidas veces me ha encargado que con toda franqueza fuese á comer en su compañía; hoy quiero aprovecharme de sus corteses ofertas. Id, hijos míos, á disponeros: dentro de dos horas partiremos, porque su castillo está tan cerca que se descubre desde estas ventanas.

Retiráronse los muchachos muy alegres con esta intermision de sus ordinarias tareas. Armando parecia el mas contento; pero ignoraba que esta diversion se reduciría principalmente á darle una severa leccion; porque Palemon sabía que su hijo mayor temía no tener bastantes bienes para contraer un casamiento ventajoso: deseaba una muger rica, y se avergonzaria de casarse con una simple labradora. Era preciso reducirle á ideas mas sanas, y siempre por medio del ejemplo. ¡Oh padre respetable y hombre sensato, que sabes educar tan bien á tus hijos! ¡cuánto me complacè el ser tu historiador!

Parecíales á los muchachos que tardaba mucho en llegar la hora de la marcha. Suspiraban por este feliz momento, y creían que el tiempo se paraba de intento para mortificarlos. Por fin, Palemon toma su baston y su sombrero, y parten.... Pronto llegaron al castillo, á cuya puerta hallaron á Mr. de Versevill, que dijo á Palemon del modo mas afectuoso: Sin duda venís á comer conmigo, vecino mio; ¡cuánto os agradezco el que os presenteis con esta familiaridad! ¿son estos vuestros hijos? Parecen muy amables; esta señorita tiene mucha gracia, y vuestro hijo mayor ya es hombre hecho. A la verdad, me causa grande satisfaccion la visita, pues esta tarde espero á mi

yerno, que ha ido á ver á su padre, y debe volver con su esposa y su hijo; porque, amigo mio, ya hace un mes que soy abuelo: mi hija ha ido á presentar el niño á su suegro, y esto es muy natural; los vereis antes de salir de aquí; entre tanto me hareis compañía.

Nuestros muchachos celebran el buen recibimiento de tan gran señor, y Palemon le dá mil gracias por tantos favores. Hablan, rien, juegan, se pasean en el parque, visitan todo el castillo, y despues se sientan á una mesa poco suntuosa, pero donde reina la franqueza. Al fin de la comida Palemon preguntó á Mr. de Versevil: Señor conde ¿es acaso el padre de vuestro yerno algun caballero de las cercanías? porque me parece haberos oido decir que sus tierras estaban poco distantes de las vuestras. — ¿Sus tierras? amigo, creo que nunca es he hablado de eso; á lo menos no lo tengo presente. El padre de mi yerno tiene á la verdad alguna haciendilla, pero ni es rico ni caballero. — ¡Bueno! — ¿Pues qué, no os he contado su historia? — No señor. — Perdonad, porque... — Os protesto, señor conde, que nunca me habeis hablado de ello. He oido decir que vuestra hija se había casado, pero nada mas. — ¿Con que no sabeis que la he casado con el hijo de un

pobre labrador?—¡Un pobre labrador! lo ignoraba. —Pues es preciso que lo sepais, para que tengais mas gusto de ver á mis jóvenes cuando vuelvan. Tomemos primero café; despues iremos todos á sentarnos en el parque, donde os referiré las particularidades de este raro matrimonio.

Ya estaban los muchachos impacientes por saberlo todo; especialmente Armando, á quien le chocaba mucho la alianza de un labrador con tan ilustre caballero. Fueron por fin, al parque, y sentados bajo un frondoso cenador, Mr. de Versevil refirió lo siguiente:

HISTORIA DEL JÓVEN LEDOUX.

Soy el mayor de tres hijos de una de las principales familias de Picardía. Mi padre fué mariscal de campo, y teníamos bastante proteccion para adelantar en la milicia. Juntamente con mis hermanos seguí largo tiempo la guerra: hasta que hechas las paces me retiré del servicio y me casé. Fué mi esposa la hija del señor de Labriche, que me hizo feliz y padre de una niña. Habiendo tenido la desgracia de perder á mi esposa cuando aun era muy pequeña mi hija, resolví mantenerme viudo toda mi vida,

por no perjudicar á mi Eugenia, que crecía á mi vista en gracias, talentos y virtudes. Era muy instruida y hábil en todo cuanto emprendía; pero de genio taciturno, lo cual me disgustaba algunas veces. La veía insensible á los placeres de su edad, por mas que yo procuraba multiplicarlos para hacérselos agradables. Prefería la soledad, la música y los libros á los bailes, espectáculos y brillantes concurrencias. Muchas veces que la argüía sobre esta especie de vida solitaria, me contestaba: Todos los hombres que veo me parecen falsos y lisonjeros: los jóvenes son fátuos, y presuntuosos; las mugeres malignas y murmuradoras; las piezas del teatro por lo regular insulsas, y los bailes un vértigo de locura. Mas quiero conversar con Bufon; sus héroes no tienen los vicios de los hombres; y sobre todo la sociedad de mi padre es para mi corazon mas grata que todos los vanos placeres del mundo.

Con este modo de pensar presumía yo que sería muy difícil casarla. No quería ver gentes, y juzgando á los hombres con tanta preocupacion, la era imposible elegir entre ellos. Yo no quería violentar su inclinacion, y ella me decía que su ánimo era vivir sola conmigo hasta el fin de mis dias. Esto me desesperaba, porque mi mayor anhelo era verla esposa y

madre. Para lograrlo hice el último esfuerzo en París, donde á la sazón nos hallábamos. Dí un convite, en que procuré reunir cuantos jóvenes apreciables se hallaban en la corte. Tuve cuidado de decir á mi hija los nombres y pretensiones de cada uno de ellos, y hasta sus aventuras galantes, siendo de aquellas que se pueden referir á una jóven bien educada. Muchas veces, decía yo para mí, la relacion de estos lances, los celos, y la envidia ó el amor propio, exaltan y encienden la imaginacion de una muger. La felicidad de un padre suele consistir tal vez en una vanidad ó capricho pueril de sus hijos; pero todo fué inútil con Eugenia, y ninguno de mis brillantes actores hizo impresion en aquella por quien se representaba esta comedia.

Cansado de tanta frialdad, la reprendí severamente; pero me desarmó con tantas razones y pruebas de su ternura para conmigo, que al fin resolví no volverla á hablar de este asunto.

Estábamos hácia el fin del último estío: lo apacible de los dias y los trabajos urgentes y provechosos del otoño nos llamaban á este castillo, que había comprado de los herederos del desgraciado marqués Defort. Nos pusimos en camino para venir á tomar posesion, y mi cochero, que nunca había es-

tado en Versevil, se extravió en un bosque que está á seis leguas del castillo; yo iba hablando con mi hija, y no lo advertí hasta que cerró la noche; entonces eché de ver por la tardanza nuestro extravío. Para mayor sentimiento, conocí que el sitio en que nos hallábamos era desierto y aun peligroso, y que en cuatro leguas al rededor no se hallaba sino una quinta aislada, y esta distaba todavía dos leguas del camino que seguíamos. No quise comunicar mis temores á Eugenia, y sin reprender demasiado al cochero, le encargué que parase en la primera habitacion que hallára á la derecha. Mi ánimo era pedir hospitalidad al dueño de la casa, aunque no le conocía, porque no me atrevía á continuar caminando á tales horas por caminos que no se podían distinguir con exactitud. Eugenia, sintiendo como yo la tardanza, aprobó mi parecer, y á las once de la noche llegamos á la quinta, que miramos como un magnífico albergue. Aunque era tarde, me pareció que había luz en un cuarto, cuyas ventanas entreabiertas daban sobre el camino. Esto me aseguró de que no todos los de la casa dormían, y llamé á la puerta.—¿Quién está ahí? me gritaron de la parte de adentro.—Unos caminantes extraviados.—Aquí no se recibe á nadie.—Abrid, por favor, y

vereis quiénes somos.—Algunos pícaros, sin duda, que á estas horas cometen mil atentados.—Una señorita y su padre ¿pueden causaros recelos?—Dejadnos dormir, ó si no soltaré los perros.—Con esta amenaza iba ya á retirarme, cuando otra voz dijo : Pedro, para despedir las gentes no es necesario desvergonzarse.

Pedro, á quien reprendian justamente por habernos injuriado, calló, y no volví á oír nada. Persuadido de que el que reprendía era de condicion mas dulce, y que podía ser el dueño de la casa, me atreví á llamar de nuevo. Entonces las ventanas se abrieron del todo, y ví que se asomó un respetable anciano, el cual me preguntó qué se me ofrecía. Se lo dije; examinó cuanto pudo mis gentes, coche, etc., y mandó al instante á Pedro que abriese.

Hízolo este de mala gana, y el mismo amo bajó á recibirnos: Perdonad, me dijo, la necesidad de mi criado; su desconfianza no es de estrañar, porque andan muchos ladrones por estos campos. Entrad, entrad, y sed muy bien venidos. Había proporción para acomodar el coche y los caballos, y mis dos criados quedaron al cuidado de Pedro. Mi hija y yo seguimos al labrador á una sala baja, y allí me di á conocer á este buen hombre, que quedó aturdido de

hospedar en su casa al conde de Versevil, de quien había oído hablar repetidas veces. En tanto que por sí mismo disponía una cena frugal sobre una rústica mesa, le supliqué me dijese su nombre, á fin, añadí; de conocer á un sugeto á quien debía tan particular favor.—Yo, dijo, me llamo Guillermo Ledoux. —¿Teneis muger?—Quince años há que estoy viudo; ¡perdí á mi pobre Magdalena! ¡qué muger!—¿Y teneis hijos?—Sí señor; tengo uno, que me hace el mas feliz de cuantos padres hay en el mundo; porque yo creo que los muchos hijos no hacen la dicha de los padres, sino sus cualidades; uno bueno basta para mi felicidad.—Teneis razon, continué yo, mirando con ternura á mi hija, que me abrazó: ¿y es varon?—Sí señor, y todo el consuelo de mi vida. —Le casareis pronto, porque en vuestra edad ya es preciso descansar. —¡Casarle! si no quiere; dice que mientras yo viva no quiere mas compañía: ¡oh! es una especie de lo que en las ciudades llaman un fi... fi... fisolofa.—Un filósofo querreis decir.—Cabalmente: ¿os reís, señor conde? pues á fé que si le conociérais..... no penseis que es un labrador ignorante como yo, que no sé leer ni escribir; no por cierto: sabe música, pinta, y lee unos librotos..... pero no por eso es soberbio con su padre.

La cena estaba preparada ; pusimonos á la mesa, y en tanto que comíamos , el buen Ledoux , que echaba un trago de cuando en cuando , porque ya había cenado , estaba tan contento de que le hablásemos de su hijo , como de la mayor satisfaccion que pudiera recibir. Es preciso que sepais , añadió , que mi hijo tenía siete años cuando murió su madre , que hace ahora quince ; y entonces dije para mí : no quiero que mi hijo sea tan ignorante como yo. Aunque no soy rico , tengo lo suficiente para darle alguna educacion ; porque creo que esto es lo primero que deben hacer los padres. Le envié á Paris á casa del dueño de esta quinta , la que despues compré. Aquel señor , que gustaba mucho de mi pequeño Eusebio , le puso en un colegio ; allí aprendió mil cosas , y hubiera adelantado mas á vivir su protector. En tanto , yo adquirí lo bastante para comprar esta posesion ; le traje á mi compañía hace tres años , y desde entonces no se ha separado de mí ni un instante ; pero no toma el arado , eso no. Lee , escribe , pinta y hace mil habilidades ; sin embargo , me quiere tanto , que cuando me ve trabajar demasiado en el campo , viene , me quita la azada de la mano , y me ayuda mas que un jornalero que no hubiera hecho otra cosa en toda su vida:

cuando llega el tiempo de la sementera, sale todos los dias al campo conmigo, aunque á mí no me gusta, y le hago retirar muchas veces, porque es muy delicado para este trabajo.—Pero, Guillermo, con la brillante educacion que habeis dado á vuestro hijo ¿no deseais que algun dia os suceda en el oficio, y sea labrador como vos?—En esto hará lo que quisiere; yo no le violentaré; pero creo que nunca abandonará la herencia de su padre: tomará criados que le ayuden. ¡ Tiene una condicion tan dulce! nada le divierte tanto como los libros.—Quisiera yo ver á ese jóven, dijo Eugenia con bastante viveza, é impelida de cierto interés cuya causa ignoraba.—A la verdad, señorita, respondió Guillermo, no es cosa muy difícil: os llevaré á su cuarto, porque no se acuesta hasta muy tarde, ocupado en sus estudios. Mi hija se puso como una grana con la respuesta de Guillermo: me miró, y leí en sus ojos que me pedia perdon de su ligereza. Yo tambien deseaba conocer á un jóven tan elogiado de su padre; y apoyando el deseo de Eugenia, dije al labrador: Pues bien, Guillermo, si no le molestamos, hacednos el favor de presentarnos á él, y le diremos cuán obligados quedamos á vuestra hospitalidad.—Pues, señores, no hay mas que subir esta pequeña escalera.

El buen viejo, embelesado, tomó la luz, echó delante, nos condujo al piso mas alto, y deteniéndose junto á una puerta, dijo: ¿Te has acostado, Eusebio?—No señor.—Pues abre, que te traigo una buena compañía. Abrió, y quedamos atónitos al vernos en una estancia adornada con el gusto mas esquisito: el jóven era un modelo de gallardía, cortés en gran manera, y modesto hasta lo sumo. Estaba vestido de un sobretodo muy bien hecho: cuanto veíamos anunciaba en él la educacion mas fina. Nos saludó, y tomando la mano á Guillermo, le dijo: ¿Pues cómo, padre mio, no os habeis entregado al descanso todavía?—Ya sabes que duermo poco; y por eso ando por abajo haciendo tiempo, y pensando en tí, que es lo que mas me divierte.

Eusebio nos suplicó que nos sentásemos en un campapé; lo hicimos, y entre tanto cerró apresuradamente algunos manuscritos, en los cuales, al parecer, estaba trabajando. Guillermo le contó nuestra llegada repentina, y le dijo mi nombre: él abrazó á su padre alabando su buen corazon; luego, dirigiéndose á mi, me dijo: Señor conde, mucha felicidad es para nosotros el que la casualidad nos haya proporcionado el honor de hospedaros. No encontrareis aquí las comodidades á que estais acos-

tumbrado; pero si el respeto y todas las atenciones que mereceis... — ¿Qué tal? interrumpió Guillermo: ¿no es una alhaja el muchacho? ¿por qué no enseñas á estos señores tu libreria?— Ya la veo, dije yo, por cortar las sencilleces de Guillermo: ¿bien tendreis aquí unos quinientos volúmenes?— Dos mil hay, respondió Eusebio con mucha dulzura.— También hay dibujos y cuadros, que me parecen... — Son suyos, señor; él los ha hecho, dijo muy alegre Guillermo.— ¿Con que tambien pinta? añadió Eugenia.— Un poco, señorita; pero mis obras tendrían mucho mas mérito si copiase las gracias que os adornan.

Avergonzóse Eugenia, y yo me levanté para examinar los cuadros, que me parecieron muy buenos. Había un cuaderno de música sobre un piano; Eugenia lo advirtió, y Guillermo dijo al instante á Eusebio: ¿No nos harás el favor de tocar y cantar un poco?— Con mucho gusto, padre mio; pero temo privar á nuestros huéspedes de un sueño que sin duda necesitan.

Todos le suplicamos que no lo dejase por ese reparo; él no se hizo de rogar, y con la voz mas dulce y el estilo mas espresivo, nos cantó el siguiente romance, que él mismo había compuesto:

Corra en pos de una belleza,
de una sonrisa, un suspiro;
sujétese á las cadenas
del implacable Cupido

Quien materiales placeres
codicie, que yo en mis libros
hallo el sustento del alma
único bien á que aspiro.

No desprecio la hermosura,
que hacerlo fuera delito;
obra es del supremo autor,
y acá en mi mente concibo

Que debe ser admirada
sin rendirla el alvedrío.

Quede en libertad el alma
de contemplar lo infinito.

El que á la vil servidumbre
se rinde, tenga entendido
que es amor una ilusion
y le ofusca los sentidos.

Que una amorosa mirada,
una palabra, un cariño,
bienes son para admirados,
mas no para apetecidos.

Mucho valen, pero cuestan

á precio muy escesivo:
carezco de ellos prudente,
y ni los busco ni envidio.

Eugenia, á ruegos de Eusebio, tambien cantó, pero temblando, y como temiendo la superioridad del que la había precedido; y con razon, porque este jóven reunía todas las gracias en su mayor punto. Mucho tiempo nos detuvimos en su cuarto; y ya era muy tarde cuando bajamos á la habitacion del labrador. Guillermo nos preguntó con entusiasmo qué pensábamos de su hijo: nosotros le hicimos la justicia que se merecía, con lo que el viejo quedó contentísimo. Mi hija y yo nos retiramos á dos cuartos contiguos. Yo dormí; pero no tan profundamente, que no advirtiese que Eugenia tosía con frecuencia, y no podía disfrutar las dulzuras del sueño; lo que atribuí al cansancio, y sobre todo á la inquietud que nos había causado la pérdida del camino. A la mañana, cuando nos presentamos, nos hicieron las preguntas de estilo, y todos juntos nos pusimos á desayunar. Entonces fué cuando nos confirmamos en la opinion que habíamos formado de Eusebio, porque su conversacion fué la mas agradable que se puede imaginar. Manifestaba mucho amor y respeto á su

padre, y no le humillaban los modales rústicos del anciano. Si este raro y feliz carácter me embelesaba, aun hacía mas impresion en el alma de Eugenia, que hasta entonces había sido insensible al amor. No reparé entonces la revolucion que nacía en su pecho; y cuando tomé el coche, sin prever las consecuencias, rogué á Guillermo y á su hijo que viniesen á verme á este castillo: me lo prometieron, y al fin nos separamos con el mayor sentimiento.

Luego que llegamos aquí, reparé que mi hija se hallaba entregada á una profunda malancolía. Cuando la hablaba del mérito del jóven Ledoux, procuraba mudar de conversacion, y veía asomar las lágrimas á sus ojos. Mucho tiempo estuve sin penetrar la causa de su tristeza, y aun la ignorára, si un dia no hubiesen entrado á decirme que deseaban verme Guillermo y su hijo. Al oír esto, perdió Eugenia el color, se trastornó, y fué preciso llevarla á su cama. No por eso dejé de recibirlos bien; el padre me aseguró que había venido á visitarme accediendo á las vivas instancias de su hijo; añadiendo, sin saber lo que se decía, que la hermosura de Eugenia había trastornado la cabeza de su Eusebio.

Este se puso como un fuego, y todo su talento no bastó á remediar la inadvertencia de su padre.

Les hice sentar, y al instante me preguntaron por mi hija, que se presentó pálida y triste. Eusebio mostró cuánto se interesaba en su salud; Eugenia le miró con demasiada ternura, y al instante conocí los sentimientos de que se hallaban agitados ambos jóvenes. Sin embargo, disimulé, y mis huéspedes estuvieron en mi casa tres dias, que se dedicaron á las musas, á las artes, y á las mas agradables conversaciones.

Quando se fueron, volvió mi hija á caer en su terrible melancolía; apoderóse de ella una fiebre lenta que podía serla muy funesta. El temor de perderla pudo mas en mí que el orgullo y la vanidad; por cuya razon la dije un dia: Hija mia: ¿por qué no soy digno de tu confianza?—¿Que decís, padre mio?—Sí, tú me ocultas un secreto que mas hubiera querido saberlo de tí, que adivinarlo.—¿Un secreto?—Sí; tú estás enamorada...—¡Cielos! ¿pero de quién?...—Del jóven Ledoux.—Pero, señor, no pudiendo ser mi esposo ¿me había de atrever?...—Vaya; confiesa ingénuamente que despues de haber resistido á toda la brillante juventud de París, el hijo de un simple labrador ha triunfado de tu corazón.—Su mérito...—Es grande, convengo; pero considera su clase.—Castigad pues á vuestra hija, que no

ha podido cumplir la promesa que os había hecho de no amar; ¡me confunde mi debilidad!—Muchas cosas podría decirte; pero las reservo para ocasion mas oportuna: dentro de dos dias sabrás mi resolucion.—¿Dentro.... de dos dias?—Sí, hija mia; pero cuenta siempre con la ternura y consuelos de tu padre.

Dejé á Eugenia inquieta, y tomando al instante un caballo, marché á la quinta de Guillermo, que se sorprendió al verme. Despues de los regulares cumplimientos, le dije: ¿Qué podeis dar á vuestro hijo cuando se case?—Pero, señor, esa pregunta....—Respondedme con franqueza; ¿qué le dais?—Yo... puedo darle esta quinta... algunas pocas tierras... y todo lo que tengo, aunque no es mucho.—Está bien; pues yo le caso.—¿A quién?—A vuestro hijo.—Vaya que os quereis burlar: ¡casar á mi hijo! ¿y con quién? ¿con alguna criada de la señorita, ó con alguna labradora? El caso es, que él no lo hará; está enamorado, parece un loco, y la causa de todo ha sido el haberos hospedado.

Empezó el viejo á llorar tan amargamente, que tambien yo me enternecí, y con la mayor dulzura le pregunté: ¿Y de quién está enamorado?—Yo, señor, no me atrevo á deciroslo.—Pues en verdad que

siento que se halle en esta disposicion, porque trastorna todos mis pensamientos: cabalmente venia yo á ofrecerle por esposa á mi hija.—¿Qué.... qué decís? ¿hablais de veras?—No hay duda; yo le queria para marido de Eugenia; pero si está enamorado.... —De ella, señor, de ella. ¡Dios mio! ¿qué es lo que me pasa? ¡qué alegría! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Eusebio? ¿Eusebio?... ¡el pobre muchacho! ¡estaba tan triste! ¡Eusebio! baja pronto; ¡si supierais qué afligido estaba yo! me hubiera muerto de pesar... Hombre ¿no bajas?

Eusebio, asustado de los gritos de su padre, bajó precipitadamente; y en efecto, estaba muy desfigurado. Al verme se quedó inmóvil; y temiendo que yo supiera su amor, y que me presentaba á reprenderle, se cubrió el rostro con las manos; pero Guillermo se arrojó á su cuello, diciéndole: Alégrate, hijo mio, alégrate; porque el señor conde quiere que seas esposo de su hija.—Sí, amigo mio, le dije; quiero hacerte feliz, y llevarte conmigo para que seas dueño de la mano de Eugenia, ya que lo eres de su corazon.

El jóven cayó sobre mi pecho, inundándolo con lágrimas de gratitud, en tanto que su padre, dándome golpecitos sobre la espalda con la mayor fami-

liaridad, exclamaba: ¡Este sí que es hombre que sabe estimar la honradez tanto como la nobleza! Eusebio, como fuera de sí, decía: ¿Qué me sucede? ¿es posible? ¡yo esposo de Eugenia! ¡oh padre mio! ¡hoy sí que conozco y agradezco la educacion que me habeis dado!

Dejé á Eusebio desahogarse, y en dos palabras arreglé con Guillermo los contratos. Estaba tan aturrido con tan inesperada felicidad, que á mis proposiciones no respondía mas que *sí señor*. — Guillermo, me llevo á vuestro hijo. — Sí señor. — ¿Quereis acompañarnos? — Sí señor. — No quiero que deis nada á vuestro hijo. — Sí señor. — Conservareis en propiedad vuestra quinta. — Sí señor. — Y acabareis en ella pacíficamente vuestros dias. — Sí, sí, señor.

A la mañana siguiente montamos á caballo los tres, y llegamos á Versevil á la hora de comer. Me adelanté á mis nuevos huéspedes, subí al cuarto de mi hija, que estaba muy inquieta por mi ausencia, y no se atrevió á preguntarme el motivo. Hija mia, la dije, traigo dos amigos á comer, y aunque sé que no estás muy buena, quisiera que te esforzases á hacernos compañía en la mesa. — Si pudiéseis dispensarme... — Me será muy sensible. — Pues bajaré.

Así lo hizo; se sentó á la mesa conmigo, y los convidados no parecían; ella miraba á todas partes, sin saber en qué consistía esta novedad, cuando entraron mis nuevos parientes. ¡Cielos! ¿qué veo? exclamó Eugenia.

Hice sentar á Eusebio junto á su amada, á quien dije: Hija mia, esta es una comida de familia; porque tienes á tu lado á tu esposo, y este anciano será en adelante tu segundo padre.

No os explicaré la alegría de los dos amantes; solo os diré que se casaron á los pocos dias, y que mi hija y yo cada dia agradecemos al cielo con el mayor fervor la felicidad que nos ha proporcionado.

Apenas había acabado de hablar Mr. de Versevil, cuando llegaron sus hijos, y se arrojaron á sus brazos. ¿Cómo está tu padre? preguntó el conde á su yerno.—Muy bueno y me ha encargado que os dijera mil cosas...—Y ha hecho, añadió Eugenia, infinitas caricias á mi niño.—Yo lo creo; es grande satisfaccion el verse uno reproducido en sus nietos.

Mr. y madama Ledoux repararon entonces en nosotros, y saludaron á Palemon, que no se cansaba de admirar las gracias de éstos jóvenes esposos:

habló con ellos y con su padre algun rato ; luego se despidió, y volvió con toda su familia á la granja hablando de la interesante historia que acababan de oír.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TARDES

CONTENIDAS

EN ESTE TOMO SEGUNDO.

TARDE XVIII. <i>Los Intrigantes.</i> — <i>Los embusteros de Milan.</i>	5
TARDE XIX. <i>Los Litigios.</i> — <i>El puente de los enamorados.</i>	21
TARDE XX. <i>La Correccion.</i> — <i>Benita ó la casa subterránea.</i>	55
TARDE XXI. <i>La Desobediencia.</i>	59
TARDE. XXII. <i>La Indulgencia.</i> — <i>El Hombre invisible.</i>	76
TARDE XXIII. <i>La docilidad.</i> — <i>Continuacion de la historia del hombre invisible.</i>	99
TARDE XXIV. <i>El orgullo.</i> — <i>Historia de Juanon y su hijo.</i>	121
TARDE XXV. <i>El arrepentimiento.</i> — <i>Concluye la historia de Juanon y su hijo.</i>	140
TARDE. XXVI. <i>El Coquetismo.</i> — <i>Historia de madama Dumont.</i>	164

TARDE XXVII. <i>La Economía.</i> — <i>Concluye la historia de madama Dumont.</i>	179
TARDE XXVIII. <i>El Desprendimiento.</i> — <i>Historia de la familia de Auvernia.</i>	191
TARDE XXIX. <i>La Delicadeza.</i> — <i>Concluye la historia de la familia de Auvernia.</i>	214
TARDE XXX. <i>El Talento.</i> — <i>Historia del jóven Ledoux.</i>	227